

01062  
1 leg



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO**

**Facultad de Filosofia y Letras  
División de Estudios de Posgrado**

**EL TRABAJO DE LOS INDIOS EN LAS TAREAS  
DE LA EVANGELIZACION DE LA  
NUEVA ESPAÑA**



**TESIS QUE PRESENTA  
CONSTANTINO ANDRES REYES VALERIO**

**PARA OPTAR AL GRADO DE  
MAESTRO EN HISTORIA DE MEXICO**

**TESIS CON  
FALLA DE ORIGEN**

1 9 8 5



## **UNAM – Dirección General de Bibliotecas Tesis Digitales Restricciones de uso**

### **DERECHOS RESERVADOS © PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

## INDICE

Introducción.....	7
-------------------	---

### Capítulo I

El trabajo de los indios y la pintura mural del siglo XVI. El problema de la cal. La superficie pintada.....	15
--	----

### Capítulo II

La conversión cristiana del indio.....	33
Importancia de los niños. Su conversión y la ayuda que proporcionaron a los frailes.....	39

### Capítulo III

La educación prehispánica. Importancia e influjo en la evangelización. El cultivo de la memoria y el método neotécnico.....	49
La existencia de diferentes escuelas y grados en la educación prehispánica .....	56
Los <u>calmecac</u> del Templo Mayor.....	65
Los requisitos de ingreso al <u>calmecac</u> . Los padres adoptivos y la transmisión del arte.....	69
La enseñanza y la transmisión del arte prehispánico.....	72
El cultivo de la memoria por medio de las pictografías.....	89

### Capítulo IV

La educación monástica y el influjo de la educación prehispánica.....	99
Tareas desempeñadas por los misioneros .....	108
Tabla para mostrar el influjo de la edad y la educación.....	121

### Capítulo V

La educación por medio de indígenas y los ciclos pictóricos.....	125
La poligamia y el matrimonio cristiano.....	137
Los ciclos pictórico-religiosos en los conventos.....	149
Secuencia cronológica de escenas.....	151

### Capítulo VI

Aportaciones de la historia al trabajo pictórico del indio.....	163
El entrenamiento de los pintores indígenas de monasterios.....	176
Las pruebas aportadas por la historia y los pintores indios.....	192
Algunos trabajos artísticos de los jóvenes pintores.....	205

Conclusiones .....	225
--------------------	-----

Bibliografía.....	231
-------------------	-----

## INTRODUCCION

El trabajo del indio en la evangelización de la Nueva España se manifestó en diversos campos; sin la cooperación, voluntaria o forzada de los naturales, la difusión de la fe cristiana hubiera sido más difícil de lo que fue para los frailes; pero entre los diversos aspectos que comprendió ese trabajo, hubo uno de fundamental importancia, el cual, sin la cooperación del indio no se hubiera realizado, por lo menos en la forma en que lo conocemos en la actualidad; quizás hubiera ocurrido tiempo más tarde; posiblemente la implantación de la fe cristiana hubiera tomado otro derrotero, ya que la manifestación práctica de esa actividad, influyó de modo definitivo en la conversión de los moradores novohispanos.

Este aspecto en el que el indio fue indispensable, fue el trabajo pictórico que se manifestó en miles y miles de metros cuadrados de los muros de los monasterios de la Nueva España. Pero, decir que el indio fue el pintor de conventos es una expresión fácil que anda ya impresa en muchas páginas. Lo difícil es aportar las pruebas para demostrar que tal hecho fue posible, porque en ningún momento crónica alguna nos dice que tal y tal indio fue el pintor de algún edificio; mucho menos todavía aluden a un extranjero. Tampoco se ha buscado una explicación razonable pero, sobre todo, razonada acerca de los procedimientos que pudieron seguir los misioneros para ornamentar los muros con escenas religiosas y enmarcarlas con motivos decorativos diversos. No olvido

que los historiadores franciscanos y agustinos, refieren haber establecido sendas escuelas de artes mecánicas para enseñar diversos oficios a sus feligreses en San José de los Naturales y en Tiripitío, Michoacán. Por el contrario, he estudiado estas afirmaciones para evaluar si por medio de sólo esas dos instituciones, pudo ser posible realizar el enorme trabajo que significó pintar, por lo menos, un millar de metros cuadrados de superficie en cada uno de los conventos más importantes.

Por otra parte, a lo largo de estas investigaciones, surgió la necesidad de buscar otros puntos de vista que contribuyeran a explicar los hechos observados, y ponerlos en concordancia con las condiciones generales de vida de aquella época. Por ello, consideré necesario e indispensable realizar una cuantificación de la superficie pintada que todavía se conserva en varios edificios, ya que de este modo se podrían obtener datos inasequibles de otra forma, así como una visión diferente del problema, porque se aparta de los métodos habituales para estudiar algunos aspectos del arte novohispano, y, en particular, los del siglo XVI. No me interesaba el aspecto estético de las pinturas con todo y la importancia que pueda tener para el historiador del arte, sino el sistema de trabajo que hizo posible la realización de las pinturas monásticas.

La medición de la superficie pintada en una docena de conventos fue tan impresionante por las diferencias que había entre unos y otros, que dio motivo para efectuar unos cálculos tentativos que mostraran la magnitud del esfuerzo realizado hace poco más de cuatro siglos. El resultado fue todavía más sorprendente porque,

con todo y lo hipotético que pudieran ser las cifras obtenidas al realizar esta cuantificación, empezaron a aclararse una serie de aspectos poco investigados y de los cuales se ha tenido una visión distinta de lo ocurrido entre frailes e indios.

A partir de la medición de la superficie de aquellos edificios, se hicieron otros cálculos que condujeron a resultados igualmente interesantes, porque mostraron que si solamente se toman en cuenta ciento sesenta conventos de los más importantes, y no los trescientos consignados por Jerónimo de Mendieta y Juan de Torquemada, la magnitud de lo pintado en los muros conventuales oscila entre doscientos a trescientos mil metros cuadrados, cantidad que para cualquier pueblo y para cualquier época, representa una labor de muy amplias proporciones.

Esta forma de valorar el trabajo pictórico condujo, necesariamente, a la búsqueda de una explicación que permitiera fundamentar la proposición de que sólo con la ayuda del indio, fue posible la realización de una tarea que se puede considerar como gigantesca. Pero era razonable pensar que no cualquier individuo podía hacerse cargo de este trabajo si carecía de la habilidad y de los conocimientos necesarios para realizarlo. Por tanto, había que estudiar pormenorizadamente los procedimientos utilizados por los misioneros para resolver este problema.

El análisis conjunto de las crónicas y documentos escritos en torno a la evangelización de los indios, la observación de las pinturas murales, así como la investigación de los diversos factores que afectaron las condiciones a que estuvieron sujetos misioneros e indígenas, mostraron el camino seguido por aquéllos

para conseguir los frutos de un trabajo que hoy consideramos como artístico, pero que quizás para los frailes fue un medio, muy importante sí, para lograr el objetivo que se propusieron desde su llegada a la Nueva España: la conversión del indio.

Los resultados se presentan a lo largo de esta investigación que se ha dividido en seis capítulos.

En el primero, se muestran los resultados obtenidos al calcular tanto la superficie cubierta con cal como el área pintada, deducidas por las mediciones realizadas; se ha hecho un estudio breve acerca de la producción del primer material y lo que esto significó en términos de trabajo, conforme se podrá observar en la tabla que acompaña a este capítulo; algo semejante se realizó con la pintura de los muros conventuales.

En el capítulo segundo se estudian con brevedad los aspectos de la evangelización de los naturales de la Nueva España, y se propone la idea de que los misioneros recurrieron a los niños y los jóvenes que educaron en las escuelas, para conocer los pormenores de la religión y costumbres prehispánicas, pues sólo de esta manera podrían desarraigar la religión ancestral. Esta investigación realizada por los franciscanos en los primeros años a partir de su llegada en 1524 y una vez que aprendieron el náhuatl, les permitió conocer, también, el sistema educativo prehispánico y tanto les impresionó por su eficiencia, que no dudaron en aceptar algunas de sus normas para implantarlas en sus propias instituciones escolares. De aquí surgió, igualmente, el método educativo audiovisual que implantaron en ellas, para hacer comprender a los indios los fundamentos de la religión cristiana.

Sus investigaciones los condujeron asimismo, al descubrimiento de las facultades que buen número de sus estudiantes mostraron en el curso de poco tiempo, y fue este hecho uno de los más importantes para el desarrollo de las actividades ocurridas en el seno de los diversos monasterios, porque de eso emanaron las directrices que tomaron los frailes.

El tercer capítulo, surgió como consecuencia de lo anterior, porque había que explicar cómo fue posible que los estudiantes novohispanos causaran el asombro de los religiosos y de los españoles. O eran meras expresiones retóricas, o, por el contrario, estaban apegadas a la realidad. De allí que fue necesario realizar un estudio de la educación prehispánica, a partir del momento en que los niños eran ofrecidos a las casas de la educación y los requisitos que debían satisfacer tanto los padres como los hijos. Solamente de esta manera se podrían conocer los métodos impuestos en sus aulas, y así saber cómo pudieron influir los conocimientos de los antiguos estudiantes de los calmécac en el comportamiento de los frailes en varios aspectos del desarrollo novohispano.

Estas investigaciones mostraron igualmente que el arte, a diferencia de la costumbre española, y de la europea también, se estudiaba en los calmécac y se transmitía, efectivamente, por medio de los "padres", pero éstos no fueron precisamente los que engendraron a la criatura, sino los que ésta adquiría desde el momento en que era admitida en las escuelas prehispánicas. Se trataba, por tanto de unos padres espirituales e intelectuales, biológicamente ajenos al niño pero ligados a él por los lazos inexorables de la religión. Este concepto, de aceptarse nuestra proposición,

cambiaría necesariamente los lineamientos que ha seguido la historia del arte prehispánico, pues modifica las ideas que se han sostenido hasta el presente.

Por otra parte, se examina el hecho de que niños y jóvenes estudiaban el arte como un elemento indispensable e imprescindible en su enseñanza, puesto que solamente los individuos que estaban al servicio de las deidades indígenas, como los sacerdotes, y, en menor grado los estudiantes, podían desempeñar algunos de los actos del ceremonial religioso, así como la realización de todas las imágenes y objetos necesarios para el culto, ya que su manufactura estaba prohibida para quien no perteneciera a los estratos religiosos en activo.

Como hipótesis se propone una tabulación de edades de ingreso y los años de estudio realizados por los alumnos en los calmécac, y la edad que tenían en el momento en que se inició la campaña para difundir la religión cristiana con la ayuda de ellos. Pero este análisis tuvo una trascendencia mayor porque nos sirvió para comprender el verdadero significado de algunas expresiones de los historiadores mendicantes, ya que varias de ellas se han considerado como hiperbólicas.

En el capítulo cuarto se estudia la educación monástica y se buscan los influjos prehispánicos en ella, transmitidos por medio de los jóvenes admitidos en algunos de los establecimientos franciscanos principalmente, por haber sido los frailes de esta orden quienes más profundizaron en la necesidad del conocimiento de lo ancestral. Se hace una revisión acuciosa de las principales crónicas, para llegar al conocimiento de que los jóvenes fueron los

pilares indispensables para implantar la fe cristiana, así como los primeros informadores de los frailes en lo que se refiere a su antigua religión. Se amplía la tabulación iniciada en el capítulo anterior, con el objeto de conocer las posibilidades que tuvieron los evangelizadores para aprovechar los indudables conocimientos religiosos y artísticos que tenían sus feligreses, en favor de sus propósitos para erradicar la idolatría y de realizar la ornamentación de sus conventos. Sobre la base del análisis de los informes demográficos aportados por fray Toribio de Benavente Motolinía, se elabora una hipótesis acerca del modo en que contribuyeron los jóvenes en su papel de catequizadores ayudantes de los misioneros.

En el capítulo quinto, se hace un estudio pormenorizado de las fuentes franciscanas, dominicas y agustinas, que permite sostener que las pinturas murales fueron un medio indispensable para hacer comprender al indio los elementos de la doctrina cristiana, lo cual queda demostrado por el conocimiento que tuvieron de la iconografía representada en las diversas dependencias conventuales, aspecto que documentaron los historiadores mendicantes con menores o mayores datos, aunque suficientes para no dar lugar a dudas. Se incluyen unos esquemas para mostrar las representaciones iconográficas realizadas en algunos conventos.

En el capítulo sexto y final, se aportan una serie de testimonios conservados en diversas fuentes acerca del papel trascendental que desempeñaron los jóvenes indígenas educados por los misioneros. Parte importante y necesaria es la evaluación crítica que se hace de las opiniones vertidas en torno a la habilidad de

los alumnos, ya que por su tono laudatorio se pensaría que incurren en graves exageraciones, y por lo cual se alejarían de la realidad. Se demuestra que lejos de ser retórica, varias de las expresiones de los frailes son testimonios reales que surgieron al contemplar las obras hechas por los indios, o al advertir cómo los niños y los jóvenes estaban llenos de unas cualidades que los evangelizadores no pensaban encontrar en un pueblo idólatra.

Finalmente, se presentan las conclusiones obtenidas de esta investigación. Considero que a pesar de que no hay testimonios escritos concretamente de los nombres de los pintores de los muros conventuales, el análisis de las condiciones en que se desarrolló la evangelización, y el examen del influjo de los diversos factores que condicionaron la actividad de frailes e indios, conduce a la aceptación de que sólo los estudiantes de las escuelas monásticas pudieron ser los autores de aquellas obras.

## CAPITULO I

## EL TRABAJO DE LOS INDIOS Y LA PINTURA MURAL DEL SIGLO XVI. EL PROBLEMA DE LA CAL. LA SUPERFICIE PINTADA.

Para comprender la importancia que tuvo la pintura mural en los conventos novohispanos del siglo XVI, no es suficiente con realizar sólo el estudio estético, temático o histórico de ella, pues existen dentro de estos mismos rubros, otros aspectos de carácter fundamental todavía no evaluados, que pueden contribuir a la comprensión de varios problemas que surgieron en torno a las tareas en que tomaron parte frailes e indios, y, además, pueden explicar el por qué y el cómo de la inmensa iconografía religiosa y los temas decorativos plasmados en los muros de los conventos.

Basados en los informes que proporcionan historiadores como Jerónimo de Mendieta y Juan de Torquemada pero, sobre todo por Toribio de Benavente Motolinía, se puede asegurar que sin la contribución de la mano indígena no se hubieran podido ornamentar los conventos mendicantes de franciscanos, dominicos y agustinos.

Aunque esta afirmación parezca lapidaria a primera vista, si se medita en ella se llegará a la conclusión de que así tuvo que ser ante la inmensa cantidad de obras pintadas en los monasterios, y hay suficientes evidencias históricas que pueden sustentarla, así como hechos que no pueden explicarse de otra manera, es decir, sin la colaboración de los artistas indígenas. La idea de que los indios pintaron gran número de obras no es nueva; ha estado en la mente de los autores que han escrito en torno al arte del siglo XVI, pero no han aportado las pruebas suficientes para comprobarla, ya

que su opinión se basa sólo en lo que está escrito en las crónicas acerca de la escuela de fray Pedro de Gante y la que tuvieron los agustinos en Tiripitío, Michoacán.

Para fundamentar la idea de que los responsables de la pintura mural fueron los indígenas jóvenes, analizaremos en este capítulo dos aspectos importantes. El primero es en el que se estudia la trascendencia que tuvo el encalado de los muros, tanto si se prepararon para pintar sobre su superficie los temas decorativos y las escenas religiosas, como si se hizo para conservar en buen estado las paredes. Del segundo se analiza la magnitud de la superficie pintada, se explica su importancia en relación con los factores económicos, sociales y religiosos, y se enuncian brevemente otros temas relacionados con los problemas a que se enfrentaron los frailes, y que serán examinados en el cuerpo de este trabajo.

#### El problema de la cal.

Hace cuatro décadas, el doctor George Kubler (1), al estudiar la arquitectura del siglo XVI, mencionó la importancia que tuvo la cal en las construcciones monásticas. Sus estudios fueron muy concisos porque su preocupación principal estaba centrada en otros aspectos fundamentales. Enfocaremos este asunto desde otro punto de vista, por considerar que la producción de este material repercutió bastante en la vida de las comunidades donde se estableció un convento.

Resulta obvio decir que para preservar las paredes de los ataques del medio ambiente pero, sobre todo, para pintar después las escenas religiosas y los temas decorativos, tuvieron que cubrirse con una capa compuesta de cal y arena. A este trabajo los frailes le dieron el nombre de encalado y encaladores fueron los hombres

que se encargaron de ello; otros autores emplean diversos términos tales como revocado, repeliado, aplanado, etcétera, para la misma operación. Para evitar discusiones, utilizaremos el primer nombre, sin tomar en cuenta la corrección o incorrección del mismo, puesto que esto es secundario.

De no intervenir algunos factores adversos como la humedad, por ejemplo, la cubierta de cal y arena alcanza una duración extraordinaria, a causa del endurecimiento que adquiere la cal al transformarse en carbonato de calcio. Las partes encaladas de los conventos fueron principalmente los interiores del edificio aunque en muchos casos se cubrieron algunas partes importantes del edificio como las fachadas, el interior y exterior de las capillas y la cubierta exterior de las bóvedas.

A pesar del enorme empleo que hubo de este material en las construcciones, hay una ausencia notable de datos en las crónicas y documentos, pues sólo de cuando en cuando se habla de la cal, pero sin aportar datos concretos que pudieran servir para calcular su producción o la cantidad empleada en cada edificio. Sólo se dice, por ejemplo, que los indios aportaron éste y otros materiales. Como el asunto es de fundamental importancia habremos de estudiarlo, ya que no sólo permitirá conocer una de las etapas previas a la realización de la pintura, sino que dará idea igualmente del enorme esfuerzo realizado por los indígenas; por tanto, para conocer esta fase del trabajo y la importancia que tuvo este material en la economía y en la sociedad nativa novohispana, nos dimos a la tarea de calcular la superficie encalada de algunos edificios, para de

aquí inferir la cantidad de cal que fue necesario producir y utilizar en los monasterios mendicantes más importantes, situados en aquellas poblaciones en las que fue necesario edificarlos debido al gran desarrollo religioso prehispánico.

Por esta razón, se ha reducido el número de conventos indicados en algunas fuentes y documentos, y que para comodidad del lector se resumen en la tabla siguiente, en la cual se eliminaron los mencionados como meras "casitas de adobe" y las fundaciones de Centroamérica, Jalisco, Nayarit y Zacatecas, por considerarlas irrelevantes para este trabajo.

TABLA I  
NUMERO DE CONVENTOS SEGUN LAS FUENTES

Autor*	Año	Edificios	DFM	OP	OSA
!Motolinía.....	1537	12	12	-	-
!Motolinía.....	1540	40	40	?	?
!Cartas de Indias.....	1559	160	80	40	40
!A. de Ciudad Real....	1585	182	84	(8)	(5)
!Mendieta y Torquemada	1596	287	142	69	76

Como no era posible cuantificar la superficie de todos los monasterios enumerados por los cronistas, la muestra abarca solamente veinticinco ejemplos y para compensar la relativa pequeñez de este universo, se midieron edificios pequeños, medianos y algunos que pueden considerarse enormes como los monasterios de Actopan, Itzmiquilpan o Yuriria, por ejemplo. Por otra parte, no siempre fue posible conseguir los planos y alzados necesarios para realizar los cálculos, pero consideramos que el sondeo tiene cierto valor

\*Motolinía: *Memoriales*, pp. 115, 202; *Cartas de Indias*, p.149; *Ciudad Real, Relación breve.* t.I,p.CXXXIII; Mendieta,*Historia*, p. 545-546 Torquemada, *Bonarquéz*, t.III, p.381-382

representativo en relación con los varios aspectos y problemas involucrados. Es conveniente aclarar que en la evaluación de las superficies no se tomaron en cuenta algunas partes de los conventos tales como las bóvedas interiores ni las exteriores, pensando que en varios de ellos hubo techumbres de madera, lo mismo que en los corredores de los claustros; se exceptuaron las superficies de las capillas posas y abiertas, así como todas las tapias. En consecuencia, las magnitudes que aparecen en la Tabla II serán siempre menores que las reales, y deberán tomarse en cuenta, pues repercutirán a la baja en el tonelaje de la cal necesitada y producida que aparece en la la tercera columna.

Por otra parte, como no existe documento alguno que permita conocer las proporciones en que se mezclaron la cal y la arena, puesto que puede variar la cantidad de ésta, entre dos y tres partes y aun más en algunos casos en relación con el primer material, se hicieron los cálculos tomando como base dos y tres partes de arena, que se observan en las columnas cuarta y quinta respectivamente. Se sabe igualmente que hoy, con un bulto de 25 kilogramos de la cal moderna, hidratada, y la arena correspondiente, se puede cubrir una superficie de cuatro a cinco metros cuadrados, con un espesor de un centímetro. De acuerdo con estos datos, se realizaron los cálculos hasta cierto grado hipotéticos con respecto a lo realizado hace poco más de cuatro siglos, porque la capa de mortero que cubre los muros conventuales es, en general, bastante irregular y más gruesa en algunas partes que en otras, hecho que se reflejará asimismo en el tonelaje total de la cal empleada para cada edificio.

A pesar de estas variaciones, se procedió a realizar los cálculos

TABLA II

## SUPERFICIES CUBIERTAS CON ARGAMASA. TRANSPORTE HUMANO DE CAL Y ARENA

CONVENTO	METROS <sup>2</sup>	TONELADAS		VIAJES/HOMBRE (23 KG)		TOTAL VIAJES		
		CAL	ARENA		1:2 (arena):1:3	(cal + arena)		
			(1:2)	(1:3)	(cal)	(cal + arena)		
ACOLMAN	10 000	62	124	186	5 391	8 086	2 695	10 781
ACTOPAN	14 500	91	182	273	7 913	11 869	3 956	15 825
ALFAJAYUCAN	8 500	53	106	159	4 808	6 913	2 304	9 217
ATOTONILCO EL GRANDE	13 000	81	162	243	7 063	10 565	3 521	14 086
CALPAN	4 000	25	50	75	2 173	3 261	1 086	4 347
CHOLULA	9 300	58	116	174	5 043	7 565	2 521	10 086
EPAIZUCAN	9 500	59	118	177	5 130	7 695	2 565	10 260
HUATLATLAHUCA	3 500	22	44	66	1 913	2 869	956	3 825
HUEJOTZINGO	12 000	75	150	225	6 521	9 782	3 260	13 042
ITZMIQUILPAN	14 000	88	176	274	7 652	11 478	3 826	15 304
NETZITILAN	9 000	61	122	183	5 304	7 956	2 652	10 608
MOLANGO	3 000	19	38	57	1 652	2 478	826	3 304
TECOAHUILA	4 500	28	56	84	2 434	3 652	1 217	4 869
TEPEACA	9 500	59	118	177	5 130	7 695	2 565	10 260
TEPEAPULCO	5 000	31	62	93	2 695	4 043	1 347	5 390
TEPEJIL DEL RIO	6 500	41	82	123	3 565	5 347	1 782	7 129
TEPOZTLAN	8 400	53	106	159	4 808	6 913	2 304	9 217
TETELA DEL VOLCAN	4 500	28	56	84	2 434	3 652	1 217	4 869
TEZONTEPEC (S. PEDRO)	7 200	45	90	135	3 913	5 869	1 956	7 825
TLALMANALCO	5 000	36	72	108	3 130	4 695	1 562	6 257
TLANCHINOL	3 000	19	38	57	1 652	2 478	826	3 304
TULA	8 500	53	106	159	4 808	6 913	2 304	9 217
YURIRIA	14 000	88	176	264	7 652	11 478	3 826	15 304
XOCHIMILCO	12 000	75	150	225	6 521	9 782	3 260	13 042
ZEMOALA	7 400	46	92	138	4 200	6 000	2 000	8 000
TOTALES:	207 400	1 296	2 592	3 888	112 695	169 043	56 347	225 385

En la presente tabulación, la primera columna indica los metros cuadrados que fueron enca-calados, sin tomar en cuenta todas las bóvedas, la tapia ni las capillas. La segunda, indica las toneladas de cal que fueron necesarias para el proceso. La tercera y cuarta columnas corresponden a la arena utilizada en las proporciones de 1:2 y 1:3 respectivamente, en tanto que en las columnas quinta y sexta se indican los viajes que hubo necesidad de realizar para transportar este último material, considerando una carga de sólo veintitrés kilogramos (o sean dos arrobas). Este peso puede parecer pequeño, pero será necesario pensar en que intervinieron niños y mujeres. La séptima columna corresponde a los viajes de la cal y la última representa la suma total de los viajes de cal y arena en la proporción de 1:3. No se ha indicado lo referente al agua, pues no hay manera de calcularla.

Será fácil advertir el enorme esfuerzo que representó para los indígenas tan sólo la operación del encañado de los aros conventuales.

correspondientes, tomando como base cuatro metros cuadrados por veinticinco kilogramos de cal y el resultado de la superficie aparece en la segunda columna. Citaremos el ejemplo de Acolman el cual tiene una superficie de 10 000 metros cuadrados, para los cuales fueron necesarias 62 toneladas de cal y el doble o el triple de arena (124 y 186 toneladas respectivamente); para transportar todo este material, suponiendo el caso de que cada hombre haya cargado solamente 25 kilogramos, el número de viajes fue de 10 781.

Para obtener ahora la cantidad total de cal que fue necesaria, se tomaron como base doscientos conventos únicamente de los citados en la Tabla I y de acuerdo con las cuantificaciones señaladas en la Tabla II, se obtuvieron los siguientes resultados: los 25 edificios dieron un total de 207 400 metros cuadrados; el promedio por unidad es de 8 296 m<sup>2</sup>. Si se multiplica esta cifra por los 200 monasterios se tiene una superficie total de 1 659 000 m<sup>2</sup>, que indican el área que tuvo que ser encalada por los indígenas, tanto por ser un proceso conocido por ellos como porque, además, no había suficientes albañiles españoles; aparte estaría el hecho de que los frailes no podrían haber pagado los salarios tan altos que hubieran resultado diaria o semanalmente.

Para obtener la cal utilizada en cada convento bastará multiplicar la superficie por 25 que son los kilogramos de cal suficientes para cubrir 4 metros cuadrados; por tanto, para volver al caso de Acolman se procede así:  $10\ 000 \times 25 \div 4 = 62\ 500$  kg. = 62.5 ton. Como la superficie calculada para 25 conventos fue de 207 400 m<sup>2</sup> y el promedio fue de 8 296 m<sup>2</sup>, si se multiplica ésto por los 200 edificios y por los 25 kg. de cal y se divide entre 4 que son los metros

que se cubren con el bulto de 25 kg., se tendrá el tonelaje final:

$$8\ 296m \times 200 = 1\ 659\ 000 \times 25\ kg = 41\ 480\ 000 \div 4 = 10\ 370\ 000\ kg.$$

El resultado será de 10 370 toneladas de cal, cantidad que para cualquier época representa un problema de gran envergadura, pero si se piensa en las condiciones de hace cuatro siglos, el asunto adquiere un valor nunca tomado en consideración, y obliga a pensar en los niveles de esfuerzo humano desarrollados en la comunidad indígena donde se estableció el convento y en los pueblos aledaños que contribuyeron para erigirlo. Es indudable que para todo esto no hubo otra cooperación que la de los indígenas: ellos cortaron la leña para quemar en los hornos, llevaron la piedra caliza, produjeron la cal, la transportaron a mayor o menor distancia, acarrearón la arena, el agua, en fin, todo. Tan sólo como un dato curioso, citaremos que según los planos del complejo arquitectónico de Tetitla en Teotihuacán, la superficie que tuvo que cubrirse con el mortero, fue de 10 000 metros cuadrados, sin incluir los pisos ni techos, área que equivale a la del convento de Acolman.

Cabe preguntarse ahora cómo fue posible producir tanta cal como fue necesaria en cada monasterio, puesto que el material calizo no siempre se encontraba cerca del poblado. De aquí surgirán otros problemas interesantes que no es fácil resolver, pues hay una carencia notable de documentos relacionados no sólo con los conventos, sino con la producción de cal durante el siglo XVI, y en la época prehispánica, todavía peor documentada. Así, por ejemplo, en la lámina XXX del Códice Mendocino se señalan siete pueblos como Huapalcalco, Otlazpa, Xalac, etcétera, que entre otros tributos entregaban a Tenochtitlan apenas cuatrocientas cargas de cal, que es

insignificante si se comparan con las cuatro mil cargas tributadas por veintidós pueblos de la región sur de la ciudad de Puebla, entre los que destacan Tepeaca, Tecamachalco, Tepeji, Tecali, Huatlatlahuca, Coatzingo y otros más. (3)

En cuanto al periodo posterior a la Conquista, las noticias son escasas, pero hay tres que están en el Libro de las Tasaciones de los pueblos de la Nueva España, por medio de las cuales se puede obtener una idea aproximada de lo que significó la producción de la cal, aunque no haya relación alguna referida a los conventos.

Los primeros datos corresponden al pueblo de Axacuba en Hidalgo, y en ellos se asienta que los indígenas deben entregar a su encomendero Jerónimo López, la producción de cinco hornos de cal, al parecer, cada cien días, en 1543. El 21 de junio de 1552 se modificó la tasación quedando obligados a entregar "cincuenta cargas de cal en piedra, y por los hornos ciento y sesenta cargas, y que así lo pagaban a Jerónimo López, su encomendero ya difunto". (4) Posteriormente, el 5 de septiembre de 1558 se dice lo siguiente "sobre lo tocante a la cal...como le daban por cada carga de cal viva tres reales, sea y se entienda dos". (5) Estos informes no permiten obtener un cálculo de la cal producida mensualmente.

Más interesantes son las noticias del pueblo de "Gueipuxtla, por otro nombre Teupuztla. En la Teutalpa, obispado de México", pues en ellas se dice que los moradores deben entregar a sus "amos" Antón Bravo y Pedro Valenciano, "cada quince días, ocho hornos de cal, de que salgan doscientas cargas y hánlas de traer a esta ciudad" de México, "ciento para cada uno"; la fecha no está especificada en este documento, aunque parece corresponder a 1543, pues más o menos

unos diez años después, hay otro documento del 11 de diciembre de 1553, en el que se menciona "una conmutación de la traída de la cal y del carbón y leña" por la cual quedan obligados a entregar "trescientos pesos...por razón de la traída de la cal". (6) Según lo anterior, se puede inferir que los ocho hornos producían mensualmente cuatrocientas cargas o "fanegas" y cada una costaba seis reales (\$0.75).

Una tercera mención más importante corresponde al pueblo de Zumpango (México), cuyos moradores estaban obligados a entregar al encomendero Gil González de Benavides, "cada diez días treinta hornos de cal en que podrá haber mil y doscientas cargas o mil y quinientas, y que cada ocho días traigan a esta ciudad cien cargas de la misma cal." (7) Parece haber un error en las fechas, pues al citado documento le asignan la fecha de 1566 y el siguiente fue expedido el 18 de febrero de 1555 y en el cual se indica una moderación del tributo por lo cual "el presidente y oidores, tasaron y moderaron las cien cargas de cal que los indios de Zumpango eran obligados a traer... cada semana...le den por razón de..[la cal] diez y nueve pesos...de a ocho reales cada uno".(8)

Basados en estos documentos trataremos ahora de interpretar su significado, aunque como ya se dijo antes no se puedan relacionar los datos directamente con el encalado de los monasterios por la falta de referencia. Como en los diccionarios se dice que cada carga o fanega tiene cuatro arrobas, o sean cuarenta y seis kilogramos tomamos esta cantidad para calcular la producción. De esta manera, Hueypuxtla con sus ocho hornos produciría 400 cargas mensuales, o sean 18.4 toneladas.

En cambio, la producción mensual de Zumpango fue mucho mayor, aun tomando la cifra baja de 1 200 cargas por los 30 hornos, mensualmente se producirían 165.6 toneladas:

$$30 \text{ hornos} \times 1200 \text{ cargas} \times 30 \text{ días} \times 46 \text{ kg/carga} = 165\ 600 \text{ kg.}$$

Si ahora relacionamos estas cantidades de cal con los 200 conventos y las superficies indicadas en la Tabla II (segunda columna) obtendremos la cantidad total de cal que fue necesaria para encalarlos:  $1\ 659\ 000 \text{ m} \times 25 \text{ kg} \div 4 = 10\ 370\ 000 \text{ kg}$  o sean 10 370 toneladas. Según la producción mensual de Hueyputla, se hubiera tenido que trabajar para la obtención de aquel tonelaje, unos cuarenta y siete años:  $10\ 370 \div 18.4 \text{ ton.} \times \text{mes} = 563.5 \text{ meses} = 47 \text{ años}$ . Con la capacidad de producción de Zumpango, el tiempo se reduce bastante, a unos cinco años:  $10\ 370 \div 165.6 = 62.6 \text{ meses} = 5 \text{ años, dos meses}$ .

Calculemos ahora cuánto pudieron costar esas 10 370 toneladas de cal. Si la carga tenía un precio de \$0.75 el resultado hubiera sido  $10\ 370 \text{ ton.} \times \$16.3/\text{tonelada} = \$169\ 031$  y si se divide esta cifra entre los doscientos conventos, se obtendría un costo de cal de \$845.15 por edificio. Esta cantidad parece pequeña en términos actuales pero si se piensa en la situación económica de frailes e indios, la visión cambia; para poner un ejemplo, piénsese que un peón ganaba de medio a un real y si era oficial su salario oscilaba entre uno y dos reales (\$0.12 a \$0.24), y como el fraile estaba atendido a lo que le daban los indígenas, se tendrá otra valoración de los hechos ocurridos antes de mediar el siglo XVI. Por otra parte, en la producción no están incluidos los costos de la leña, ni el acarreo, además de algunos otros datos que desconocemos. La comida, por ejemplo, si acaso, la proporcionaban los frailes,

como dice Mendieta (9) pero, aún en este caso, los alimentos también tenían que ser provistos por las mismas comunidades que contribuyeron a la erección del monasterio.

Aún cuando no lo dice documento alguno, el proceso de producción debió seguir la técnica ancestral, puesto que era ampliamente conocida por los indígenas; quizás los españoles introdujeron alguna mejoría en ella pero no aparece mencionada hasta donde hemos podido investigar.

Si se piensa ahora en el acopio de arena que fue necesaria para hacer la mezcla, las cantidades tendrán que doblarse para una proporción de uno a dos, o triplicarse para la de uno a tres, conforme lo señalan las columnas cuarta y quinta de la tabla, y la cantidad total sería de 20 740 y 31 110 toneladas para los doscientos conventos. No es difícil imaginar el esfuerzo que esto significó para los indígenas, pues hay que pensar en que todos estos materiales tuvieron que ser transportados por ellos, y no se diga del agua que fue necesaria. Todo esto proporciona una visión diferente de los problemas que ocurrieron a partir de 1530, fecha que menciona Motolinía para el inicio de la campaña de construcción de los franciscanos. Cientos, miles de viajes que tuvieron que ser realizados por hombres, mujeres y niños, día tras día, hasta dar cima a la obra que hoy puede contemplarse en los pueblos donde se edificó un convento. Cuando se trató de un edificio pequeño como los de Otzotcicpac o Huexotla aunque supone cierto esfuerzo, no se puede comparar con el realizado en Actopan, Huejotzingo, Itzmiquilpan o Cholula. Frente a estos hechos la mención de fray Juan de Grijalva (10) respecto a que el convento de Epazoyucan (9 500 metros cuadrados

solamente de encalado) se construyó en sólo siete meses se antoja cercano a la fantasía.

Para ayudar al lector en estas reflexiones, y aun cuando no contamos con documento alguno, a la derecha de la columna quinta se observan otras cuatro más en las que nos ocupamos de calcular, siempre en forma hipotética, los viajes que fueron necesarios para acarrear la cal y la arena bajo las proporciones citadas en la parte superior, suponiendo que cada indígena solamente cargó con dos arrobas, o sean veintitrés kilogramos. En la última columna (novena) aparecen el número de viajes realizados. No parece necesario agregar comentario alguno pues los datos lo dicen todo, o parte del problema, puesto que habría que agregar la construcción del convento mismo, antes de que se encalaran los muros. Terminamos así la primera parte de este capítulo; pasaremos enseguida a examinar el problema del trabajo que significó pintar los muros.

#### Magnitud de la superficie pictórica.

Una vez que estudiamos la magnitud del encalado de los muros, realizamos otra cuantificación para conocer el número de metros cuadrados que se pudieron pintar hace poco más de cuatro siglos. El asunto fue aún más difícil porque la mayoría de los conventos han perdido gran parte de sus pinturas, y en otros nada hay; en muchos todavía es posible que se encuentren bajo las gruesas capas de los encalados que se hicieron a lo largo del tiempo. Mas basados en lo que todavía puede verse, procedimos a medir las superficies pintadas de once edificios y las del pequeño templo de Xoxoteco en el estado de Hidalgo.

Aunque las cifras que se presentan en la Tabla III no concuerdan exactamente con la realidad, puesto que hay muchas partes incompletas, pueden dar una idea acerca de lo que existió. También en este caso, como en el del encalado, se redujo más aún el número de edificios para inferir lo que pudo haber en ciento sesenta conventos, en lugar de los doscientos que se tomaron para la cuantificación anterior, así como para compensar aquellos que pudieron tener menor superficie pintada.

TABLA III

CONVENTOS	PINTURA EN M <sup>2</sup>	ORDEN
Actopan.....	2 600	OSA
Iztmiquilpan.....	2 184	OSA
Metztitlán.....	1 960	OSA
Oaxtepec.....	1 700	OP
Tezontepec.....	1 670	OSA
Atlatlahuca.....	1 180	OSA
Epazoyucan.....	875	OSA
Tetela del Volcán..	800	OP
Ocutuco.....	468	OSA
Huatlatlahuca.....	419	OSA (OFM)
Tecamachalco.....	258 (!)	OFM
(Xoxoteco).....	(262) (-)*	OSA
Superficie:	14 114	
Promedio de los 11 conventos =	1 283m <sup>2</sup> (*sin Xoxoteco)	

A pesar de estas restricciones naturales, se observarán cifras altas como en Actopan o en Iztmiquilpan por ejemplo. En comparación, en el monasterio de Tecamachalco apenas si hay 258 metros cuadrados cifra que por su pequeñez parece irrelevante, lo que es inaceptable ya que este convento fue importante y en él moraron frailes como Domingo de Aréizaga, Francisco de Toral, Alonso de Molina y algunos otros de los que poco se habla en los documentos. Algo semejante debe decirse de edificios como los de Alfajayucan, Tlaquiltenango, Cholula, Tlaxcala y algunos más en los que apenas si se observan unas cuantas escenas, algunas bastante mutiladas, y ello se debe

a que sus muros todavía se encuentran encalados; mas el hecho de que en la actualidad no se observen escenas religiosas en ninguna forma indica que no se hayan pintado, puesto que la mayor parte de los monasterios estuvieron situados en zonas importantes y donde de la evangelización fue intensa. Por otra parte, los temas religiosos desempeñaron una función fundamental en la implantación de la fe cristiana en la Nueva España.

Una vez que se obtuvo la superficie, pareció conveniente hacer tres promedios para compensar las pérdidas, pero sólo se mencionarán el alto y el bajo. Si se toma en cuenta la cifra anotada y se divide entre los once ejemplos, el resultado dará un promedio de 1 283 metros cuadrados; pero si se consideran los que tienen una pintura mayor de los mil metros, el promedio asciende a 1 882 metros cuadrados. Estas cifras multiplicadas por los ciento sesenta monasterios darán las dos siguientes superficies: 205 280 y 301 120 metros cuadrados. Es indudable que esta forma de evaluar el trabajo del indio, proporciona una visión totalmente distinta del problema de la pintura conventual, pues cualquiera de las dos que se pondere, representan un esfuerzo enorme dadas las condiciones de vida que imperaron en el siglo XVI, y que sólo pudo realizarse por medio de la intervención de los indígenas guiados por los misioneros.

El hecho de pintar miles de metros cuadrados obliga a pensar en los medios de que se valieron los frailes para dar cima a esta obra que, considerada de este modo, necesariamente cambiara algunos de los puntos de vista desde los cuales se ha valorado la pintura mural del siglo XVI. Uno de ellos tiene que ser el rechazo

de los pintores españoles antes de mediar el siglo, puesto que no los hubo antes de esta fecha pero, además, dada la urgente necesidad de los misioneros para erradicar la idolatría, no podían esperar con los brazos cruzados a que viniesen artistas europeos para empezar la decoración de sus conventos. No parece lógico que así haya ocurrido porque, según lo veremos posteriormente, uno de los medios utilizados para catequizar a los nativos fue el empleo de las escenas religiosas pintadas en los muros.

Por otra parte, recurrir a pintores españoles o extranjeros hubiera significado unos costos enormes que repercutirían más sobre las comunidades indígenas ya tan agobiadas por los tributos y los gastos para construir los monasterios. No hay forma de calcular lo que pudo significar el pago a europeos, pues aún cuando nos parezcan pequeños los sueldos de hace poco más de cuatro siglos, los oficiales españoles recibían salarios mucho mayores que los pagados a los trabajadores en algunos casos, aunque no en las construcciones monásticas, puesto que como lo indican claramente fray Jerónimo de Mendieta y fray Juan de Torquemada, todo lo más que se les daba a los trabajadores era la comida la cual, al final de cuentas, también tenía que salir de las comunidades donde se había fundado el convento.

Por tanto, si los misioneros vivían en condiciones paupérrimas, por lo menos hasta mediar el siglo, y sujetos a lo que se les daba de limosna y de cooperación para las construcciones, será necesario buscar otro camino para hallar la fórmula de que se valieron los evangelizadores para realizar esa gigantesca tarea de pintar entre doscientos y trescientos mil metros cuadrados. A

reserva de fundamentar este asunto, es indudable que la solución estuvo en el entrenamiento del artista nativo, puesto que fue un individuo enteramente capacitado para ello gracias a la educación que tuvo antes de la llegada de los españoles. En esta tarea, la actividad de los franciscanos fue de primordial importancia, no sólo por haber sido los primeros en llegar a la Nueva España, sino por la calidad de los hombres que integraron la primera y varias de las misiones subsiguientes. Dotados de un enorme humanismo "a lo cristiano", compenetrados de sus deberes y preparados intelectual y espiritualmente como pocos, trataron y lograron después de muchos esfuerzos, captarse la voluntad y la cooperación de los indígenas por diversos caminos no siempre fáciles. Pero y por sobre todas las cosas, el deseo de implantar la fe cristiana los llevó al estudio del pensamiento y la vida de los indígenas, y este fue el factor que más repercutió en la evangelización, al proporcionar a los misioneros no sólo las armas para combatir la idolatría sino, igualmente, los medios para aprender de ellos lo que de bueno tenían en su desenvolvimiento intelectual, así como la ayuda que recibieron de los primeros jóvenes convertidos, quienes por haberse educado cierto tiempo en las escuelas prehispánicas, habían desarrollado una capacidad artística que analizaremos después.

Como una hipótesis, separada del cuerpo de este trabajo, basados en los ochenta conventos franciscanos mencionados en las Cartas de Indias para el año de 1559, y suponiendo que tenían ya parte de sus muros pintados con la superficie baja de 1 283 m<sup>2</sup> que se anotaron anteriormente, esos ochenta edificios indicarían

un trabajo pictórico de 102 640 m . Aún si se tomara la mitad o un cuarto de esta cantidad, revelarían un trabajo enorme que no es fácil de explicar si no es por medio de la intervención de la mano indígena. Podría argüirse que los muros no estaban pintados todavía, y que apenas si había uno que otro pintor español para hacerse cargo de estas obras, pero pensar en esta forma sería soslayar el problema. Podría argumentarse asimismo la presencia de algunas pinturas tardíamente fechadas como en Huejotzingo: 1558, Atlatlahuca: 1572, Alfajayucan: 1576, pero tampoco se deben tomar como argumento decisivo, pues sólo podrían indicar que esos años se inscribieron como parte de un todo, pero no como el todo mismo. En otro capítulo posterior propondremos los argumentos para considerar que las pinturas murales fueron realizadas antes de mediar el siglo.

Bastará indicar ahora que para hallar la solución de los diversos problemas involucrados en los trabajos pictóricos de los conventos novohispanos, es necesario estudiar el conjunto de factores que intervinieron: magnitud de las superficies, aprovisionamiento del equipo, los pigmentos y su preparación, entrenamiento de los artistas; los aspectos tecnológicos que no son fáciles de diagnosticar; en fin, la tarea es más complicada de lo que podría parecer a primera vista, y a ello dedicaremos los siguientes capítulos.

1 Kubler, *Mexican Architecture*, I, 165-168.

2 Motolinía, *Memoriales*, 115, 202. *Cartas de Indias*, 149. Mendietta, *Historia*, 545-546; Ciudad Real, *Tratado*, CXXXIII; Torquemada, *Monarquía*, III, 381-382.

3 Códice Mendocino, fols. XXV, XLIV.

4 Libro de las Tasaciones, 96.

5 L. de T., 98.

6 *Ibidem*, 205-206

7 *Ibidem*, 657.

8 *Ibidem*, 657-658.

9 Mendietta, *op. cit.* 222.

10 Grijalva, *Cronica...*, 158.

11 Motolinía. *op. cit.*, 202.

12 *Cartas de Indias*, 149.

## CAPITULO II

## LA CONVERSION CRISTIANA DEL INDIO

Tres años después de la caída de la ciudad de México Tenochtitlan en 1521 y por gestiones del conquistador Hernán Cortés, llegaron a la Nueva España los primeros doce franciscanos a las órdenes de fray Martín de Valencia, en 1524. Aunque les habían precedido fray Juan de Tecto, fray Juan de Ayora y fray Pedro de Gante, y dos más cuyos nombres se desconocen, y que habían iniciado sus primeros trabajos en la ciudad de Tezcoco, lo que se puede considerar ya como la evangelización organizada, solamente dio comienzo cuando todos juntos, después de intercambiar opiniones acerca de la experiencia conseguida por los cinco en aquella ciudad, se repartieron en México, así como en Tlaxcala, Huejotzingo y Tezcoco, las tres "provincias" más importantes por el desarrollo religioso, económico, social y político alcanzado por sus moradores.

Como el tema ha sido analizado ya por varios autores en forma diversa y casi completa (1), solamente puntualizaremos algunos aspectos que tienen interés especial para los lineamientos que nos hemos impuesto en esta investigación, y señalaremos algunos otros que han merecido poca atención, dados los propósitos perseguidos por cada autor.

Es obvio decir que el propósito primordial de los frailes franciscanos y más tarde de los dominicos y agustinos, fue la extirpación de la idolatría y la implantación de la religión cristiana. A esto se le ha llamado evangelización, conversión o "conquista espiritual"; significa, además, educación. Educación no

sólo del indio, sino también del fraile; implica asimismo el conocimiento de diversos problemas y la búsqueda de soluciones parcial o integralmente conseguidas. Abarca igualmente acciones y reacciones complejas cuyo conocimiento es imprescindible si se desea comprender la lucha entablada entre frailes e indios y los frutos que surgieron de ella.

Para poder educar, el misionero tuvo que educarse a sí mismo; para conocer al indígena tenía que comunicarse con él, y de aquí surgió el primer problema mayor. "La lengua, según dijo Motolinía, es menester para hablar, predicar, conversar, enseñar y administrar todos los sacramentos; y no menos el conocimiento de la gente." (2) Hemos subrayado unas palabras porque en ellas podría hallarse implícito uno de los puntos más importantes de las labores de los misioneros. El autor comparó también la lengua indígena más difundida "...la de los nahuales o de nahuatl [porque] es como latín para entender las otras." (3) Sus opiniones son interesantes porque reflejan la necesidad de conocer las profundidades del alma indígena, en lo espiritual y en lo intelectual.

Tan importante fue este aprendizaje que alguno de los primeros doce misioneros, preguntó a fray Juan de Tecto:

*...que era lo que hacían y en qué entendían. A lo cual el fray Juan de Tecto respondió: 'aprendemos la teología que de todo punto ignoró S. Agustín', llamando teología a la lengua de los indios y dándoles a entender el provecho grande que de saber la lengua de los naturales se había de sacar...* (4)

Se nos ocurre preguntar si con estas palabras señaladas por fray Jerónimo de Mendieta, Tecto, quien antes había sido profesor de teología en la Universidad de París durante catorce años, se

refirió simplemente a la pura lengua, o a todo lo que podría haber tras de ellas, como lo vimos en Motolinía, es decir, el conocimiento de la psicología del indio, y más todavía, con la "teología" prehispánica, representada ya no por la lengua sino por las normas de las creencias indígenas, y sin cuyo conocimiento el trabajo de los frailes hubiera sido infructuoso o más tardado.

Como no hay forma de comprobarlo dejaremos el asunto para comentar otras palabras de Mendieta, quien asienta que *"A cabo de medio año que estos apostólicos varones habían llegado, fue servido el Señor de darles lengua para poder hablar y entenderse razonablemente con los indios. Los primeros que salieron con ella fueron Fr. Luis de Fuensalida y Fr. Francisco Jiménez."* (5)

Es posible que así haya ocurrido, pero medio año es un tiempo increíblemente corto, y en contra de esta afirmación están otras palabras de Motolinía más acordes con la realidad, y de mayor crédito, pues fray Jerónimo llegó en el año de 1554 a la Nueva España. Dice fray Toribio *"Los dos primeros años, poco salían los frailes del pueblo adonde residían así por saber poco de la lengua, como por tener bien en qué entender adonde residían"* (6)

Estos dos primeros años corresponderían a 1524-1525 o 1525-1526 según como haya contado el tiempo el autor, y marcarían un periodo durante el cual habían aprendido lo suficiente para comunicarse con los pobladores, pues el mismo historiador asienta que la casa de Cuernavaca que fue la quinta, se tomó "el segundo año de su venida" o sea, en 1526, y en el lugar bautizaron ya a muchos niños de la zona. (7)

Resulta extraño que Motolinía no mencione en momento alguno, la ayuda que recibieron del niño Alonso de Molina, quien por haber llegado muy pequeño aprendió pronto el náhuatl y fue el primer maestro de la lengua para los frailes. En cambio, Mendieta y Torquemada lo encomian bastante, aunque ninguno cite la fecha en que esto ocurrió. (8) De cualquier modo que haya sido, el hecho importante es que se puede tomar el año de 1526 para situar una de las fechas claves para el inicio organizado y consistente de la evangelización, pues hay otros datos que lo confirman.

Así, por ejemplo, el primer matrimonio formal celebrado ocurrió en Tezcoco el 14 de octubre de 1526, en la persona de "*don Hernando [de Pimentel], hermano del señor*" de dicha población, junto con otros siete jóvenes que se habían educado en el convento de Tezcoco. (9)

Como el matrimonio y el bautismo de adultos, o de jóvenes mayores de edad no se celebraba si no sabían los fundamentos doctrinales, lo anterior indica que para casar a esos jóvenes, los franciscanos ya hablaban el náhuatl. El autor lo confirma nuevamente dos párrafos adelante al asentar que "*pasaron tres o cuatro años en que casi no se velaban, sino los que se criaban en la casa de Dios, ni señores ni principales, ni macehuales*" (10), y esto se debía a varias razones, pero la más importante era la poligamia practicada por los miembros de los estratos superiores de la sociedad. El asunto debió preocupar bastante a los frailes ya que no podían permanecer con los brazos cruzados.

Por este motivo, Motolinía se dedicó a estudiarlo y en su obra

le dedica cinco largos capítulos en los que va desmenuzando paso a paso cuanto al matrimonio indígena se refiere, indagando en diversas regiones. Está claro que ésto sólo pudo hacerlo mediante el conocimiento y el dominio de la lengua náhuatl. Desgraciadamente no podemos detenernos en este tema, por salirse de los propósitos de nuestro trabajo, pero sí nos importa destacar que estas investigaciones le llevaron a percatarse de la importancia que tenía la religión en la vida y costumbres de los indígenas y el papel preponderante desempeñado por los sacerdotes del panteón prehispánico.

En los primeros meses, creyeron que con destruir los edificios de las deidades y hacer pedazos las figuras de los ídolos "era todo hecho". Mas descubrieron que ese aparente fervor de los indígenas no pasaba de la apariencia, pues era mayor el número de los que "de noche se ayuntaban y llamaban y hacían fiestas al demonio con muchos y diversos ritos que tenían antiguos". (11). Tampoco servían los castigos aplicados a los infractores, pues en aquel tiempo ignoraban que los sacrificios ancestrales eran mucho más duros que los que los frailes aplicaban. Cientos, miles de años de veneración a los dioses, y una educación profunda de los dirigentes espirituales y de los gobernantes, no podían olvidarse fácilmente.

Con toda razón afirmó Motolinía que "no bastaban [poder y] saber humano para los destruir y destirpar, por los cuales era muy duro dejar lo de tanto tiempo acostumbrado y en lo que se había envejecido". (12) ¿Cómo podían entonces "destirpar" esas creencias si no podían argumentar en contra de ellas; si carecían

del medio para comunicarse con sus tercos feligreses? ¿Como podía esperar el misionero informe alguno de esos sabios sacerdotes? Esos Demonios, alfaqués, sátrapas, papas y varios nombres más que les aplicaron los evangelizadores, no eran gente común a la que podía convencersele con facilidad; fueron, por el contrario, individuos bien educados tras largos años de estudio; las creencias necesariamente habían arraigado profundamente. A su cargo había estado la educación de niños y jóvenes (conforme habremos de estudiarlo adelante). Esos sacerdotes fueron también los maestros y consejeros de los que dirigían el destino de los pueblos, alfaqués ellos mismos antes de subir a los estrados del gobierno.

Pero todo esto no podían saberlo los frailes sin investigarlo, sin saber antes la lengua, o "teología" necesaria para poder entender la otra teología aprendida y practicada cotidianamente. ¿Cómo convencerlos para que abandonaran esa idolatría sangrienta que tanto les perturbaba? Y si los indígenas se mostraron firmes en sus intenciones, no menor fue la tenacidad de los misioneros.

Lejos de darse por vencidos, intensificaron sus esfuerzos y aplicaron aquí lo que ya se había hecho en la España judía y musulmana: recogieron a los niños hijos de principales, nobles y gobernantes pero sin abandonar a los hijos de la "gente común", y mucho menos a los sabios indígenas, porque su influjo sobre la población era marcado, quienes, además, trataron de contrarrestar las prédicas de los cristianos intrusos. Mas si en la Península conocían a fondo las religiones hebrea y musulmana, en cambio

la indígena les era desconocida; tenían, por tanto, que vencer y convencer en alguna forma a los pobladores y lo más pronto que fuera posible.

Importancia de los niños. Su conversión y la ayuda que proporcionaron a los frailes.

Uno de los aciertos mayores de los franciscanos, y adoptado más tarde por dominicos y agustinos, fue la educación de niños y jóvenes. Así lo dan a entender los historiadores de aquella época y Mendieta escribió lo siguiente "*De cómo esta conversión de los indios fue obrada por medio de niños, conforme al talento que Dios les comunicó,*" (13) ya que gracias al menor arraigo de la religión prehispánica en ellos, fueron convencidos con cierta facilidad. Por esta razón establecieron, incluso antes de que estuviera terminado el convento, las escuelas monásticas para educar a los niños.

Antes de proseguir, considero interesante citar unas palabras del doctor Antonio Garrido Aranda publicadas recientemente. Haciéndose eco de una hipótesis de Robert Ricard, asienta con toda razón, que los misioneros aplicaron un sistema que ya se había puesto en práctica en el proceso de cristianización de los moriscos de Granada, sólo que "*los estudios en esta línea no han sido abundantes, dándose siempre por sentado que el procedimiento y metodología de los misioneros en Nueva España, ante lo novedoso de la experiencia, era el ideal apostólico, en el contexto de la iglesia primitiva.*" (14) Paso a paso, señala las semejanzas que hubo entre los métodos granadinos y novohispanos. Menciona igualmente algunas diferencias y señala la importancia que tuvo el

"Primer Concilio" mexicano de 1555, el cual, según su opinión, tuvo como antecedente inmediato el celebrado en Guadix el año anterior, y escribe lo siguiente "los concilios y sínodos indianos fueron la columna vertebral de la organización eclesiástica secular, y de donde emanaron los movimientos hacia una sistemática evangelización del indígena". (15)

Coincido con varias de sus opiniones, pero su aseveración que he subrayado, me parece discutible, pues los misioneros mendicantes y especialmente los franciscanos, se habían adelantado en unos veinte años por lo menos a las disposiciones conciliares de 1555. Puede aceptarse que influyeron mucho en la actividad de los sacerdotes seculares, tan protegidos por el segundo arzobispo de México, fray Alonso de Montúfar, pero no en cuanto se refiere a los frailes. Más aún, podría decirse que aquellas disposiciones y la presencia de los sacerdotes seculares, vinieron a contrarrestar la actividad misional y a oponerse a muchas de las costumbres y normas establecidas por los misioneros, que estaban basadas en el profundo conocimiento que para estas fechas tenían ya del mundo indígena. Además de esto, las acusaciones en contra de los frailes se sucedieron una y otra vez a lo largo de los años que Montúfar fungió como arzobispo; y se agravaron con la llegada del visitador de Felipe II, el licenciado Jerónimo de Valderrama (1563-1565), quien se encargó de aumentar la tributación a los indígenas, además de echar por tierra varias disposiciones de los religiosos.

El trabajo del doctor Garrido es importante por las nuevas luces que aporta al conocimiento de algunos aspectos de la

evangelización novohispana, como una continuación de las experiencias conseguidas en la conversión de los moriscos, con las variantes naturales que surgieron aquí, al enfrentarse dos civilizaciones tan dispares. Si efectivamente hubo poca novedad en los procedimientos tradicionales puestos en práctica al principio, incluso en la necesidad de aprender las lenguas --como allá el hebreo o el árabe--, aquí surgieron otros obstáculos de naturaleza distinta, y el principal fue la religión indígena, de la cual sabían absolutamente nada, así como la excelente educación de los indios. De allí que la destrucción de los ídolos y de los templos sería insuficiente, mientras no se destruyera el fundamento religioso que sustentaba las costumbres y el pensamiento de los naturales de la Nueva España.

Por tanto, fue necesario ir al fondo de los hechos, y esto es precisamente lo que hicieron los franciscanos, al conceder una importancia extraordinaria a la educación de la juventud. Y si tampoco en este aspecto hubo novedad con respecto a lo realizado con los moriscos, puesto que también allá se había separado a los hijos de los padres, aquí el desarrollo fue distinto por ese desconocimiento de las creencias de los nativos. En este sentido, fue donde más influyeron los niños y jóvenes indígenas, porque habrá que preguntarse cómo fue posible que los frailes pudieran conocerla, si los adultos y los viejos maestros y sacerdotes se mostraban tan renuentes a dar cualquier informe que redundaría en perjuicio de su propia religión.

Por esta razón me parece lógico asentar que los primeros conocimientos empezaron a provenir de los jóvenes educados en las

escuelas conventuales, acerca de lo cual hay datos importantes en las historias escritas por los religiosos que se ocuparon de estos asuntos, y no hay razón para dudar de su veracidad. Más lo que sí debe valorarse es la calidad de los informes que pudieron proporcionarles los niños.

Deben analizarse igualmente otras aseveraciones poco evaluadas en torno al mismo problema, porque provinieron de alumnos ya no tan niños, y, por ello, fueron de capital importancia para la vida de frailes e indios, y que están en las obras de Motolinía, Sahagún, Durán, Mendieta, Torquemada y otros autores. Pienso también que estas investigaciones acerca de lo prehispánico se realizaron por necesidad, 'muy a los principios', obligados por las circunstancias bajo las cuales desarrollaban su trabajo los evangelizadores.

La persistencia de la idolatría perturbó bastante a los religiosos, pero fue un incentivo para luchar en contra de ella. No podían conformarse con saber de las celebraciones al amparo de la noche o de la distancia, de las que les informaban los niños.

Sahagún relata en pocas palabras parte de lo ocurrido:

*Necesario fue destruir todas las cosas idolátricas, y todos los edificios idolátricos, y aún las costumbres de la república que estaban mezcladas con ritos de idolatría y acompañadas con ceremonias idolátricas, lo cual había en casi todas las costumbres que tenía la república con que se regía, y por esta causa fue necesario desbaratarlo todo y ponerles en otra manera de policía, que no tuviese ningún resabio de cosas de idolatría... (16)*

Llama la atención la insistencia con que el benemérito franciscano repite la palabra 'idolatría', recalcando así la importancia que tuvo el aspecto religioso en casi todos los actos del hombre prehispánico. Había pues que destruir las bases, pero no podrían hacerlo mientras no las conocieran; pero que tampoco se las

dirían los sacerdotes indígenas, como lo indican ciertas palabras de Motolinía acerca de este enorme problema. Al estudiar las "edades del mundo, según los sabios desta tierra de Anáhuac" cuando llega al "quinto sol y edad," es un asunto que considera bastante complicado "[por]que aún para sacar a luz lo que ha subcedido en esta última edad, ha habido mucha dificultad y trabajo para sacar las flores entre las muchas espinas de fábulas y ficciones y diabólicas cerimonias y abusiones y hechicerías" (17) y en seguida intercala un comentario que confirma lo dicho acerca de que los primeros informes sólidos provinieron de algunos jóvenes, y no de los niños y mucho menos de los sacerdotes, conforme podrá deducirse de las palabras que subrayamos:

*Tornando al propósito de la cuenta de los años y tiempos de esta quinta edad, adviértase a ella, y tenga memoria, pues con trabajo y dificultad se ha sacado, si agora esta inquisición no se hubiera hecho cuasi luego a los principios que entramos en la tierra se investigó, entonces los naturales no lo osaban decir ni bien declarar, y esto era con intento de [que] sabidos los ritos y cerimonias consultados [se habría del] predicar contra ellos [por los trailes], e agora ya se va todo olvidando, que apenas hay quien sepa declararallo sino a pedazos y otros de oídas, que con oír a unos y a otros se ha alcanzado a saber y concordar muchas cosas que parecían contradecirse y variar... (18)*

Motolinía indica cómo esas investigaciones sobre lo prehispánico se hicieron "cuasi luego a los principios" de haber llegado, y cómo los "naturales" no querían decirles algo por las consecuencias que en su contra se revertían, conjeturamos que debieron esperar esos dos o tres años, que podrían situarse entre 1525 y 1527, ya indicados anteriormente, como los necesarios para aprender la lengua náhuatl, pues de otra manera no podían interrogar a los naturales para saber cuanto les hacía falta para trabajar con éxito

en tan ardua tarea. Por esta razón les costó tanto trabajo ir sacando "las flores de entre las muchas espinas" como tan bellamente lo ha dicho Motolinía, para calificar los informes obtenidos.

Porque los niños muy pequeños apenas si conocían unas y otras de manera muy superficial, pues en el momento de ocurrir la caída de Tenochtitlan acababan de nacer; otros, más grandecillos, habían asistido escasamente un año o dos a la escuela pero tomaban parte en los ritos ceremoniales, como lo dice el mismo autor al escribir lo siguiente *"anda[ba]n bailando algunos muchachos y niños, hijos de principales, de siete y ocho años, que cantaba[n] y baila[ba]n con los padres."* (19)

Otras palabras de fray Toribio inducen a pensar que los conocimientos de lo prehispánico provinieron de jóvenes y no de niños, conforme aparece en el relato de lo ocurrido en Tlaxcala hacia 1524 o 1525, que *"fue el primer año que los frailes menores poblaron en la ciudad de Tlaxcala"* y donde los niños que se educaban en el monasterio mataron a un indio porque iba vestido con las insignias del dios *Umetochtli*, pero como no supieron identificarlo, tuvieron que preguntar a los que seguían a aquel sacerdote, respondiéndoles que era el "dios Umetohtli". Los pequeñuelos arguyeron que no *"era dios sino diablo, que os miente y engaña."* (20) Aunque no indica ahora las edades, es obvio que aún no habían estudiado lo suficiente para saber de quién se trataba, por tanto, debieron ser de muy corta edad, digamos entre los seis y los siete años.

Pero no es Motolinía el único que trata el tema de las edades y del conocimiento rudimentario de la lengua, pues Sahagún lo

señala igualmente en la siguiente forma *"En este tiempo, como aún los religiosos no sabían la lengua de estos naturales, como mejor podían instruían a los indios hábiles y recogidos, para que ellos predicasen delante de los religiosos, al pueblo."* (21) Un poco más adelante indica cuan importantes fueron los conocimientos que empezaron a adquirir de ellos, aunque lo escribe en forma velada. Primeramente dice *"A los principios ayudáronnos grandemente los muchachos, así los que criábamos en las escuelas, como los que se enseñaban en el patio"*, y en el siguiente párrafo están estas palabras *"estos muchachos sirvieron mucho en este oficio [destrucción de los idólos], [más] los de dentro de casa ayudaron mucho más, para destripar [sic] los ritos idólatricos que de noche se hacían"* y continúa su relato con palabras todavía más enjundiosas al decir *"Hemos recibido, y aún recibimos en la plantación de la Fe en estas partes, grande ayuda y mucha lumbré de aquellos a quienes hemos enseñado la lengua latina."* (22)

Nótese que en los tres casos, el historiador habla de muchachos y no de niños, por lo cual se podría conjeturar que esa mucha lumbré que recibieron equivaldría a informes más sólidos en torno a la esencia religiosa prehispánica; ya no era el simple aviso del rito idólatrico practicado por las noches, que podría ser visto incluso por los niños pero sin que éstos supieran todavía los fundamentos "teológicos" que se impartían en los calmécac, por haber nacido dos o tres años antes de la Conquista. Hagamos de examinar este asunto de la edad en el capítulo siguiente, dedicado a la educación indígena antes de la llegada de los soldados españoles, por considerarlo de bastante importancia y en

el cual se aportarán algunas de las razones para examinar cómo influyeron en los frailes y en el curso de la evangelización novohispana algunos de los métodos de la educación ancestral, así como otros varios aspectos de su civilización.

Obtener la conversión de los sabios indígenas debió ser una de las metas principales deseadas por los primeros misioneros y por los que les siguieron. Pero en este largo camino que habrían de recorrer Motolinía, Sahagún, Olmos, Durán, Mendieta, de la Veracruz, y tantos otros que se preocuparon por rescatar al indio de la idolatría, se enfrentarían a muchos obstáculos con "espinas", antes de poder recoger las "flores". Los frutos de este lento aprendizaje de los evangelizadores, influirían asimismo en su conducta y aflorarían en varias fases de la vida de frailes e indios conforme habremos de mencionarlo a lo largo de este trabajo.

- 1 Ricard, *La conquista espiritual...*; Gómez Canedo, *La educación de los marginados...*; Kobayashi, *La evangelización como conquista*; Reyes-Valerio, *Arte Indocristiano*.
- 2 Motolinía, *Memoriales*, 228.
- 3 *Ibiden*, 125.
- 4 Mendieta, *Historia*, 606.
- 5 *Ibiden*, 224.
- 6 Motolinía, *op. cit.* 118.
- 7 Mendieta, *op. cit.* 128.
- 8 *op.cit.* 228; Torquemada, *Monarquía t.III*, 33.
- 9 Motolinía, *op. cit.*, 146.
- 10 *Ibiden*, 149.
- 11 *Ibiden*, 38.
- 12 *Ibiden*, 39.
- 13 Mendieta, *op. cit.*, 221.
- 14 Garrido Aranda, *Woriscos e indios* 18.
- 15 *Ibiden* 98, el subrayado es mío.
- 16 Sahagún, *Historia...* 579 Lib. I "Relación del autor..." Hemos utilizado la edición "Sepan Cuantos". En todos los casos, el número de página se referirá a esta obra y entre paréntesis daremos primero el número del libro y en seguida el del capítulo, ambos con romanos.
- 17 Motolinía, *op. cit.* 389.
- 18 *Ibiden*.
- 19 *Ibiden*, 384.
- 20 *Ibiden*, 247-250.
- 21 Sahagún, *op. cit.*, (X, {XIVIII})581.
- 22 *Ibiden*.

## CAPITULO III

LA EDUCACION PREHISPANICA. ANTECEDENTES, IMPORTANCIA E INFLUJO EN LA EVANGELIZACION SEGUN LOS HISTORIADORES MENDICANTES. EL CULTIVO DE LA MEMORIA Y EL METODO NEMOTECNICO.

Es indudable que en el desarrollo de la evangelización del indio, la educación de niños y jóvenes así como la de los adultos fue una de las tareas más importantes. A poco de llegar los misioneros y una vez que hablaban ya el náhuatl, creyeron que bastaba implantar en sus escuelas las normas de la educación española para conseguir la conversión. Sin embargo, pronto se dieron cuenta de que sus esfuerzos solamente fructificaban en los niños y algunos jóvenes, pero no con los adultos pues éstos aparentaban aceptar lo que se les decía, mas en cuanto se veían solos volvían a sus prácticas idolátricas. Ignoraban entonces los frailes que tras de ese empecinamiento estaba un hecho de extraordinaria importancia: la educación que habían recibido en sus propias escuelas, y que muchos de esos hombres habían sido maestros-sacerdotes de las diversas deidades.

Largos años de estudios "teológicos" realizados en el calmécac no podían olvidarse fácilmente. Por otra parte, estos mismos individuos trataron de contrarrestar la actividad de los evangelizadores exhortando a su pueblo a rebelarse en contra de los intrusos:

*diciendo a los indios que por qué no le servían y adoraban como antes solían, pues era su dios; que los cristianos presto se habían de volver para su tierra; y a esta causa los primeros años siempre tuvieron creído y esperaban su ida...Otras veces decía el demonio, que aquel año quería matar a los cristianos; otras veces les amonestaba que se levantasen contra los españoles...otras veces decían los demonios que no les habían de dar agua, ni llover porque los tenían enojados... (1)*

Será necesario aclarar que ese Demonio de quien habla fray Toribio de Benavente Motolinía en el párrafo anterior, y en muchos más, no es otro que el sacerdote, mejor dicho, los diversos sacerdotes que hablaban en nombre de sus deidades y a quienes los seguidores de los frailes, conversos incipientes, habían traicionado. Estos "Demonios", decíamos, fueron hombres sabios, de vivir austero, encargados de dirigir los ceremoniales religiosos, de aconsejar a los gobernantes; de regir las escuelas que había por todos los pueblos y provincias de Mesoamérica, estuviesen sujetos o no a Tenochtitlan en los cuales, igualmente, se opusieron a las predicaciones de los evangelizadores.

La severidad de las normas escolares implantadas por estos hombres pocas veces quizás puede hallar parangón en otras latitudes, pues no se permitía transgresión alguna así fuese a hijos de gobernantes. A lo anterior habrá que agregar la eficiencia de los sistemas de transmisión de los conocimientos. De las escuelas saldrían al cabo de un período no bien conocido, otros servidores de los dioses, los gobernantes mayores y menores, los jueces, los guerreros, pues la guerra desempeñó un papel de primordial importancia en la sociedad teocrático-militarista que imperaba en los pueblos mesoamericanos. A diferencia de Europa, en las escuelas indígenas se formaron también los artistas, conforme lo examinaremos adelante.

Aun cuando los dos autores que mayor atención dedicaron a la educación prehispánica fueron fray Bernardino de Sahagún y fray Diego Durán, sobre todo el primero, cuantos escribieron en el siglo XVI y en los siguientes, contienen cada uno menciones

breves o explícitas, indicando así la importancia que tuvo. En ocasiones las noticias son contradictorias y no siempre es fácil conciliar las opiniones en más de un aspecto. Más todos coinciden en asignar a la religión una enorme preponderancia. Se nacía, vivía y moría de acuerdo con el designio de los dioses. El trabajo, la guerra y el comercio, las fiestas, el arte, todo en fin, estaba regulado por el pensamiento religioso, y los sacerdotes eran considerados con sumo respeto. Para alcanzar las metas que se propusieron, la educación de la juventud fue fundamental y muy desarrollada.

De acuerdo con los cronistas y otras fuentes, existieron dos escuelas básicas: el Telpochcalli y el Calmécac con sus ramas masculina y femenina. En líneas generales, la primera fue más numerosa y se encargaba del entrenamiento militar y de algunas actividades de tipo civil. La segunda, de miras más selectas, educaba a sus alumnos principalmente en el aspecto religioso que lo permeaba todo, pero también en ella se educaron los jueces, los gobernantes mayores, los artistas.

Del Calmécac asienta Sahagún que allí los alumnos eran:

*labrados y agujerados como piedras preciosas, y brotan y florecen como rosas; de allí salen como piedras preciosas y plumas ricas, sirviendo a nuestro señor; en aquel lugar se crían los que rigen, señores y senadores y gente noble, que tienen cargo de los pueblos; de allí salen los que ahora poseen los estrados y sillas de la república, donde los pone y ordena nuestro señor que está en todo lugar...* (2)

El calmécac, será mejor decir de ahora en adelante los calmécac puesto que hubo varios, por lo menos en Tenochtitlan según lo veremos posteriormente, fueron también "casas de lloro y de de tristeza" como lo relata fray Bernardino, dada la rigidez de

la disciplina, ya que se imponían castigos terribles a los infractores, sin importar que fuesen nobles, y que podían llegar hasta la muerte.

No es posible profundizar en este tema por lo extenso que es, pero dados los lineamientos propios de este trabajo será necesario examinar algunos aspectos para fundamentar nuestra idea acerca del influjo que tuvo la educación indígena en varios de los planes y propósitos de los frailes, así como en algunas de las tareas específicas que tuvieron lugar en los conventos.

El primer aspecto que examinaremos con cierto cuidado es el que se refiere a la edad de ingreso a los calmécac puesto que no hay un consenso unánime entre los diversos autores, antiguos y contemporáneos. Incluso éstos últimos se han guiado por los informes que aparecen escritos en algunas de las láminas del Códice Mendocino, tomándolos al pie de la letra. Más si se analizan otras fuentes, se podrá advertir que no son del todo correctos.

Mientras por un lado Sahagún y Durán señalan edades que fluctúan entre los ocho y los doce años (en un caso Sahagún menciona la edad de quince), Motolinía, Zorita, Mendieta, Torquemada y Clavijero hablan de que el ingreso de los niños se hacía a los cinco años, una vez que se efectuaba el destete: *"En destetando a los niños, o a los cinco años, luego mandaba el señor que sus hijos varones fuesen llevados al templo a servir a los ídolos, y allí fuesen doctrinados, y supiesen bien lo que tocaba al servicio de los dioses, y los criaban con mucho rigor y disciplina".*(3)

Estas palabras de Motolinía son repetidas con muy ligeras variantes por Mendieta y por Torquemada, (4) aunque los informes

de éste son un poco más amplios, e incluso señala que esta costumbre del destete había persistido largo tiempo y así relata cómo algunos indígenas celebraban grandes "combites... además de juntar muchos deudos y parientes para la celebración de esta fiesta."

(5) Alonso de Zorita coincide con Motolinía, indicando que el ingreso se hacía a los cuatro o cinco años. (6)

El detalle del destete no es mencionado por Durán y en cuanto a Sahagún tampoco lo refiere pero hay unas palabras que podrían darlo a entender, al relatar el discurso que hacían los padres a su hijo cuando lo ofrecían al calmécac en las siguientes palabras: "hate criado tu madre... y manteníate con su leche; y ahora que eres aún pequenuelo, ya vas entendiendo y creciendo. Ahora ve a aquel lugar que se llama Calmécac, casa de lloro y tristeza."

(7) Sin embargo, lo anterior está en contradicción con otra noticia que escribe posteriormente:

Y cuando el niño llegaba a diez o doce años metíanle en la casa del regimiento que se llamaba Calmécac. Allí lo entregaban a los sacerdotes y sátrapas del templo, para que allí fuese criado y enseñado, como arriba en el sexto libro se dijo; y si no lo metían en la casa del regimiento, metíanle en la casa de los cantores... (8)

En vista de estas discrepancias, resulta conveniente analizar algunos de los términos con los cuales los diversos cronistas califican la edad de los aspirantes a las instituciones educativas prehispánicas, puesto que pueden aclarar parte de este asunto. En las páginas escritas por los cronistas se verán desfilar los nombres de niños, mozuelos, mozos, mancebillos, mancebos, muchachos, muchachos grandecillos y jóvenes, pero sin indicar los años que tenían de vida. Este hecho que aparentemente podría parecer

secundario puede servir para aclarar otros asuntos cuando se analice la educación impartida por los frailes en sus conventos.

Fray Diego Durán en su deseo de ser explícito para indicar el problema de las edades, emplea los términos aplicados por los indígenas, y así dice que tenían:

*cuatro vocablos para diferenciar sus edades: el primero era piltzintli, que es como nosotros decimos "puericia"; el segundo era tiamacazqui, que quiere decir tanto como "juventud" El tercero era tlapaliuhqui, que quiere decir ya la "edad madura y perfecta", y huehuetqui, que quiere decir ya la "vejez". (9)*

Para fray Diego, el asunto debió estar muy claro más no para nosotros, puesto que no indica las edades. Los diccionarios en náhuatl nada aclaran y tanto para el de Molina como para el de Remi Simeon, el primer vocablo equivale simplemente a hijito, niño o niña, tampoco explican los siguientes. Igual ocurre con los diccionarios en español, pues sólo indican para el primer calificativo, una edad que fluctúa entre la infancia y la adolescencia pero sin mencionar los años de vida.

Pero ¿qué importancia puede tener este aspecto de las edades en relación con nuestro tema? En primer lugar, resultaría interesante conciliar las discrepancias de Sahagún y Durán por un lado, y, por el otro, de Motolinía, Mendieta, Zorita, Torquemada y Clavijero. En segundo lugar, el esclarecimiento permitiría conocer mejor el sistema educativo prehispánico, y, por tanto, el influjo que tuvo en el desarrollo de los trabajos realizados por los evangelizadores, pues como se dijo anteriormente, es admisible pensar o inferir al menos, que los primeros informes en torno al pensamiento prehispánico provinieron de algunos de los alumnos educados

anteriormente en los calmécac, y que por ser todavía bastante jóvenes, fueron admitidos en los monasterios donde podían ser más útiles para satisfacer las diversas necesidades de los frailes, que los niños de cinco o seis años de edad. A continuación incluimos una tabla hipotéticamente elaborada, en la que calculamos los años de estudio que pudieron haber realizado dichos jóvenes antes de la conquista. Se tomó como base de ingreso la edad de cinco años y el año de 1505, arbitrariamente considerado, como inicio del período educativo que se da por terminado con la caída de México.

#### TABULACIÓN DE EDADES Y AÑOS DE ESTUDIO

A PARTIR DE 1505 SE SEÑALA EL INGRESO DE LOS NIÑOS A LOS CALMÉCAC  
Y SU ESTUDIO SE INTERRUMPE ENTRE 1520 Y 1521 A CAUSA DE LA CONQUISTA

	1505	1506	1507	1509	1510	1511	1512	1513	1514	1515	1516	1517	1518	1519	1520
1506	1-6														
1507	2-7	1-6													
1508	3-8	2-7	1-6												
1509	4-9	3-8	2-7	1-6											
1510	5-10	4-9	3-8	2-7	1-6										
1511	6-11	5-10	4-9	3-8	2-7	1-6									
1512	7-12	6-11	5-10	4-9	3-8	2-7	1-6								
1513	8-13	7-12	6-11	5-10	4-9	3-8	2-7	1-6							
1514	9-14	8-13	7-12	6-11	5-10	4-9	3-8	2-7	1-6						
1515	10-15	9-14	8-13	7-12	6-11	5-10	4-9	3-8	2-7	1-6					
1516	11-16	10-15	9-14	8-13	7-12	6-11	5-10	4-9	3-8	2-7	1-6				
1517	12-17	11-16	10-15	9-14	8-13	7-12	6-11	5-10	4-9	3-8	2-7	1-6			
1518	13-18	12-17	11-16	10-15	9-14	8-13	7-12	6-11	5-10	4-9	3-8	2-7	1-6		
1519	14-19	13-18	12-17	11-16	10-15	9-14	8-13	7-12	6-11	5-10	4-9	3-8	2-7	1-6	
1520	15-20	14-19	13-18	12-17	11-16	10-15	9-14	8-13	7-12	6-11	5-10	4-9	3-8	2-7	1-6
1526	15-26	14-25	13-24	12-23	11-22	10-21	9-20	8-19	7-18	6-17	5-16	4-15	3-14	2-13	1-12

Lectura de la tabla. La hilera superior indica los años en que ingresaron los niños a partir de los cinco de edad, desde 1505 a 1520. La primera columna de la izquierda, señala los ciclos anuales comprendidos entre 1506 y 1520. La primera cifra antes del guión, marca la permanencia en el calmécac, en tanto que la segunda, después del guión, indica la edad del individuo.

Con un espacio en blanco se separa el año de 1526 para señalar la edad que tenían los antiguos estudiantes de los calmécac en el momento de la evangelización organizada. Será fácil advertir que

los jóvenes cuyas edades están comprendidas entre los catorce y los veinte años en el momento en que los frailes iniciaron sus trabajos en forma más organizada para la implantación de la fe cristiana, habían estudiado entre tres y nueve años en sus escuelas ancestrales, y, por esta razón, pudieron ser tan útiles para ayudarles a conocer los fundamentos religiosos prehispánicos. Aun cuando esta proposición cae en el terreno de la hipótesis, no es ilógico pensar en que así pudieron ocurrir los hechos, si se aceptan las alusiones que han hecho los cronistas que fueron testigos de los primeros trabajos de los misioneros: Motolinía y Sahagún principalmente. A continuación examinaremos otros aspectos más del sistema escolar indígena, el cual, como otros más, no está claramente mencionado, pero hay razones suficientes para considerarlo como una realidad.

La posible existencia de diferentes escuelas y grados en la educación prehispánica.

De acuerdo con algunas noticias proporcionadas por los cronistas, se podría pensar que hubo cierta diferenciación en los estudios indígenas; así, cuando el padre Durán habla del calmécac que estuvo anexo al templo de Huitzilopochtli, afirma que había dos monasterios: uno era para "mancebos recogidos de diez y ocho y veinte años, a los cuales llamaban religiosos, [pero también estaban allí] otros muchachos como monacillos que servían en este templo". No cita en este momento la edad que tenían éstos, pero en otra parte en que habla del mismo asunto, refiere que tenían entre ocho y nueve años. En cuanto al segundo monasterio, estaba dedicado al sexo femenino y era para "doncellas de doce y trece años". (10)

Al referirse al telpochcalli, situado al lado del templo de Tezcatlipoca dice que "De estos niños había casa particular como escuela o pupilaje, donde había gran número de muchachos, los cuales tenían ayos y maestros que les enseñaban e industriaban en buenos y loables ejercicios y costumbres". (11) El autor aplica aquí los calificativos de niños y muchachos casi con el mismo sentido. Sin embargo, parece advertirse una cierta diferencia entre lo que fue el monasterio y esas "escuelas o pupilajes", como si hubiesen sido entidades diferentes, o que formaron parte de un monasterio. Pero más importante es una opinión en la que afirma que los maestros "consideraban la inclinación que tenían y a lo que más se aplicaban e inclinaban", (12) pues esto podría indicar una especie de examen de selección realizado en cada uno de los alumnos, para saber así cual era su verdadera "vocación": y aunque lo asigna al telpochcalli, es igualmente probable que lo mismo se hiciera en el calmécac, y con mayor razón por ser una escuela de estudios religiosos más avanzados, pues en la página siguiente relata que a esos muchachos los pasaban al tlamacazcalli, "escuela de mayor autoridad" donde proseguían sus estudios y son los que más nos interesan por lo que dice el autor:

*Otros [que] se aplicaban e inclinaban a religión y recogimiento a los cuales en conociéndoles la inclinación de esto, luego los apartaban y traían a los aposentos del mismo templo y dormitorios, poniéndoles las insignias de eclesiásticos... Así a estos naturales los sacaban de estos colegios y escuelas donde aprendían las ceremonias y el culto de los ídolos y los pasaban a otras casas y aposentos de más autoridad, a la cual llamaban tlamacazcalli...[dónde] hallaban otros maestros y prelados que los guardaban y enseñaban en lo que les faltaba de deprender... (13)*

Se podrá advertir que, en efecto, hubo cierta diferencia entre

las diversas escuelas prehispánicas. Y aun cuando las primeras pertenecían al tepochcalli, quizás no las segundas pues, como veremos al estudiar los edificios del Templo Mayor consignados por fray Bernardino de Sahagún, también hallaremos un calmécac regido por Tezcatlipoca, aunque lo asigna al dios Tlamatzinco, que es otro de sus nombres.

En el capítulo octavo, Durán habla del dios Tláloc que estaba "en el mismo templo" de Huitzilopochtli no "menos honrado y reverenciado...cuya historia dará mucho gusto a los oyentes". En esta parte, nos dice el cronista que cuando celebraban su fiesta a la cual llaman Huey tozoztli, los sacerdotes con todos "los mancebos de los recogimientos, escuelas, colegios y pupilajes...sin quedar chico ni grande, mozo ni viejo, iban al monte de Colhuacán y en todo él buscaban el árbol más alto, hermoso y coposo que podían hallar" (14) y como dato importante agrega que le traían al Templo Mayor cuidando de que no tocase el suelo.

¿Con qué objeto emplea el cronista estos cuatro términos: recogimientos, escuelas, colegios y pupilajes, cuando podía haber utilizado uno solamente? ¿Correspondieron a esas "casas diferentes" que ya vimos citadas anteriormente? Tuvo que haber sido así, de otra manera resultaría inexplicable el empleo de tantos nombres para una sola escuela, y, por tanto, creemos que hubo una especie de escalonamiento o gradación en la educación de los niños prehispánicos y que iría desde el pupilaje hasta llegar al recogimiento o monasterio, al que todos los historiadores consideraron como la institución más avanzada. También se conciliarían las

opiniones aparentemente discordantes que nos hemos encontrado: la educación se iniciaría después del destete, a los cinco o seis años, y así concordaría con lo asentado por Sahagún al hablar de de ese niño que era "aún pequeñuelo" y con su otra noticia de que el niño ingresaba al calmécac cuando llegaba "a diez o doce años", pues de acuerdo con lo referido por Durán, podría corresponder a otra etapa educativa dentro de una de esas denominaciones que menciona acerca de las escuelas.

Fray Juan de Torquemada dedica largos capítulos de su Libro Nono a estudiar la educación prehispánica. En el capítulo XIII, menciona un aspecto al cual no hacen referencia sus antecesores, en el que señala un periodo educativo de tres años para todos los niños indígenas. Esta aseveración viene después de decir que había unos estudiantes que "*eran del servicio interior del templo*" y también otros alumnos "*que eran de los colegios*", a los cuales se les proporcionaba otro tipo de educación como era el "*industrialarlos...en especial cómo habían de traer leña...a cortar espinas y puntas de maguey, y traer ramos de Acxóyat!*",(15) además del aprendizaje religioso y otros menesteres.

En esta parte relata también que "*Éstos referidos entraban en esta tierna edad dicha para el servicio del templo, y permanecían en él hasta casarse*". Inmediatamente después externa otra opinión interesante por su relación con el tema que estudiamos:

*pero demás de estos (que eran muchos) todos los padres en general, tenían cuidado (según se dice) de enviar a sus hijos a estas escuelas o generales, desde la edad de seis años hasta la de nueve, y eran obligados a ello, en los cuales oían su doctrina y eran enseñados en buena crianza y costumbres y en las cosas de su religión, según a su edad y años convenía.*(16)

Como podrá advertirse, cada vez aparece más clara la existencia de diversas escuelas: el monasterio, para los que eran del "servicio interior"; esos "colegios" para los que no vivían en congregación y una nueva denominación que la constituyen las "escuelas o generales" obligatorias para todos los hijos. Aunque no lo dice claramente, se podría conjeturar que a estas instituciones regidas por una deidad determinada, concurrían obligatoriamente todos los niños que por alguna razón no ingresaban a los calmécac. También aparecen mencionadas las edades de seis a nueve años, pero en este caso solamente se habla de hijos, sin calificarlos con alguno de los términos que se han incluido atrás.

Por todo lo anterior se puede ir confirmando que, efectivamente, hubo diferentes escuelas en los calmécac, encargadas cada una de una etapa educativa determinada, según la edad del estudiante. Así parece darlo a entender el padre Durán cuando habla del calmécac que estaba anexo al templo de Huitzilopochtli donde, como lo vimos anteriormente, dijo que había dos monasterios para muchachos o jóvenes que eran ya considerados como religiosos. Pero también estaban allí "otros muchachos como monacillos, que servían en este templo". El segundo monasterio era para niñas de doce y trece años y a las cuales llama "cadañeras" por servir solamente un año como los varones. (17)

En otra cita, el mismo autor, vuelve nuevamente a insistir en la existencia de esas escuelas. Con ocasión de hablar del dios de "los bailes y de las escuelas de danza que había en México en los templos para el servicio de los dioses" (18) y del cual no

menciona el nombre e incurre en una contradicción, pues tranquilamente dice: "no hallé noticia que le hubiese en la ciudad de México, ni Tezcucó, sino sólo en la provincia de Tlálhuic". (19) Sin embargo, como vimos en la cita anterior, se refiere a México y en la página siguiente, después de decir que "el ídolo era de piedra y tenía los brazos abiertos, como hombre que baila, y tenía unos agujeros en las manos donde le ponían rosas o plumas", (20) afirma que a este dios: "le honraban en México y en Tezcucó y en muchas partes de la tierra, como a dios y le hacían ofrendas y ceremonias, como a cosa divina". (21)

Incluso sitúa la ubicación de esta escuela diciendo: "el lugar donde estaba casa en México era donde ahora son los Portales de los Mercaderes, junto a la cerca grande de los templos, donde todos estaban metidos". (22) Durán relata en seguida el orden como se realizaban los cantos y bailes; la honestidad que imperaba en ellos, y cómo podían concertarse los matrimonios entre los jóvenes. Pero hay un párrafo en extremo interesante por su contenido, porque viene a reafirmar la existencia de las diversas escuelas, como podrá advertirse a continuación:

*Para lo cual tenían casas diferentes: unas de muchachos de a ocho y a nueve años, y otras de mancebos ya de diez y ocho y veinte años, a donde los unos y los otros, tenían ayos y maestros y prelados que les enseñaban y ejercitaban en todo género de artes: militares, eclesiásticas y mecánicas, y de astrología por el conocimiento de las estrellas. De todo lo cual tenían grandes y hermosos libros de pinturas y caracteres de todas estas artes, por donde los enseñaban... (23)*

Aunque en esta ocasión no menciona específicamente los nombres que vimos antes, recalca la existencia de "casas diferentes", y vuelve a mencionar las edades de ocho y nueve años para un grupo,

y los mismos dieciocho y veinte que citó en un párrafo anterior. Estos últimos serían los que ya son considerados como religiosos en el Calmécac de Huitzilopochtli; los más pequeños corresponderían a los que denominó "monacillos".

Si como pensamos, basados en estos análisis de los historiadores, existió esa educación graduada a partir de los cinco o seis años, que se interrumpiría si el estudiante deseaba casarse, y a lo que estaba obligado, el periodo de enseñanza se extendió entre quince a diecisiete años, por lo cual se puede deducir que la educación fue realmente completa en el aspecto espiritual, intelectual y material, si se toman al pie de la letra las últimas cuatro líneas del párrafo transcrito del padre Durán.

Las únicas objeciones que podrían y deberían de hacerse a esta información del historiador dominico, es que a esta escuela no le asigne el nombre de calmécac, puesto que seguramente ha descrito el cuicacalli, y como lo dijo en el encabezado de este mismo capítulo, se trataba de las escuelas de danza y del baile. Además, es también muy extraño que diga que en esta institución se estudiaban las artes mecánicas, puesto que los estudiantes sólo asistían desde el atardecer hasta cerca de la media noche, ya que durante el día esta casa estaba destinada a los caballeros y soldados, a quienes *"les permitían tener mancebas y burlas con mujeres... en premio a su valor"*. (24)

Por otra parte, fray Diego Durán es el único que asigna este aprendizaje de las artes mecánicas en esta escuela, hecho que me permito poner en duda, puesto que no hay otra referencia a que

así hubiera ocurrido. Pero acerca de este tema del arte hablaremos posteriormente, por considerarlo de fundamental importancia para los propósitos de este trabajo.

Para volver nuevamente al tema de la educación, dos siglos más tarde, Francisco Javier Clavijero, entre otros hechos vuelve a citar los tres años de educación obligatoria para todos los niños indígenas, como lo dijo Torquemada, y así afirma que:

*no satisfechos los mexicanos con estas instrucciones y con la educación doméstica, todos enviaban a sus hijos a las escuelas públicas que había cerca de los templos para que por espacio de tres años, fuesen instruídos en la religión y buenas costumbres. Además de eso todos procuraban que sus hijos se educasen en los seminarios anexos a los templos, de los cuales había muchos en las ciudades del imperio mexicano...Unos y otros tenían sus superiores y maestros que los instruían en las cosas de la religión, en la historia, en la pintura, en la música y en otras artes convenientes a su condición...(25)*

Aun cuando el autor asienta que en los seminarios o calmécac se estudiaban religión, historia, y varias artes, entre ellas la pintura, no las relaciona con esa casa del canto y la música como lo hizo el padre Durán, ni algún otro historiador, hasta donde hemos podido investigarlo.

Entre los varios documentos utilizados por el padre Clavijero para realizar su historia, habla de la Colección Mendoza, valiéndose de la edición de Thevenot de finales del siglo XVII y de la cual dice que contiene solamente sesenta y tres láminas, en lugar de las setenta y tres que contiene la edición de Lord Kingsborough, que hoy conocemos, editada por la Secretaría de Hacienda y Crédito Público de México. Respecto a este documento, Clavijero toma en consideración siete láminas, las que van de la "49 hasta la 56 inclusive" (en realidad, serían ocho), por

medio de las cuales: "se puede rastrear el sistema de educación que daban a sus hijos los mexicanos, y el sumo cuidado con que velaban sobre sus acciones". (26) Curiosamente no se refiere a la actual lámina primera (LXVIII) que es tan importante pues en ella, después del bautizo, el niño es ofrecido al calmecac o al telpochcalli. Concede gran atención al contenido de las pinturas que van de la cincuenta a la cincuenta y seis y las describe en forma breve. Posteriormente se referirá a otras láminas relacionadas con diversos aspectos de la vida indígena; acepta sin reservas cuanto el comentarista escribió acerca de la educación prehispánica, y a dicho documento habremos de referirnos más adelante, porque pueden ponerse en duda algunos de los informes que proporciona.

Como resumen de esta parte en que nos hemos ocupado de buscar el posible significado que dan a sus palabras varios historiadores, se puede deducir que la educación de los niños se iniciaba en una fase temprana de la vida, aun cuando haya notables diferencias de opinión en los autores, ya que parece inadmisibles que se desperdiciara una de las etapas más importantes como es la comprendida entre los cinco y los quince años, señalada ésta una vez por Sahagún (26) y el Códice Mendocino. De esta manera, y con las reservas que el caso amerita, se puede recapitular que:

1. Los niños ingresaban a la escuela entre los cinco y los seis años de edad, después de haber recibido una fase primaria en sus propios hogares, lo que constituiría la educación doméstica.
2. De acuerdo con las fuentes, debió existir cierta gradación en las instituciones educativas, con el objeto de conducir al niño desde lo elemental hasta conocimientos cada vez más avanzados.

3. Según Durán y Torquemada, las diferentes casas de educación pudieron ser una realidad, pues no tenía caso que se hablara de pupilajes, escuelas, colegios, gimnasios, recogimientos y monasterios, para calificar un sólo tipo de institución educativa, que seguramente correspondió más bien al calmécac debido a que sus metas fueron siempre más amplias, completas, y todavía no bien conocidas.

#### Los calmécac en el Templo Mayor de México

En íntima relación con el tema educativo que se trata, deberán considerarse los edificios de las escuelas que existieron en el recinto del Templo Mayor de Tenochtitlan, según la lista que proporciona fray Bernardino de Sahagún, y en la que aparecen setenta y ocho edificios, (27) cifra bastante elevada en comparación al pequeño número que menciona fray Diego Durán, apenas "*diez o doce templos principales que había en México, hermosísimos y grandes, [y] todos estaban dentro de un gran cerco almenado, que no parecía sino cerca de ciudad*". (28) Esta discrepancia es explicable pues Sahagún recogió noticias hasta de los pequeños altares de "*una vara y medio de alto*", de las fuentes donde se bañaban los sacerdotes, y otras construcciones menores, en tanto que Durán sólo tomó en cuenta los templos más importantes. Más aún, entre los setenta y ocho edificios están incluidas quizás, las habitaciones sacerdotales y las de los estudiantes, o sea de los calmécac; de allí que el listado sea tan grande.

Como lo señala don Angel María Garibay, existen ciertos "errores y repeticiones", pero también importantes omisiones que señalaremos con un signo de interrogación entre paréntesis, pues Sahagún solamente indica siete instituciones educativas con el nom-

bre de "calmécac", regidas por sus deidades respectivas, en tanto que no aparecen otras a pesar de que en diversos párrafos habla de ellas. Ahora bien, como tanto fray Bernardino como otros autores utilizan la palabra monasterio para calificar al calmécac (Clavijero emplea el término seminario), hemos agregado otros cuatro así nominados. En el paréntesis que sigue al nombre de la deidad, se ha indicado el número que le corresponde en el listado del autor:

1. Tlillan Calmécac regido por la diosa Cihuacoatl (12)
2. Mexico Calmécac, dedicado al dios Iláloc (13)
3. Huitznáhuac Calmécac, consagrado al dios Huitznáhuac (24)
4. Tetlanman Calmécac, de la diosa Chantico (27)
5. Tlamatzinco Calmécac, de Tlamatzinco o Tezcatlipoca (35)
6. Yopico Calmécac, consagrado al dios Totec o Xipe (44)
7. Tzonmolco Calmécac, del dios Xiuhtecuitli (61)
8. Pochtlan Calmécac (?), monasterio de Yiacatecutli (49)
9. Atlauco Calmécac (?), de la diosa Huitzilincuatéc (50)
10. Quetzalcóatl Calmécac (?), del dios Quetzalcóatl (?)
11. AMANTLAN CALMÉCAC (?), del dios Cóyotl Inahual (?)

El monasterio de los comerciantes estaba dedicado al dios Yiacatecutli y aquí ocupa el número 8; en el siguiente, el Atlauco, presenta un pequeño problema, pues Sahagún indica que allí era venerada la diosa Huitzilincuatéc, de la cual Garibay asienta que es de "etimología dudosa, tal vez comunidad de Huitzilopochtli" y que, además, no es "conocida por otra fuente", (29) pero

éste es uno de los edificios que están repetidos, pues vuelve a aparecer como el sexagésimo edificio, pero en esta ocasión, el autor lo asigna a la diosa Cihuatéotl, a quien le sacrificaban una mujer en el "cu que se llamaba Coatlan (!). (30) Como Sahagún no aclara nada al respecto, tal vez, el nombre haya sido realmente el de "Coatlan" y la deidad, según el vocabulario incluido en la obra, refiere que es "Diosa, por antonomasia, la Madre de los dioses". (31) Dejaremos así este asunto ya que no está del todo claro.

En el listado anterior ocurren algunos hechos extraños, pues no aparecen dos calmécac importantes; el primero correspondería al de Huitzilopochtli del cual Sahagún no dice una palabra. Durante, en cambio, se refirió claramente a él, como ya se citó antes. Sin embargo, aparece una deidad aparentemente desconocida: Huitznáhuac que, en el vocabulario mencionado, se dice: "Huiznáhuac. Topónimo: 'Cerca de las espinas.' Nombre de un templo al sur de la ciudad. Nombre del sur en general...". (32) Para no salirnos del tema, solamente citaremos unas palabras del autor en las que menciona nuevamente el término y habla de la hechura de la imagen de este dios y lo relaciona con Huitzilopochtli y "*hacían esto en la casa donde siempre se guardaba la imagen de Huitzilopochtli Acabada de hacer, componíanla luego con todos los atavíos de*" este dios. (33) ¿Serían estas deidades una sola y la misma?

El segundo problema señalado es la ausencia en el listado del benemérito franciscano, del calmécac de Quetzalcóatl, de cuyo monasterio habla, por lo menos en tres ocasiones. Al tratar de las fiestas movibles, la referencia es muy clara:

En el signo llamado Ce Ácatl, en la primera casa, hacían gran fiesta a Quetzalcóatl, dios de los vientos, los señores y principales. Esta fiesta hacían en la casa llamada Calmécac, que era la casa donde moraban los sátrapas de los idólos y donde se criaban los muchachos. En esta casa que era como un monasterio estaba la imagen de Quetzalcóatl... (34)

En dos ocasiones más, menciona la existencia del calmécac o monasterio, donde estaba la estatua de dicho dios. (35) Torquemada señala también el convento de los tlamacazques donde se vivía "en la religión de Quetzacóhuatl", (36) aunque no refiere si esto ocurría en la ciudad de México o en otro lugar, como sí lo indica Durán y dice "era de los principales dioses de los indios y así el templo en que estaba era de mucha autoridad, especialmente el de Cholula. [Pero] En la ciudad de México, como no era la advocación de la ciudad, tenían no tanta cuenta de hacerle fiesta como en Cholula". (37)

Con todo y lo importante que hayan sido las instituciones educativas anteriores, la que más nos interesa por la trascendencia que tuvo y tiene para los propósitos de este trabajo, fue el calmécac de los artífices de la pluma, y al que Sahagún presta, en su *Historia*, una importancia que no concedió a los demás. Mejor dicho es el único del que habla ampliamente, pero como está relacionado con el tema de la enseñanza y el aprendizaje escolarizado del arte que es de fundamental importancia para nosotros, habremos de estudiarlo con detalle en el lugar que le corresponde dentro de este mismo capítulo, y sólo para recalcar su importancia aparece aquí indicado con letras mayúsculas.

Los requisitos de ingreso al Calmécac. Los padres adoptivos y la transmisión del arte

Otro de los aspectos importantes de la educación prehispánica, es el relacionado con los requisitos exigidos a los estudiantes. Aunque varios autores refieren que no había discriminación alguna para pobres y ricos, nobles o principales, es posible que el ingreso estuviese limitado a los niños y a los jóvenes que en el curso de sus estudios, manifestaban mayores aptitudes religiosas e intelectuales; también influyó el signo bajo el cual habían nacido. Recordemos que fray Diego Durán dijo que los sacerdotes vigilaban cuidadosamente a los alumnos para observar si en ellos había verdaderamente inclinación a "religión y recogimiento", y aunque lo refiere del telpochcalli, las exigencias en los calmécac era mayores todavía. Más aún, en ninguna de las dos instituciones se permitía la indisciplina, y los desobedientes y descuidados recibían castigos más o menos graves de acuerdo con la falta cometida.

Por otra parte, Sahagún señala ciertas diferencias importantes relacionadas con la condición social de los padres, y así dice, por ejemplo, "*De cómo la gente baja ofrecía sus hijos a la casa que se llama Telpochcalli y de las costumbres que allí le mostraban,*" (38) pero en los dos siguientes párrafos incluye también al calmécac y en el capítulo sexto de este mismo libro, refiere "*De cómo los señores y principales y gente de tono ofrecían sus hijos a la casa que se llamaba Calmécac,*" (39) estableciendo así ciertas diferencias que se iniciaban con las ceremonias realizadas en cuanto nacía la criatura y el voto que los

padres hacían al ofrecer al hijo a cualquiera de las dos instituciones. La "gente baja", por ejemplo, antes de llevar al hijo a la escuela "quisaban muy buena comida y convidaban a los maestros de los mancebos". Venidos éstos, los padres les hacían saber su deseo de que el niño fuese educado donde se muestra a los muchachos y mancebos "para que sean hombres valientes y para que sirvan a los dioses Tlatecutli y Tonatiuh y al poderoso Yáotl, o por otro nombre Titlacahuan o Tezcatlipoca. (40)

Los maestros oían la plática pero recalcaban que no eran ellos sino el dios quien recibía al niño y en cuya persona escuchaban, además, solamente Yáotl sabría qué sería del niño en el futuro; en su nombre, también, le aceptaban como hijo, según el deseo de los padres.

Cuando esa "gente de tono" como dice el historiador, ofrecía el hijo al calmécac, también hacía muy buena comida pero, en este caso, recalca que se llamaba a los sacerdotes de los ídolos que se llamaban tlamacaque y quaquacuiltin, así como a unos ancianos "pláticos que tenían cargo del barrio; quienes eran los que hablaban en nombre de los padres para ofrecer a la criatura al dios Quetzalcóatl, "o por otro nombre Tlipotonqui, para entrar a la casa de penitencia y lágrimas, donde se crían los señores nobles." (41) Esos "pláticos" hacían hincapié en el hecho de que ofrecían a ese niño para que los sacerdotes lo tomaran como hijo, y subrayamos esta palabra porque será de gran trascendencia en lo que comentaremos después. Los sacerdotes contestaban que no eran ellos quienes le tomaban como hijo, sino Quetzalcóatl pues "sólo él sabe lo que tiene por bien hacer de vuestra piedra

preciosa y pluma rica..[y] nosotros indignos siervos, con dudosa esperanza esperamos lo que será." (42) En cualquiera de los dos casos, se llevaba el niño al templo donde se celebraban determinadas ceremonias rituales, tales como teñirle el cuerpo y ponerle un collar de cuentas de madera, llamado "tlacopatli" si era noble pero si era pobre, le ponían hilo de algodón flojo, le cortaban las orejas. En el caso del niño noble o rico, "luego le quitaban las cuentas...y las dejaban en la casa de Calmécac...por que el espíritu del muchacho estaba asido a ellas"[y ese espíritu hacía las penitencias]. (43) Si ya tenía la edad conveniente, ingresaba a la escuela, pero si era muy pequeño regresaba con sus padres hasta alcanzar la edad necesaria.

Dados los propósitos principales de esta investigación, es importante señalar que una de las fases trascendentales del ofrecimiento de los hijos, está en el hecho de que, a partir de la admisión del niño en la institución educativa, éste adquiría que vos padres, sus padres espirituales e intelectuales que serían los sacerdotes y ministros de la deidad regidora de la escuela, como lo confirman otras palabras del autor, y que será necesario extractar en lo esencial por la importancia que tienen y en lo que no se ha hecho especial hincapié. El padre del mozuelo decía a su hijo lo siguiente:

*Hijo mío, hija mía, aquí estás presente donde te ha traído nuestro señor...y aquí están tu padre y tu madre que te engendraron, y aunque es así que son tu padre y tu madre que te engendraron, más verdaderamente son tu padre y tu madre los que te han de criar y enseñarte las buenas costumbres, y te han de abrir los ojos, y los oídos para que veas y oigas...Háte criado tu madre y por ti padeció muchos trabajos; guardábate cuando doráñas, y limpiábate las suciedades que echabas de tu cuerpo y manteníate con su leche; y ahora que eres aún pequeñuelo*

ya vas entendiendo y creciendo. Ahora ve a aquel lugar donde te ofrecieron tu padre y tu madre, que se llama Calmécac, donde los que allí se crían son labrados como piedras preciosas y brotan y florecen como rosas...sirviendo a nuestro señor...y no tengas afección a ninguna cosa de tu casa; y no pienses... vive mi padre y madre...florece y abunda mi casa, donde nací... No te acuerdes de [nadal]...lo que te fuere mandado harás, y el oficio que te dieren tomarás..." (44)

En la bella y larga arenga de los padres, aparece bien claro cómo los "padres biológicos" ceden su paternidad a los nuevos padres espirituales e intelectuales de la criatura, es decir a los sacerdotes. Los ancianos maestros del Calmécac serán en adelante quienes se encargarán de educar a la criatura, nacida y ofrecida para servir a los dioses. Y serán esos nuevos padres quienes le enseñarán, como dice el doctor Miguel León-Portilla a:

*Ser 'dueño de un rostro y un corazón'...[pues] entre los diversos atributos del teuachtiani, o maestro náhuatl, podemos distinguir dos clases. Por una parte, aquellos que se refieren a 'hacer que los educandos tomen un rostro y lo desarrollen, lo conozcan y hagan sabio'. Por otra, los que nos lo muestran 'humanizando el querer de la gente (itech netlacaneco)' y 'haciendo fuertes los corazones' (45)*

#### La enseñanza y la transmisión del arte prehispánico

De las palabras de Sahagún se desprende otro hecho fundamental pero que ha sido mal interpretado, pues cuantos han escrito acerca del arte prehispánico, se limitan a señalar que los oficios "pasaban de padres a hijos", pero sin aclarar la significación de la realidad ocurrida en el mundo indígena. Incluso se ha hecho la equivalencia indiscriminada con el quehacer artístico, encargado concretamente de la construcción de los templos de los dioses, de las pinturas de los mismos, y de las esculturas, de los códices, en fin de todo cuanto estaba profundamente relacionado con el aspecto religioso, o bien de los objetos que solamente podían ser

utilizados por los sacerdotes y los gobernantes.

Más si se analizan con cuidado las palabras que hemos transcrito, así como otras opiniones de Durán y de Motolinía que citaremos después, se llegará a la conclusión de que hubo un sentido totalmente distinto a lo que se ha creído y dicho, y que está claramente expuesto por Sahagún en la línea final que subrayamos, pues al decir "el oficio que te dieran tomarás", significa precisamente, dado el lenguaje del siglo XVI tan impregnado todavía de medievalismo, que en el calmécac se le enseñaba el arte o las artes mecánicas, y que equivale al oficio de que habla el cronista.

Más todavía, dado el rigorismo religioso que imperó en la vida prehispánica, y por lo selectivo de la educación y de las finalidades perseguidas: ningún lego, ninguna persona ajena al servicio de los templos y de sus dioses, estaba autorizada para realizar una obra, un objeto cualquiera que era parte obligada del ceremonial; y las prohibiciones se extienden a otros campos, de las cuales veremos solamente algunas indicadas por Sahagún y por Durán principalmente.

Así, por ejemplo, durante las fiestas del décimosexto mes, Atemoztli, refiere Sahagún que "Hacían la fiesta de los dioses de la lluvia...y los populares hacían voto de hacer las imágenes de los montes," pero quien así lo había ofrecido "no lo hacía él por sus manos, porque no le era lícito, sino rogaba a los sátrapas y para esto señalados, que le hiciesen esas imágenes, a quienes había hecho voto." (46) Otro ejemplo corresponde a los tonalpouhque, quienes eran los únicos autorizados y preparados para realizar ciertas ceremonias cuando eran consultados por

algún hombre aquejado por algún problema. El agorero le ordenaba hacer penitencia y "*comprar papel e incienso blanco y ulli y las otras cosas que sabes...después vendrás a mí, porque yo mismo dispondré y ordenaré los papeles...yo mismo lo tengo de ir a encender y quemar en tu casa.*" (47)

Otras prohibiciones para la gente del pueblo y que incluso abarcaban a los jóvenes y doncellas que estaban al servicio de los templos, se encuentran relatadas por Sahagún y por Durán, aun que hay cierta contradicción entre ambos. Así por ejemplo, durante las fiestas con que se honraba a *Huitzilopochtli*, el segundo autor asienta que las muchachas del recogimiento hacían la estatua de la deidad con la semilla de bledos, o huautli (dulce conocido como "alegría") revuelta con maíz tostado, pero ellas no podían subir a lo alto del templo, "*porque no les era permitido en ninguna manera ni tiempo*", sino que al pie del edificio la recogían los muchachos servidores del dios, quienes la daban a los sacerdotes que la llevaban al interior de la cámara sagrada. Tampoco los jóvenes tenían permitido entrar al monasterio de las mujeres, so pena de sufrir graves castigos. (48) Sin embargo, Sahagún, al enumerar los edificios del Templo Mayor, claramente afirma que había dos casas para tales menesteres, una era el Xillocan donde se cocía la masa para hacer la imagen de Huitzilopochtli. y y la otra era el septuagésimo edificio que se llamaba Itepeyoc, y del cual dice que era "*una casa donde hacían de masa la imagen de Huitzilopochtli los sátrapas.*" (49) Como la referencia a los sátrapas o sacerdotes es muy clara, no es fácil determinar quien de los dos historiadores tiene razón; tal vez las doncellas hayan

hecho la masa, pero la factura de la imagen era responsabilidad de aquéllos.

De la rigidez de las normas, aun para hechos que ahora nos parecerían nimios pero que para ellos eran fundamentales, tenemos otro ejemplo que nos ofrece Durán; afirma el dominico que la leña que se quemaba en los braseros de Texcatlipoca tenía que ser traída por los mancebos servidores de este dios, "porque era ceremonia que ninguna leña se quemase sino sólo aquella que ellos traían, y no la podían traer otros, por ser brasero divino". (50)

En la ilustración que se incluye aparecen unos jóvenes con la leña en la espalda y una "hilera de casas", tal vez el calmécac, referida a una de estas ceremonias. (figura 1)

Este preámbulo basado en las palabras de los dos cronistas más importantes de la vida prehispánica, sin olvidar a Torquemada y a otros, sirve para sostener el hecho de que la realización del arte prehispánico, fue responsabilidad exclusiva de los hombres que se habían educado en las escuelas de los monasterios de las deidades y donde habían recibido no solamente la enseñanza religiosa avanzada, con todo el simbolismo de que estaban impregnadas las representaciones sino, también, las técnicas y el conocimiento de los diversos menesteres artísticos, porque en ellas, ante la mirada sabia y vigilante de los maestros el niño y el joven aprendían poco a poco todo lo que se refería al arte, conforme lo muestran algunas imágenes del Códice Florentino (figuras 2 y 3) y fueron esos padres espirituales que "adquirió" la criatura en el momento de ingresar a la institución, y de quienes habló con tanta claridad Sahagún, los que la enseñaron a trabajar; sólo de esta

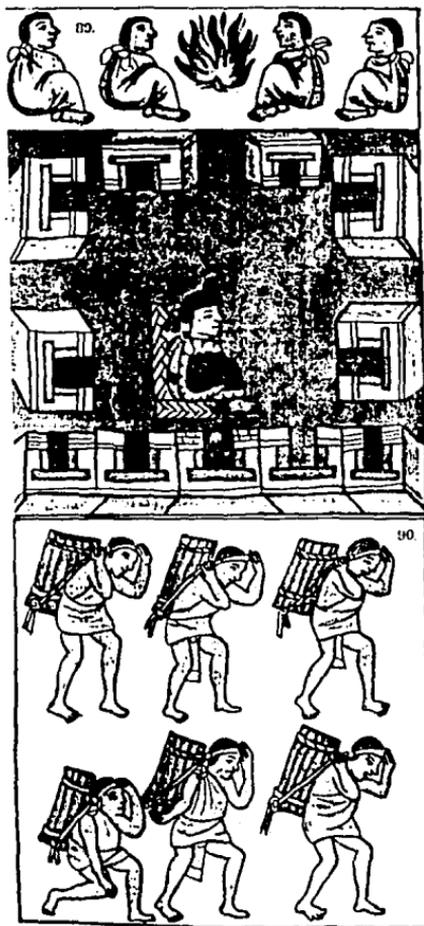


Figura 1. En la parte inferior, los jóvenes cargan la leña para el brasero sagrado. Arriba una imagen de una escuela, "hilera de casas", posiblemente del Calmécac o del Telpochcalli.

de los lapidarios



illapaltic, iirilacqui: ca  
 quithalia mammya niche  
 quimpo lea tuzuzhas: au  
 quidngui, quifaca, ioan  
 fiula; ioan qui pe flaoa i  
 mthla pestaoa iomi: tific qu  
 nic quice ncaoa. Aulo in  
 motezuboa ezte patti: ce  
 pac, chicanhaoc, camoma  
 i rpa. Teñ axalli; ca can n  
 vnatruia, ioan motepet  
 vetflao, inamo quathi, i  
 mope flaoa: can uhoast i  
 moha in quathi, inuelnoj  
 ezte, inuel cucaultic. m.  
 ioan iteb tpt, cenca fla  
 pa hoathaub inuathatzi  
 cuat moroma nempui, li  
 oac, te patti, nojubicaca  
 menepun mictia: ca tepun  
 reu xalli, ioan motenictzi  
 mictic. Aulo, catipun i me  
 pe flaoa in quetzalothatzi  
 cucioha, justonemeioha.  
 oast motecioha in tiku  
 man iubieli thacati. m.  
 mioncucantiboa: i tpe  
 xochic, ioan inuam tle  
 cain, athah, ioan m.  
 teo, mueli, ca m. p. n. o

Figuras 2 y 3. Ofesores y lapidarios jóvenes aprenden al lado de sus maestros. Códice Florentino.

manera pudo transmitirse el oficio, el arte, de padres a hijos: el maestro-sacerdote enseñaba a su "hijo" los secretos para que supiera convertirlos en las imágenes requeridas, conforme se ve en las figuras en las que el joven oye la explicación del maestro.

El decir simplemente que el arte pasaba de padres a hijos es un error que reside, en parte, en pensar a la manera occidental pues el padre o el artista transmitía sus conocimientos al hijo o al aprendiz. Por esta razón también tardaban tantos años en aprenderlo, pruebas de lo cual se conservan en algunas de las crónicas, pero esta tradición o costumbre occidental no puede ni debe aplicarse al mundo indígena que funcionó con normas distintas.

Por otra parte, es igualmente cierto que la responsabilidad de la equivocación en que se ha incurrido, está en los escritos de algunos de los historiadores, como Durán, Motolinía, Mendieta y otros más que asientan en forma breve que los padres transmitían el oficio a sus hijos; sin embargo, estas palabras deben tomarse con cuidado, ya que encierran contenidos que no consignaron con su verdadero significado, aunque no podamos saber la razón del por qué no explicaron cuanto estaba tras ellas.

Por fortuna, el asunto queda aclarado por lo que en otra parte de su obra expresa Sahagún con tanta claridad como lo que ya se ha citado, y gracias a lo insólito que resultó a los ojos de los españoles el conocimiento de los objetos realizados con plumas coloridas, casi no hay historiador de aquella época que deje de expresar su admiración por las obras realizadas. Y Sahagún, mejor que ninguno recogió todos los pormenores del trabajo de los artistas plumarios, o amantecas; por esta razón, su testimonio

adquiere un valor inestimable al transmitirnos las palabras con que los indígenas afirman que el arte y la técnica la aprendieron en las aulas del calmécac de Amantlan.

Tampoco es fruto de la casualidad el hecho de que en cada capítulo en los que habla de las varias artes practicadas por los artistas prehispánicos "los que se llaman tolteca (labradores), amantecas (plumarios), teocuitlahuaque (gente que trata los metales finos de oro y de plata), tlaticque (cortadores de piedras en general), y chalchiuhtlaticque (gematistas)", (51) se inicie con la descripción de las actividades religiosas, los dioses protectores y sus atavíos, las fiestas, en fin todo cuanto regía primordialmente la actividad del hombre prehispánico, ya que esto indica el predominio de la religión y las normas impuestas por los sacerdotes y los maestros de las artes, religiosos éstos también.

Para reafirmar que el arte se aprendió en los calmécac, como lo propusimos anteriormente, será necesario analizar con cuidado los diversos párrafos en los que el autor relata este asunto tan importante y aporta buen número de datos, aparentemente inconexos pero que relacionados entre sí, proporcionan las pruebas de que el arte fue materia fundamental en la enseñanza. Refiere fray Bernardino que con motivo de las festividades rituales, los amantecas las celebraban "dos veces cada año, una vez en el mes que se llamaba panquetzaliztli y otra vez en el mes que se llamaba tlaxochimaco". (52) Sólo en la primera fiesta ofrecían sacrificios humanos a su dios principal, Cóvotl Inahual, pero no en el segundo, en el cual no mataban ningún esclavo, ya que se limitaban a "celebrar a las dos mujeres, Xiuhtlati y Xilo, aunque con este

motivo daban culto a todos sus dioses" (53) que en total eran siete, junto con el principal ya nombrado. (figuras # y 5)

El autor se extiende en detallar los pormenores de cada uno y asienta que eran cinco varones Cdyotl Ináhuatl, Tizánua, Macuil Océlotl, Macuil Tochtli y Tepoztécatl, más las dos mujeres citadas arriba. De acuerdo con el relato, el ingreso de los niños para estudiar en el calmécac se hacía durante las fiestas de Ilixochimaco:

*Con esta ocasión ofrecían en don a sus hijos todos los habitantes de Amantlan. Si era varón pedían que fuera a servir y crecer en el Calmeccatl, y cuando hubiera crecido hasta ser adulto, que adquiriera seso y capacidad y el arte de la pluma. Pero si era mujer pedían para ella que aprendiera a bordar, que pudiera pintar, que matizara bien todo lo que le ponían delante: el variado color de las plumas. Que todo eso lo pintara, lo tiñera de rojo, de amarillo, de matices multicolores, de azul oscuro; que supiera distinguir los colores para que supiera trabajar bien sus plumas... (54)*

El párrafo es en extremo interesante por los variados informes que proporciona, pero el fundamental está en la afirmación de que el arte se aprendía en el calmécac, así como los diversos aspectos técnicos. Nótese el especial hincapié que hace en el aprendizaje realizado por la mujer; quizás obedeció a una pregunta específica del cronista por haberle llamado la atención que aquí tomaran parte tan activa, a diferencia de lo que tal vez ocurría en España, o, bien, así le fueron referidos los hechos al autor. Recalcaremos igualmente cómo se afirma que el niño se criaba allí hasta llegar a ser adulto, cuando ya había adquirido seso y capacidad y el arte de la pluma. Esto explica el dominio que ejercían en el oficio Tultecáyotl; y subrayamos la palabra oficio por esa equivalencia que hacen, no sólo Sahagún sino otros cronistas en relación con el arte, y que debe evaluarse en su justa

*vagones: la una se llama una  
 Xiuhtlatl, esta se ve armada  
 con un vigal azul, y la otra que  
 se llama una Xilo, que es la ma-  
 no, y va vestida con un vigal  
 colorado: vestido con guana: es  
 las amibas tienen los vigilas  
 sembrados de y bonas ricas de  
 tres generos de aues que crian  
 y hacen ricas.*



Figura 4. C6yotl ináhuall en la parte superior y Xiuhtlatl y Xilo, deidades patronas de los amantecas. C6dice Florentino.

Figura 5. Templo con las deidades Yiacatecuhtli y C6yotl Ináhuall, deidades patronas de mercaderes y amantecas.

dimensión. Unas imágenes del Códice Florentino muestran a hombres y a jóvenes en los diversos procesos del aprendizaje del arte y las técnicas no solamente de la pluma, sino también de otros "oficios". (figuras 6 y 7)

Será necesario analizar un poco más el párrafo transcrito, pues hay otros problemas escondidos detrás de las palabras; así, por ejemplo, llama la atención esa afirmación generalizada de que todos los habitantes de Amantlan ofrecían a sus hijos para que fuesen educados en el calmécac, puesto que existían algunas restricciones impuestas en el Tonalpohualli, ya que solamente los nacidos bajo la regencia de determinados signos, estaban predeterminados para dedicarse a las "artes mecánicas". De acuerdo con Sahagún, esos signos correspondían a la "séptima casa" llamada Xóchitl del signo Ce Océlotl; el segundo, era el undécimo signo que se llamaba Ce Ozomatli, aunque en él no indica la casa, pero sí que "eran muy inclinados a música y a oficios mecánicos: pintores, labranderas, así como al canto y al baile." (55) En un tercer caso, correspondiente al cuarto signo Ce Xóchitl indica que "los hombres eran muy inclinados a la música... y la mujeres [a] grandes labranderas;" pero deberían tener extremo cuidado y ser muy devotas y hacer penitencias, porque de otra manera se perdía ese don recibido. (56) Estas palabras necesitarían ser analizadas para saber si efectivamente, "todos" los hijos de los amantecas ingresarían en la fiesta que se celebraba en el mes de Tlaxochimaco, o solamente podrían hacerlo los nacidos en los días predeterminados.

Como no hay forma de aclararlo, quedará expuesto así sin abundar.



*Capitulo dosiocho, de  
los officiales, que labran  
pluma, que hazian plu  
majes, y otras cosas de  
pluma.*



Figuras 6 y 7. Aprendizaje del arte de la pluma. En el segundo cuadro de la izquierda, un maestro amanteca, enseña a un joven los pormenores del oficio.

más en ello, pues no existe mayor información al respecto.

El otro problema que también fue señalado al hablar de los diferentes calmécac de Tenochtitlan, está relacionado con el silencio del autor en torno a las nominaciones que hizo, pues no incluyó el de los amantecas como parte de uno de los setenta y ocho edificios del Templo Mayor de Tenochtitlan. Podría pensarse que estuvo en un lugar que no formaba parte del recinto, pues en varias ocasiones habla de que vivían en el barrio de Amantlan, y por esta razón no tenía por qué haberlo nombrado. Sin embargo, surge una complicación cuando describe los pormenores de los artífices plumarios, como se advertirá por las palabras subrayadas:

*la casa comunal y colegio de estos habitantes de Amantlan estaba enteramente vecina, se hallaba en la misma fila de la casa comunal de los Traficantes (Pochteca), y sus dioses estaban juntos. Los ponían en fila; al llamado Yiacatecutli y Cóyotl Ináhuatl. Porque uno sólo era el renombre y una la gloria de pochtecas y oztomecas. Siempre estaban juntos, estaban colocados en continuidad, de forma que de un lado estaba la hilera de casas de los pochtecas y del otro lado la hilera de casas de los amantecas... (57) (figura 5)*

Más aún, en una de las ilustraciones del Códice Florentino sobre este asunto, se observa una pirámide en cuya parte superior se hallan dos deidades, una corresponde a Yiacatecutli y la otra es de Cóyotl Ináhuatl identificable por la piel de coyote que lleva puesta, como lo afirma el autor. Por tanto, si los mercaderes tenían su templo y calmécac en el recinto mayor y que era el Pochtlan, numerado como el cuadragésimonono edificio y si dice que amantecas y pochtecas estaban juntos, tenían sus casas en la misma hilera, que esto quiere decir calmécac, o como lo dijo anteriormente "calmécatl"; si eran enteramente vecinos, y si tanto le llamaron la atención los trabajos con plumas y los describió

paso a paso, ¿por qué entonces no incluyó este colegio o calmécac de los artistas de la pluma pese a que les dedicó concienzudas páginas para relatar sus actividades? Los datos históricos son muy escasos y no permiten aclarar este asunto, ni algunos más como el siguiente, recogido también por fray Bernardino y en el que aparece una relación cierta con el arte de la pluma.

Entre los varios consejos que los padres daban a sus hijos "cuando ya habían llegado a los años de discreción...[y les pedían] que se diesen a los ejercicios de nobleza y de virtud" hay un párrafo importante que será necesario extraer en lo esencial:

*¿qué ha de ser de vosotros en este mundo? Mirad que no descendáis de hortelanos o leñadores...[por ello] quiéroos decir lo que habéis de hacer; oídlo y notadlo; tened cuidado del areito y de cantar;...[así] daréis placer a nuestro señor que está en todo lugar...procurad [también] de saber algún oficio honroso, como es el de hacer obras de pluma y otros oficios mecánicos, también porque estas cosas son para ganar de comer en tiempo de necesidad...En ninguna parte he visto que alguno se mantenga por su hidalguía o nobleza tan solamente... (58)*

De forma parecida son los consejos dados a la joven de origen noble, y los cuales debería de tomar en cuenta para no desempeñar un trabajo que sólo correspondía a los pobres, a los no hidalgos: "porque andar a coger yerbas o a vender leña...ají verde o salitre a los cantones de las calles, esto en ninguna manera te conviene, porque eres generosa y descienes de gente noble e hidalga." (59)

Las palabras anteriores además de señalar ciertas diferencias sociales, plantean un problema interesante que no fue indicado en el momento de hablar del calmécac de los hombres de Amantlan, ya que no se mencionó que ingresaran los hijos de la gente noble; a menos que también ellos fuesen considerados dentro de este rango.

Pero lo más importante está en esa referencia a la elaboración de los "trabajos de pluma y otras artes mecánicas" que podrían practicar los hijos de los señores "para ganar de comer en tiempo de necesidad", pues esto implica la obligación de que hubiesen aprendido el "oficio" en el mencionado colegio, aunque Sahagún no mencione que haya habido una institución especial para ellos, como tampoco dijo que ingresaran en el mes de Tlaxochimaco, sino solamente los hijos de los amantecas. Tenemos aquí otro aspecto oscuro que no es posible dilucidar por medio de los datos contenidos en las fuentes, pero habrá que tenerlo en cuenta y evaluarlo en alguna ocasión por la importancia que pudo tener al mostrarnos que también los hijos de señores, aunque no pertenecían al barrio de Amantlan se educaron allí, a menos que hubiesen tenido una institución educativa similar, hecho que no aparece en parte alguna.

En relación con este último punto, Juan Bautista Pomar relata que:

*Procuraban los nobles para su ejercicio y recreación deprender algunas artes y oficios, como era pintar, entallar en madera, piedra u oro, y labrar piedras ricas y dalles las formas y tallas que querían, a semejanza de animales, pájaros y sabandijas...Otros a ser canteros o carpinteros, y otros al conocimiento de las estrellas y movimiento de los cielos...y se entiende que si tuvieran letras, llegarán a alcanzar muchos secretos naturales; pero como las pinturas no son muy capaces para retener en ellas la memoria de las cosas que se pintan, no pasaron adelante, porque casi en muriendo el que más al cabo llegaba, moría con el su ciencia...(60)*

El párrafo anterior merece algún comentario por todo cuanto está implicado. Primeramente, Pomar incluye todas o casi todas las artes mecánicas practicadas por los artistas prehispánicos, nobles algunos o muchos de ellos, conforme se ha visto en la mención de los consejos dados a los hijos de señores, citada por Sahagún.

Podemos afirmar también que estas artes se aprendieron necesariamente en los calmécac, si relacionamos todo esto con las restricciones impuestas a la gente del pueblo que no tenía permitido hacer imágenes de deidad alguna, a menos que pertenecieran a un instituto religioso o a un templo como estudiantes o como sacerdotes.

Por otra parte, es extraña la afirmación de Juan Bautista acerca de que cuando moría un pintor: "moría con él su ciencia" lo cual está en abierta contradicción con lo escrito por Sahagún y por Durán, ya que esto implica que ese artista era independiente o único, y cuanto han dicho ambos historiadores resultaría falso, lo que es del todo inadmisibles, puesto que ambos recalcaron que en los calmécac se aprendía por medio de libros escritos con caracteres y figuras y se hacía la historia del linaje de los señores y principales, estaban escritos los versos del canto, "divinos cantos", la doctrina de los dioses, en fin. No será necesario repetir lo que con tanta consistencia investigaron y escribieron en sus obras, parte de lo cual quedó ya referido.

Tampoco es aceptable la opinión de Pomar respecto a que los nobles aprendieron esas artes y oficios para su "recreación" porque es difícil asignarle a esta palabra el verdadero sentido que le quiso dar el autor, pues por todo lo que hemos examinado hasta este momento, el hecho de haber nacido en un estrato social elevado, en manera alguna eximía a los hijos del cumplimiento de las normas establecidas, y en las escuelas estaban sujetos a la misma disciplina impuesta por los maestros-sacerdotes.

De aquí podría desprenderse también la conclusión de que, por lo menos en el caso de los hijos de los gobernantes, éstos no

tuvieron tiempo de enseñarles las artes mecánicas, por desempeñar otro tipo de obligaciones, tanto más imperiosas cuanto más alto era su rango.

Las palabras de Pomar recuerdan las expresadas por Durán y Sahagún respecto a todas las materias que estudiaban los jóvenes en el Calmécac: astrología, música, historia, artes, etcétera y por esto resultan extrañas algunas de sus opiniones porque hacen pensar lo contrario de lo que fue la realidad. A menos que haya sido una forma peculiar de expresar sus puntos de vista. De todas maneras vale la pena tomarlas en cuenta, por cuanto comprueban que los hijos de los nobles y señores, estudiaban lo necesario para practicar las artes. De esta manera, entresacando de aquí y de allá uno que otro dato, se puede comprobar poco a poco que el aprendizaje del arte prehispánico, eminentemente religioso, sólo podía ser realizado en las escuelas especialmente destinadas para ello en los calmécac.

Examinaremos ahora unas opiniones de Torquemada y de Clavijero. El primer autor, al estudiar los diferentes grados sacerdotales, que compara con algunos de la iglesia católica, en uno de sus capítulos habla de los que se elegían para el servicio de la diosa Cinteutl, y asienta que eran como monjes segregados y apartados de los demás; refiere que llevaban una vida "irreprehensible", virtuosa y casta, pero lo importante está en su afirmación de que su trabajo "era escribir por figuras muchas historias, las cuales puestas en estilo y bien concertadas, las daban a los sumos sacerdotes, los cuales las referían después en sus pláticas y sermones a las repúblicas y pueblos." (61)

Por el hecho de llamarlos monjes, y por todos los rasgos que citó anteriormente, puede considerarse que en una etapa anterior habían sido sacerdotes que ya se habían retirado, pero no por eso dejaban de ser consultados por esos "sumos pontífices", sobre cosas secretas como lo dice el cronista, y a quienes iban a pedir consejo "como a maestros y padres" y recalcaremos la referencia a considerarlos como padres, por la alusión a esa paternidad espiritual de que se ha hablado anteriormente. Ciertamente es que Torquemada asienta que estos eran de la "provincia de los Totonacas", pero, asimismo afirma que esta diosa Cinteotl (deidad a la que Sahagún asigna sexo masculino), no era exclusiva de dicha región, ya que la "estimaban y honraban todos los de esta Nueva España." (62) Asienta, además, que estos "monjes" eran de más de sesenta años.

Fray Bernardino relata que el dios Cinteotl era venerado junto con Chicomecoatl en el Chicomecoatl iteopan pero también aparece en el sexagésimosexto edificio, llamado Xochicalco donde se adoraba a la diosa Atlátonan y al dios Tlátlauhqui Cinteotl, aunque nada refiere de las labores que realizaban los sacerdotes. (63)

Francisco Javier Clavijero encomia la importancia de la pintura de los códices prehispánicos, en comparación con los juegos, los bailes y la música "que servían más al placer que a la utilidad, y enseguida agrega una opinión importante "No así la historia y la pintura, dos artes que no pueden separarse en la historia mexicana, no siendo distintos sus historiadores de sus pintores, ni teniendo otros escritos sino sus pinturas, para conservar la memoria de sus sucesos." (64) El hecho de considerar que

los historiadores y los pintores no son distintos y el no tener sino sus pinturas para expresarse, no deja lugar a dudas de que son una misma persona, y que su entrenamiento y educación tuvo que desarrollarse en una institución educativa elevada, como fueron los calmécac, aunque sea difícil saber si hubo alguno especialmente dedicado para escribirla o si se pudo y tuvo que hacerse en algunos de los mencionados anteriormente. Para hacer la relación de los hechos memorables, una historia pintada con "caracteres y figuras", se necesitaba estar compenetrado de multitud de hechos de la vida civil, religiosa, política, militar, social, y económica, hecho que difícilmente podía hacer un hombre del pueblo, si antes no había dejado buenos años de su vida para estudiarlos. Podrían buscarse otras explicaciones para justificar que el tlacuilo o el artista de cualquier arte era uno y el sacerdote otra persona, y que ambos combinaban sus esfuerzos para dar cima a una obra, pero no es razonable pensarlo así.

Clavijero menciona también los diferentes tipos de códices indígenas e indica que unos eran "*meras imágenes y retratos de sus dioses, sus reyes, sus hombres ilustres, sus animales, sus plantas*"; otros eran "*puramente históricos, que contenían los sucesos de la nación.*" Menciona también los códices "*mitológicos, que encerraban los arcanos de su religión*" así como los códigos "*en los que se veían compiladas sus leyes, ritos y costumbres, los tributos,*" y termina con los astronómicos y cronológicos que "*llamaban tonalámatl, en que expresaban su calendario, la situación de los astros...*" (65) Líneas adelante externa dos opiniones interesantes; en la primera refiere que eran muy

rápidos para pintar sus obras; en la segunda asienta que en Tezcoco estuvo "la principal escuela de pintura". (66) Afirma también "el indecible cuidado que tenían los padres de instruir a sus hijos, los maestros a sus discípulos, y los ancianos a los jóvenes en la historia de su nación. Hacíanles aprender de memoria los razonamientos que no podía expresar el pincel", (67) con lo cual vuelve a confirmarse la íntima relación que existía entre la historia y la pintura, y, por tanto, con la escuela.

Otra prueba más que se puede aducir en torno al arte, está en la lámina LVIII del llamado Códice Mendocino, realizada para describir lo que ocurría cuando nacía un niño. A la pintura se agregó un comentario que no concuerda del todo con las investigaciones de fray Bernardino de Sahagún, en torno al mismo asunto.

Será necesario condensar lo que dice el comentarista de la obra, y así expresa que cuando bañaban a la criatura, le ponían en la mano, una insignia "que era el instrumento con que su padre de la criatura se ejercitaba, así como del arte militar o oficios, así de platero como de entallador, o cualquiera otro."

(68) La versión de Sahagún no menciona cosa alguna de los oficios, pero explica con mayor acuciosidad el significado de los objetos necesarios para el "bateo, que era que le hacían una rodelita y un arquito y sus saetas pequeñas, cuatro" (69), una para cada punto cardinal y le hacían igualmente una rodelita de masa de bledos, y encima ponían un arco y saetas y otras cosas hechas de la misma masa. Pero si era mujer, le ponían las alhajas femeniles que "eran aderezos para tejer y para hilar, como era huso y vaso para hilar, etcétera y su huipilejo y sus naguas

pequeñas." (70) Agrega que el significado de las saetas y los dardos eran los instrumentos de la milicia y "recreaciones y regocijos del sol". Antecedan y prosiguen todos los ritos ceremoniales del bautizo que no viene al caso relatar, pues el aspecto fundamental está en la parte superior derecha de la dicha lámina LVIII del Códice Mendocino en la que frente a la partera están cuatro representaciones simbólicas, llamadas por el comentarista "insignias que representaban un oficio." Si se observa con cuidado, corresponden a una vasija o copa, una pluma con un pincel arriba o sobre ella, un cuadrete (quizás una hoja de papel), en cuyo interior se observa el símbolo ihuitl pintado con el pincel, y la última es un rodete en cuyo interior aparece el símbolo del oro (teocuitlatl o excremento divino). (figura )

Si estas insignias denotaran los oficios simbolizados de esta manera, y que corresponderían al ceramista, al amantecatli, al pintor y al orfebre, debió existir una razón para que el tlacuilo las representara en la lámina, ya que de otra manera saldrían sobrando. Por tanto, el pintor sintetizó con estos elementos parte de las actividades esenciales de las escuelas prehispánicas, indicando cuatro de las artes fundamentales para el culto religioso y también el civil, pues los atuendos de los gobernantes tenían que ser hechos por gente dedicada especialmente para ello. (71)

Aparte de lo anterior, en la mitad inferior de la lámina, aparecen los padres de la criatura, el alfaquí mayor o sacerdote del Calmécac y el "maeso de los muchachos" que sería el representante del Telpochcalli. Estas cuatro figuras están simétricamente colocadas con relación al centro de la figura, ocupada por el niño en



Figura 8. Bautizo de un niño. Frente a la partera aparecen los símbolos de los oficios: ceramista, amanteca, pintor y orfebre.

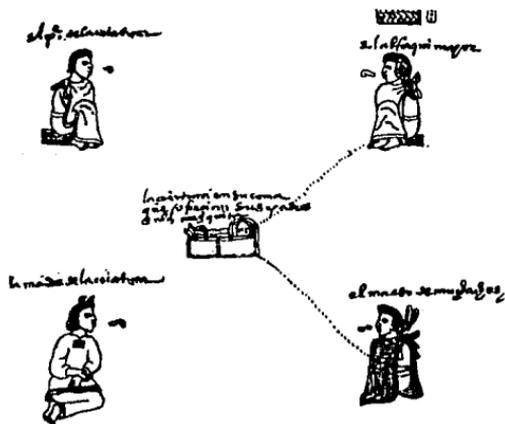


Figura 9. Los padres de la criatura ofrecida a la escuela indígena, aparecen frente a los maestros del Telpochcalli y Calmécac.

su cuna; quizás en esta disposición se ha querido simbolizar la figura del Nahui Ollin con todo el significado que posee este diseño tan sencillo como profundo. (figuras 8 y 9)

Si se recuerda lo consignado por Sahagún acerca del ofrecimiento del hijo a cualquiera de las dos instituciones educativas, el alfaquí y el maeso pasarían a ser los "padres espirituales e intelectuales" del niño, encargándose de allí en adelante de la rígida educación del futuro servidor de los dioses o del estado; y aunque en esta lámina no aparecen las imágenes de los dos "monasterios", sino hasta la lámina LXII, al tlacuilo le bastó con asentar los nombres de los ministros mayores para dar a entender su existencia.

El hecho de que no se hayan representado las actividades del pintor de murales o del escultor, no autoriza a pensar en su exclusión, pues estas dos artes formaban parte integral del entrenamiento religioso de los estudiantes y futuros ministros de los templos, que eran los únicos autorizados para realizar las imágenes sagradas, conforme se ha visto antes al hablar de las prohibiciones impuestas a la gente ajena a las actividades ceremoniales. A continuación examinaremos, como punto final de este capítulo, otro aspecto más que formó parte del sistema educativo prehispánico.

#### El cultivo de la memoria por medio de las pictografías o nemotecnia.

Un asunto importante en la educación prehispánica fue el intenso cultivo de la memoria adquirido por los estudiantes de las escuelas, y obtenido por el empleo del método que ahora recibe el

nombre de audiovisual. Su repercusión en las diversas etapas de la evangelización novohispana, se hará patente en las actividades puestas en práctica en los monasterios y se estudiarán por separado en un capítulo posterior.

Ante la carencia del alfabeto, los maestros prehispánicos de los calmécac, dispusieron de un método que lo suplía de manera eficiente, para recordar todo aquello que formaba parte esencial de la vida indígena, y que consistió en el empleo de figuras coloridas o no por medio de las cuales se querían significar determinados hechos. Poseían también un lugar especial para conservar sus 'libros', el Amoxcalli donde los amoxhuaque que quiere decir "hombres entendidos en las pinturas antiguas" (72) se encargaban de guardar los hechos sobresalientes de su historia escritos por los maestros y que sirvieron, en parte, para que los alumnos aprendieran cuanto se consideraba necesario. Por esta razón Sahagún afirma cómo el niño recibía un sabio consejo de su padre antes de que ingresara al calmécac "también hijo mío, has de tener mucho cuidado de entender los libros de nuestro señor; allégate a los sabios y hábiles y de buen ingenio". (73)

Estos caracteres gráficos llamaron la atención de conquistadores como Hernán Cortés y Bernal Díaz del Castillo. Aquél fue el primero en dejar constancia por escrito del empleo de esos libros de pinturas, pues en una carta suya fechada el 30 de octubre de 1520, relata a Carlos V que los "indígenas tienen caracteres y figuras escritas en el papel que hacen por donde se entienden", (74) y Bernal Díaz refiere que "tenían muchos libros de su papel cogidos a dobleces, como a manera de paños de Castilla." (75)

Según el doctor Miguel León-Portilla, los glifos indígenas se pueden clasificar en *"cinco clases principales...numerales, calendáricos, pictográficos, ideográficos y fonéticos"*. (76) Explica también el significado de cada uno y asienta que su conocimiento es *"indispensable para comprender la forma indígena para concebir la historia. Es más, sin esto tampoco podría entenderse la forma sistemática como se transmitía la ItoLoca, en los diversos centros nahuas de educación de los siglos XV y XVI."* (77)

Estas formas de expresión fueron estudiadas por los primeros franciscanos, al echarse a cuestras la tarea de conocer los misterios de la vida indígena, una vez que aprendieron la lengua náhuatl, con el objeto de destruir la religión prehispánica y difundir la fe cristiana. Sus primeras investigaciones los pusieron en contacto con los libros pintados y con la forma de realizarlos. Aunque muchas de estas obras sucumbieron en la hoguera por haber sido consideradas como objetos idolátricos, otras pudieron salvarse pues *"no dejaron de quedar muchas escondidas que las hemos visto, y aun ahora se guardan, por donde hemos entendido sus antiquallas."* (78)

Motolinía se interesó también por esas antiquallas en época temprana, como lo indican sus siguientes palabras *"si agora esta inquisición no se hubiera hecho cuasi luego a los principios que entramos a esta tierra se investigó"*, (79) y en varias ocasiones señala la necesidad de conocer la religión y el pensamiento prehispánicos para combatirlos con éxito. En tres ocasiones por lo menos, relata cómo él aprendió a leer los códices gracias a la plática que escuchó de un viejo, y de un maestro; en las tres

relaciona también la memoria con los caracteres o dibujos por lo cual las señalaremos brevemente; en la primera asienta que:

*a causa de no tener letras sino caracteres e la memoria de los hombres es débil, algunas veces no se acordando bien son varios los viejos en la manera de declarar las cosas antiguas, ca para bien entenderlas requiérese plática; pero de todas las opiniones y libros diré aquí lo que por más verdadero he podido averiguar y colegir de los libros historiales... (80)*

Aunque las primeras líneas no son muy claras, se deduce que como la memoria de los hombres es débil, se le puede ayudar por medio de los libros con figuras, más para poder entenderlas se necesita la explicación. Indudablemente se puede deducir que esas pláticas son las que escucharon los jóvenes estudiantes en las escuelas de los calmécac. No es ilógico pensar que Motolinía se convirtió en estudiante él mismo, al pedir que se le explicara el significado de las figuras que veía en los códices, como aparece en el siguiente párrafo:

*había entre ellos personas de buena memoria que retenían y sabían aun sin libro, contar y relatar como buenos biblistas o coronistas el suceso de los triunfos e linaje de los señores, y de estos topé con uno a mi ver bien hábil y de buena memoria el cual sin contradicción de lo dicho, con brevedad me dio noticia y relación del principio y origen de estos naturales, segun su opinión y libros... (81)*

Es obvio que el autor se "topó" con un maestro-sacerdote largamente educado en su juventud, pues gracias a su experiencia y a la memoria cultivada con las figuras pintadas en los libros. pudo Motolinía, al igual que los estudiantes de antaño, saber lo que se había escrito. En la tercera mención y a lo largo de dos nutridos capítulos, refiere sus investigaciones en Tezcoco: en uno de ellos hay un párrafo de enorme interés por su contenido:

*Éstas y otras muchas leyes tenían estos naturales, que escribirlas todas sería muy largo hacer el proceso, con las cuales se conservaban y regían; y así las leyes como todas sus memo-*

*rias, que escribían con caracteres o figuras a ellos muy inteligibles y a cualquiera de nosotros que las quiera mirar, con alguna plática, a pocas vueltas las entenderá. Yo por las mismas figuras voy sacando y escribiendo estas cosas que aquí digo, y lo que dudo o no entiendo, por no errar preguntolo a un buen maestro; y este modo de escribir por figuras y caracteres tuvieron antiguamente los muy sabios y antiguos egipcios.* (82)

La referencia es tan clara que sobran los comentarios; sin embargo, recalcaremos lo dicho antes: Motolinía escribió parte de su obra basado en la lectura de los códices y en la plática que escuchaba de un buen maestro, y cuando no entendía volvía a preguntarlo una y otra vez, como los antiguos estudiantes de las escuelas prehispánicas; señala también cómo cualquiera podía entender lo representado "a pocas vueltas" si oía la explicación oral. De esta manera fue como los jóvenes pudieron adquirir esa memoria que sorprendió tanto a los evangelizadores, y el método nemotécnico ha quedado mostrado por las palabras de fray Toribio.

No quisiera dejar este asunto sin comentar un problema que parece presentarse en todo lo anterior, y puesto que no se especifica la época en que el historiador allegó sus noticias, será necesario cuestionarlo. Podría pensarse que debió suceder muchos años después de la llegada de los primeros franciscanos en 1524; más basado en varios hechos ocurridos a los evangelizadores, se se puede admitir que las primeras investigaciones tuvieron que realizarlas en cuanto pudieron hablar el náhuatl, lo cual debió ocuparles dos o tres años cuando más, y esto parece confirmarlo el propio Motolinía cuando dice que durante los dos primeros años poco salían del pueblo, "por saber poco de la tierra y de la lengua." (83)

En varias partes de su obra, habla de lo que hicieron él y sus compañeros, en el primer año, o en el segundo, y en el tercero y cuarto años, de manera que se puede fijar con cierta exactitud el progreso de su aprendizaje de la lengua principal, o sea el náhuatl, y esto sirve de base para situar su avance. Así por ejemplo, refiere que los primeros matrimonios y las confesiones se celebraron entre el tercero o cuarto año de su llegada, de donde se puede inferir que fue así: 1527 (tercer año) y 1528 (cuarto año) cuando ocurrieron, ya que para casar a un adulto era necesario que probara ya el conocimiento de los fundamentos de la fe cristiana. Pero esto no es todo, como los indígenas principales y nobles eran polígamos, este problema obligó a los primeros misioneros a investigar con ahinco si existió un verdadero matrimonio, asunto que comentaremos en otro capítulo porque se relaciona con otro tema. Ahora bien, Motolinía fue uno de los primeros, si es que no el primero que realizó lo anterior, y en Tezcoco y en otros lugares inquirió cuanto pudo para saberlo. Como estuvo de guardián del convento de dicha ciudad desde mediados de 1527 a principios de 1529, (84) conjeturamos que el estudio de los códices a que se refirió en la última cita mencionada, lo investigó durante su primera guardianía, pues la segunda fue hasta 1539, fecha que está ya muy lejana para dejar a un lado todos los problemas que les causaban las idolatrías y la poligamia. Desgraciadamente no podemos ir más allá de la hipótesis puesto que son pocos los informes con los que se cuenta, y habrá que esperar una investigación más profunda en torno a la biografía de fray Toribio Motolinía, y de otros evangelizadores.

Otro asunto igualmente delicado es aquel en el que refiere la ayuda que recibieron los primeros misioneros para entender los códices, ya que podríamos dudar de que en tan poco tiempo los antiguos sacerdotes hubieran querido comunicar los secretos de su religión y de su pensamiento, puesto que todo revertiría en su contra y así lo escribe el autor en otra parte. Sin embargo, en el comportamiento humano siempre ocurren las excepciones, y el historiador lo señala en la siguiente forma:

*"aunque había algunos [sátrapas] malos, que escondían los ídolos, no faltaban otros de ellos ya convertidos que les parecían mal, y avisaban de ello a los frailes, y no faltó quien aún de esto los quiso arquir [a los conversos] no ser bien hecho...porque en esta costumbre estaban muy encarnizados... (85)*

Si esto fue así, y cabe la posibilidad de que sea verdad, tendríamos la explicación acerca de la forma en que los frailes conocieron poco a poco los misterios prehispánicos; y si a esto agregamos nuestra proposición anterior de que fueron los jóvenes educados en los conventos los primeros informadores de sus nuevos mentores, se podrá deducir la importancia que concedieron a todos estos asuntos que eran de fundamental interés para la conversión y la difusión de la doctrina cristiana.

Fue así también como pudieron conocer los franciscanos la utilidad del método indígena para educar a su juventud por medio de las imágenes, y cómo lo adoptaron ellos en las escuelas monásticas, conforme habremos de estudiarlo en otro apartado. Pero no se puede uno referir al cultivo de la memoria sin mencionar a fray Diego Valadés por ser quien más recalca su importancia entre los indígenas, y es por ello que dedica varios capítulos de su obra

al estudio del empleo de las figuras entre los indígenas para recordar hechos diversos, y compara las ventajas que tuvo sobre los sistemas europeos. El testimonio de Valadés es todavía más valioso por haber sido discípulo y amanuense de fray Pedro de Gante, y más tarde profesor de dibujo y pintura en la escuela del maestro flamenco; por estas razones tuvo la oportunidad de enterarse de los procedimientos aplicados en San José de los Naturales y en otras escuelas pueblerinas, y de los resultados conseguidos después de adoptar los misioneros el método audiovisual prehispánico.

Según el doctor Esteban J. Palomera, estudioso de la obra de fray Diego y traductor de su Rhetorica Christiana, Valadés mostró "peculiar afición por este arte de memorizar; [y] ésta es una de las características más personales de su obra. Habla de la memoria como de un tesoro en el que se encierran las ciencias aprendidas; ilustra la doctrina sobre el funcionamiento fisiológico." (86) Más adelante asienta cómo fray Diego, en "forma completamente nueva para los lectores europeos, [muestra] cómo se puede ilustrar el uso de la memoria artificial con el ejemplo de los indios del nuevo mundo," (87) quienes empleaban diversas imágenes y dibujos para aprender de memoria, y recalca cómo los misioneros aplicaron este sistema para catequizarlos. (88)

Valadés afirma que "hay dos clases de memoria: la natural y la artificial...la segunda era [la] usada por los indios occidentales en la explicación de sus negocios...[y cómo] se comunicaban unos a otros lo que querían por medio de figuras." (89) Afirma también el autor que "se acrecentará la memoria cultivándola

a la manera que lo hacen los indios" pero, en este caso lo relaciona con el aprendizaje de la religión cristiana y para ello "conviene que a ser posible, no transcurra ningún día sin que se aprenda de memoria algo, tomándolo de las Sagradas Escrituras o de los doctores ilustres." (90)

Al tratar de la educación por medio de imágenes, examinaremos otras palabras del autor y haremos notar cómo los frailes se quedaron sorprendidos al captar la elevada capacidad de los jóvenes indígenas para memorizar con facilidad cuanto les enseñaban, hecho que fue aprovechado de manera eficaz en las tareas de la evangelización novohispana.

- 1 Motolinía, *Memoriales*, 89.
- 2 Sahagún, *Historia*, (VI, XL), 483.
- 3 Motolinía, *op. cit.* 388.
- 4 Mendieta, *Historia*, 121.
- 5 Torquemada, *Monarquía*, t. II, 458.
- 6 Zorita, *Los señores...* 108.
- 7 Sahagún, *op. cit.* (VI, XL), 483.
- 8 *Ibid.*, (VI, XL), 477.
- 9 Durán, *Historia*, I, 58.
- 10 *Ibidem*, 26-27.
- 11 *Ibidem*, 49.
- 12 *Ibidem*.
- 13 *Ibidem*, 58.
- 14 *Ibidem*, 87.
- 15 Torquemada, *op. cit.*, t. II, 187.
- 16 *Ibidem*.
- 17 Durán, *op. cit.*, t. I, 27.
- 18 *Ibidem* 187.
- 19 *Ibidem*, 189.
- 20 *Ibidem*.
- 21 *Ibidem*, 190.
- 22 *Ibidem*.
- 23 *Ibidem*, 191.
- 24 *Ibidem*, 195.
- 25 Clavijero, *Historia*, II, 288.
- 26 *Ibidem*, 210.
- 27 Sahagún, *op. cit.*, (II, Ap. II), 158-164.
- 28 Durán *op. cit.*, 190.
- 29 Sahagún *op. cit.*, (II, Ap. II), 162; 938.
- 30 *Ibidem*, (II, Ap. II), 162-163.
- 31 *Ibidem*, 922.
- 32 *Ibidem*, 938.
- 33 *Ibidem*, (III), 189.
- 34 *Ibidem*, (III), 95.
- 35 *Ibidem*, (IV), 231.
- 36 Torquemada *op. cit.* t. II, 222.
- 37 Durán, *op. cit.*, I, 64.
- 38 Sahagún, *op. cit.* (III, IV), 288.
- 39 *Ibidem*, 211.
- 40 *Ibidem*, 288.
- 41 *Ibidem*, 211.
- 42 *Ibidem*, 212.
- 43 *Ibidem*, 211.
- 44 *Ibidem*, (VI, XL), 483.
- 45 León-Portilla, *Historia de México*, t. J, 282.
- 46 Sahagún, *op. cit.*, (II, XVI), 91.
- 47 *Ibidem*, (VI, I), 269.
- 48 Durán, *op. cit.*, t. 29, 38.
- 49 Sahagún, *op. cit.*, (II, Ap. II), 164.
- 50 Durán, *op. cit.*, t. I, 55.
- 51 Sahagún, *op. cit.*, (IX, Adiciones IV), 528.
- 52 *Ibidem*, (II, IV), 527-528.
- 53 *Ibidem*, 528.
- 54 *Ibidem*, 526-527.
- 55 *Ibidem*, (IV, II, 225, XIII), 243.
- 56 *Ibidem*, (IV, VII), 238.
- 57 *Ibidem*, (IX, IV), 528-529.
- 58 *Ibidem*, (VI, XVII), 343.
- 59 *Ibidem*, (VI, XIX), 349.
- 60 Pomar, *Relación...* 39-39.
- 61 Torquemada, *op. cit.* t. II, 181.
- 62 *Ibidem*.
- 63 Sahagún, *op. cit.*, (II, Ap. II), 163.
- 64 Clavijero, *Historia*, lib. VII, 247.
- 65 *Ibidem*, 247-248.
- 66 *Ibidem*, 248.
- 67 *Ibidem*.
- 68 *Códice Mendocino*, Lámina LVIII.
- 69 Sahagún, *op. cit.*, (VI, XIIVII), 398.
- 70 *Ibidem*.
- 71 *Ibidem*, (IX, IV), 538.
- 72 *Ibidem*, (I, XXI), 618.
- 73 *Ibidem*, (IV, XL), 484.
- 74 Cortés, *Cartas de Relación*, 54.
- 75 Bernal Díaz, *Historia...* t. I, 143.
- 76 León-Portilla, *Los antiguos mexicanos...*, 54.
- 77 *Ibidem*.
- 78 Sahagún, *op. cit.* (I, Relación...), 583.
- 79 Motolinía, *Memoriales*, 359.
- 80 *Ibidem*, 5.
- 81 *Ibidem*, 9.
- 82 *Ibidem*, 359.
- 83 *Ibidem*, 118.
- 84 O'Gorman, en *Memoriales*, CV.
- 85 Motolinía, *op. cit.*, 42-43.
- 86 Palomera, *Fray Diego Valadés*, 33.
- 87 *Ibidem*.
- 88 *Ibidem*, 66, 140, 386-388.
- 89 *Ibidem*, 65.
- 90 *Ibidem*, 388.

## CAPITULO IV

## LA EDUCACION MONASTICA Y EL INFLUJO DE LA EDUCACION PREHISPANICA

La educación impartida por los frailes en las escuelas conventuales del siglo XVI novohispano, ha sido estudiada ya por diversos autores, entre los que destacan los trabajos de Robert Ricard, Jose María Kobayashi, Lino Gómez Canedo, Constantino Reyes-Vale-rio y alguno más. (1) Cada quien aportó datos valiosos para conocer este asunto tan importante. Sin embargo, dados los propósitos que tuvo cada autor, otros aspectos quedaron fuera de sus perspectivas, o fueron evaluados de manera diferente. Asimismo, algunos hechos merecen una valoración distinta a la efectuada hasta el presente, con el objeto de comprender el influjo que tuvieron algunos de los métodos educativos prehispánicos en la actuación de los misioneros, y que llegaron a manifestarse en algunas de las tareas realizadas en los monasterios mendicantes.

Vimos anteriormente cómo los frailes pensaron que con destruir los edificios y las figuras de los dioses y el enseñarles, al principio, los rudimentos de la doctrina cristiana era suficiente. Pero no fue así, incluso las imágenes cristianas que les proporcionaron, pasaron a formar parte del complejo panteón indígena. Así lo relata Motolinía:

*Y luego casi a la par en Tlaxcallan comenzaron a derribar y destruir ídolos, y a poner la imagen del crucifijo, y hallaron la imagen de Jesucristo crucificado y de su benditísima madre puestas entre sus ídolos a hora que los cristianos se las habían dado, pensando que a ellas solas adorarían; o fue que como ellos tenían cien dioses, querían tener ciento y uno; pero bien sabían los frailes que los indios adoraban lo que so-  
lían... (2)*

Las palabras anteriores muestran que los misioneros tenían ya un conocimiento determinado del pensamiento indígena, al decirnos el autor cómo los indígenas agregaban ciertas imágenes a las que ya tenían y que "adoraban lo que solían". Estos contratiempos iniciales surgidos por lo que ya sabían los obligaron a intensificar no solamente su campaña de cristianización sino el estudio mismo de la vida y de las costumbres prehispánicas, pues ¿cómo combatir con éxito aquello que se desconoce y cuyas raíces se ignoraban del todo? Por esta razón una vez que establecieron la comunicación por medio de la lengua náhuatl, se echaron a cuestras la tarea de investigar las ideas religiosas y todos aquellos aspectos que se oponían a la difusión de la doctrina cristiana la cual, a su vez, fue combatida por los sacerdotes indígenas, llamados por los historiadores, papas, alfaquíes, ministros del demonio y con otros términos más. La tarea no fue sencilla, pues como dice Motolinía "estábase la idolatría tan entera como de antes, hasta que el primero día del año de 1525...en Tezcoco, adonde había los más y mayores teocallis [se dio] la primera batalla a el demonio..." y a lo cual agrega que "mientras esto no se quitase aprovecharía poco la predicación y el trabajo de los frailes sería en balde". (3)

Resulta obvio decir que ante esta actitud de los evangelizadores, no serían los antiguos sacerdotes los que les proporcionarían informes respecto a los "secretos" que tan celosamente guardaban. Sin embargo, es factible pensar que las primeras escuelas rudimentarias que fundaron a la par de los establecimientos conventuales comenzaron a rendir sus frutos, pues una de las primeras acciones

de los franciscanos, siguiendo el ejemplo de la costumbre española de recoger a los niños musulmanes y hebreos y educarlos lejos del alcance de sus padres, consistió en recoger a los hijos de los nobles y señores principales en las primitivas escuelas y por medio de ellos, los frailes empezaron a conocer lo prehispánico, pues *"dende a poco tiempo vinieron a decir a los frailes cómo escondían los ídolos y los ponían al pie de las cruces... [porque] los públicos eran muy muchos y en muchas partes."* (4)

En estos informes superficiales hallaron pronto los franciscanos una veta que empezaron a explotar, pues no debieron conformarse con el conocimiento superficial o la denuncia de las celebraciones clandestinas, sino que buscaron la manera de profundizar en el pensamiento religioso y en las costumbres de los moradores. Como los adultos, y especialmente los sacerdotes, poco o nada les dirían, debieron valerse de los alumnos de mayor edad, esos muchachos grandecillos de quienes hablan los historiadores, puesto que ya habían participado de los beneficios de la educación impartida en los calmécac o en los teipochcalli, según se vio ya en la tabla incluida en el capítulo anterior. No es ilógico suponerlo o pensarlo, pues un joven noble que tenía unos quince o dieciseis años en 1526 o 1527 alcanzó a educarse entre tres y cuatro años. Cabe, por tanto, conjeturar que ante estos hechos, los frailes se apresuraron a recoger en sus escuelas, jóvenes ligeramente mayores todavía para obtener informes más avanzados. De esta manera consiguieron entre otros conocimientos, los que se referían al sistema educativo indígena y la forma en que aprendían el culto de los dioses, la diversidad de las ceremonias, su

significado y otros aspectos más que dada la parquedad que hay en este sentido en las historias mendicantes, no es posible aclarar qué tanto fue lo que informaron esos jóvenes a los frailes, pero basados en algunos datos que veremos adelante, consideramos que debió ser bastante importante, debido a que el sistema educativo puesto en práctica en las escuelas de los calmécac, tan rígido y tan bien conducido, el caudal de conocimientos religiosos adquiridos fue sustancioso. Recordemos solamente que los niños y los jóvenes estudiaban cuidadosamente "los libros de nuestro señor" como escribió Sahagún; o esta otra cita suya respecto al consejo que el padre daba a su hijo "y con esto que te digo, juntarás lo que allá oyes que es la doctrina de los viejos, (5) refiriéndose con estas palabras a los nuehuetlatolli que tanta importancia tuvieron en la educación prehispánica.

Los informes que recibieron de esos jóvenes impresionó tanto a los misioneros, que no dudaron en poner en práctica algunos de sus métodos, al comprobar en sus alumnos la vivacidad de su ingenio, la facilidad con que aprendían cuanto se les enseñaba, su gran capacidad para memorizar, ya que repetían fácilmente partes de la doctrina, oraciones, autos sacramentales, cantos religiosos, etcétera. Lo mismo ocurrió en los aspectos artísticos que estudiaremos más tarde. Por estos y otros hechos, los frailes percibieron que en varios aspectos, la educación indígena superaba algunos de los métodos de la enseñanza española y no tuvieron empacho en confesarlo varios de los historiadores, especialmente Sahagún, al resumir en unas cuantas páginas de su obra su sincera admiración por el sistema educativo prehispánico y relata también

cuanto hicieron sus compañeros durante los primeros años. En no pocas ocasiones incurre en algunas contradicciones, pues mientras por un lado alaba el candor, la inteligencia y la habilidad de los indígenas, por otro, en el siguiente párrafo se queja de sus defectos y de la desesperanza que sintió en las postrimerías de su vida, al considerar que los esfuerzos de los evangelizadores habían servido de poco, ya que las idolatrías persistían "y los castigos que se hacen no son de manera que el negocio se remedie, antes de manera que se empeora". (6) Frisaba ya los setenta y seis años y sufría en ese momento por los estragos que causaba la epidemia de 1576 en la población indígena. Se dolía de la indiferencia de los españoles; veladamente acusa o incrimina al virrey Martín Enríquez de Almanza y a Felipe II, que poco hacía para que pudiera tener "más vasallos en ella [la Nueva España] de los que tiene y tendrá, porque siempre van en disminución". (7)

Todo esto está sintetizado en su "Relación del autor digna de ser notada" y de la cual dice don Angel María Garibay:

*Es nada menos que el ensayo más antiguo que tenemos en la literatura de la Nueva España tocante al fracaso de la introducción de la cultura occidental...No entra por consiguiente, en el cuadro de la historia propiamente dicha, pero tiene tales juicios y tales visiones del futuro, que solamente la incomprensión, o la ignorancia, han hecho que se dejara a un lado. Leer este largo excursus del franciscano es sentir la herida en el alma del que se duele de los tremendos cataclismos de la Historia en todo lugar y en todo tiempo... (8)*

En varias partes de esta Relación expresa el autor el impacto que causó en los franciscanos el conocimiento de lo indígena y más todavía la forma en que educaban a niños y a jóvenes, pues los criaban "con gran rigor, hasta que eran adultos, y esto no en casa de sus padres, porque no eran poderosos para criarlos". (9)

Y en otra parte expone lo que para ellos fue un hecho importante:

*Buen tino tuvieron los habitantes de esta tierra antiguos, en que criaban sus hijos e hijas con la potencia de la república y no los dejaban criar a sus padres, y si aquella manera no estuviera tan inficionada con ritos y supersticiones idolátricas, paréceme que era muy buena y si limpiada de todo lo idólatrico...y haciéndola del todo cristiana, se introdujera en esta república indiana y española, cierto sería gran bien" (10)*

Asienta aquí la posibilidad de implantar este sistema tan acertado porque "era esta manera de regir muy conforme con la Filosofía Natural y Moral", a la cual llegaron los indígenas después de largos ensayos, pues la vida "les enseñó por experiencia a estos naturales, que para vivir moral y virtuosamente era necesario el rigor y [la] austeridad." (11) La cautela inicial se encuentra superada en otras palabras del autor, seguramente porque habían hallado la forma de borrar la idolatría gracias al conocimiento de la lengua náhuatl, pues de esta manera pudieron predicar de viva voz y sin intérprete:

*A los principios como hallamos que en su república antigua criaban a los muchachos y muchachas en los templos y allí los disciplinaban y enseñaban la cultura de sus dioses y la sujeción a la república, tomamos aquel estilo de criar a los muchachos en nuestras casas, y dormían en las casas que para ellos estaba edificada junto a la nuestra...donde les enseñábamos a que de noche se azotasen y tuviesen oración. (12)*

Adviértase cómo indica Sahagún que esta implantación de algunas normas ancestrales se hizo en época temprana: "a los principios" y podemos suponer que esto ya fue el fruto de las investigaciones iniciales emprendidas por algunos de los misioneros, Motolinía entre ellos, así como del propio fray Bernardino, quien llegó en 1529. Podríamos preguntarnos en este momento por qué adoptaron las normas indígenas en lugar de las españolas que ellos conocían. Seguramente debieron establecer las debidas comparaciones entre

los dos métodos y a pesar de que algunos frailes tenían ya cierta experiencia educativa en España, hallaron que los indígenas habían logrado un régimen mucho mejor integrado. En las reuniones periódicas que celebraron los primeros años, llegaron a la conclusión de que la educación prehispánica estaba mucho más avanzada que la hispana y quitándole lo idolátrico que tanto ha recalcado Sahagún, alcanzarían más pronto los objetivos que perseguían, de otra forma resultaría inexplicable su adopción.

Por otra parte, las órdenes religiosas en España, atravesaban un periodo bastante crítico, en lo cual trató de poner remedio el cardenal Francisco Jiménez de Cisneros. Pero, a más de esto, el pujante florecimiento de las universidades renacentistas, había hecho a un lado la educación antiguamente impartida en los monasterios medievales.

De aquí que los frailes al conocer los aciertos de los indígenas, se sintieron atraídos por algunas de sus fórmulas y las implantaron en las escuelas monásticas que debieron funcionar, incluso, antes de que se erigiera el convento, pues para aquellas bastaba una simple choza. Por todas estas razones es que pensamos que las labores educativas, comprendido lo religioso, se iniciaron casi tan pronto como pudieron hacerse entender, o sea hacia 1526. Veinte o treinta años después, les habrían servido de poco, pues habrían desperdiciado un tiempo precioso para salvar a millones de "ánimas" que vivían entregadas "al poder del Demonio". De aquí se deduce también la actividad febril que desplegaron entre 1526 y 1551, para poner unas fechas relativamente arbitrarias; la primera indicará, según se desprende de las crónicas

el inicio de la catequización organizada sobre la base del conocimiento de la lengua náhuatl y del pensamiento prehispánico; la segunda, señala la presencia del segundo arzobispo de México, fray Alonso de Montúfar, cuya actitud en contra de varias de las disposiciones de los misioneros fue muy marcada, y se agudizó poco después, con la celebración del Concilio de 1555, cuyas resoluciones coartaban la actividad misional, que no viene al caso estudiarlas, ya que nuestro propósito es examinar el influjo de lo prehispánico en la mente de los evangelizadores, como aparece en el siguiente párrafo escrito por Sahagún:

*A los principios ayudáronnos grandemente los muchachos, así los que criábamos en las escuelas como los que se enseñaban en el patio, porque como al tono de lo antiguo criábamos a los hijos de los principales dentro de nuestras escuelas; allí los enseñábamos a leer, escribir y cantar; y a los hijos de los plebeyos enseñámoslos en el patio [atrio] la doctrina cristiana... y después de haberse enseñado un rato, iba un fraile con ellos o dos, y subíanse en un cu y derrocábanlo en pocos días... estos muchachos sirvieron mucho en este oficio, los de dentro de casa ayudaron mucho más, para destripar los ritos idolátricos que de noche se hacían... (13)*

En este párrafo el historiador recalca la existencia de varias escuelas monásticas en las cuales, al igual que en la de la ciudad de México, se organizó la educación para los plebeyos en el atrio, y la interna para los hijos de nobles y principales, en el interior del convento; los alumnos de ambas instituciones ayudaron bastante a los misioneros, pero fue de mayor trascendencia la que recibieron de los alumnos internos, pues debido a su preparación intelectual más avanzada que la de los jóvenes pobres, pudieron informar con mayor amplitud acerca de las creencias ancestrales y no la simple denuncia de los ritos religiosos celebrados. De esta manera fue como los evangelizadores pudieron llegar a la

la raíz de la religión, al pensamiento rector. Sin embargo, a pesar de haber conocido las excelencias de la educación indígena, y del rigor aplicado a los estudiantes, los frailes no se atrevieron a utilizar el duro sistema de castigos; por el contrario, ejercieron con ellos *"la blandura y la piedad que entre nosotros se usa"* y, además, *"porque comían mejor de lo que acostumbraban en su república antigua"*, (14) la educación monástica vino a menos en varios casos, según lo informa el propio Sahagún. Confiesa también que entre los evangelizadores no siempre hubo *"maestros muy solícitos"* y como:

*Ya tampoco nosotros no nos podemos apoderar con los se crían en las escuelas, porque como no tienen aquel temor y sujeción que antiguamente tenían, ni los criamos con aquel rigor y austeridad (con) que se criaban en tiempo de su idolatría, no se sujetan ni se enseñan, ni toman lo que los enseñan, como si estuvieran en aquella empresa pesada los viejos antiguos. (15)*

Es en este párrafo donde se advierte el dolor sentido por el historiador y resalta su honradez al señalar que no toda la culpa es de los indios, sino también de los frailes quienes al no comprender del todo la naturaleza débil del hombre, y por estar habituados a otro sistema, no implantaron la rigidez ni la austeridad a que estuvieron acostumbrados los indígenas. Pero en descargo de hombres como Valencia, Motolinía, Sahagún, Olmos, y tantos otros, será justo señalar que la tarea que se echaron a costas fue demasiado ambiciosa; que abarcaron un territorio enorme, principalmente los franciscanos y que el número de frailes fue pequeño para predicar a varios millones de seres. Tres o cuatro misioneros en cada convento no podían satisfacer las necesidades de ese poblado ni las de los circunvecinos controlados por ellos, especialmente para educar a la multitud de niños, jóvenes y adultos que hubo en

cada poblado, ni en los sujetos dependientes de las cabeceras. Para ello se hubiera necesitado mayor número de predicadores y de un tiempo del que no dispusieron casi nunca, a pesar de las varias barcadas de misioneros que vinieron en la primera mitad del siglo XVI. Tampoco se debe olvidar que la actividad de los sabios indígenas, antiguos sacerdotes, no menos inteligentes pero en diverso sentido, se manifestó durante largo tiempo tratando de contrarrestar, hasta donde les fuera posible, las predicaciones de los evangelizadores.

Para dar una idea de lo que significó el trabajo misional, incluimos en seguida una lista de las labores de los frailes, entresacada de los datos dispersos en varias fuentes, pero especialmente de las de Motolinía, Mendieta y Torquemada:

Tareas desempeñadas por los misioneros.

1. Celebración de los oficios religiosos.
2. Aprendizaje de las lenguas indígenas.
3. Enseñanza de la doctrina a niños y adultos en la escuela externa (atrio).
4. Enseñanza más avanzada a los alumnos de la escuela interna.
5. Adiestramiento de jóvenes para predicar en los pueblos.
6. Celebración de confesiones, bautizos, matrimonios.
7. Velación y entierro de muertos.
8. Búsqueda de idolatrías y destrucción de obras prehispánicas.
9. Investigación de las costumbres religiosas indígenas.
10. Cuidado de enfermos y de hospitales, donde los hubo.
11. Construcción de conventos e iglesias pueblerinas.
12. Enseñanza de oficios mecánicos en algunos conventos.
13. Planeación y dirección de las pinturas conventuales (y de la labor escultórica).
14. Proveer las fiestas de las parroquias y desarraigar las fiestas "viejas" o ancestrales.
15. Escuchar las necesidades de los indígenas.
16. Organización y administración de pueblos.
17. Elaboración de ordenanzas en algunos sitios.
18. Cuidado de la alimentación de los estudiantes y de los constructores de los conventos.
19. Lectura de libros, tiempos de oración y meditación.
20. Asistencia a los capítulos trienales y otras reuniones.
21. Redacción de informes a priores y provinciales.

22. Intercambio de experiencias en los trabajos misionales.
23. Contribución para la redacción de doctrinas.
24. Adiestramiento de los frailes recién venidos y enseñanza de lenguas.
25. Visitas periódicas a los pueblos circunvecinos.

Aun cuando varias de estas actividades no ocurrían de manera simultánea, hubo algunas que se realizaban diariamente, como la celebración de la misa, la enseñanza de la doctrina a los niños internos y a los externos; la vigilancia de las obras de construcción de los conventos e iglesias pueblerinas, así como la de las obras pictóricas una vez que el edificio se había terminado. Incluso pensamos que habrá más de un aspecto que se nos escapa, pues realmente el trabajo desempeñado por los evangelizadores fue tan extenuante que poco tiempo libre podía quedarles al terminar el día. Ante tales tareas no pocos misioneros optaron por regresar a España, según aparece en algunas narraciones de Motolinía, Mendieta o Torquemada.

Por todo esto, pensamos que el corto número de frailes asignados en cualquier establecimiento difícilmente pudo cumplir, atendido a sus propias fuerzas, con todas las labores señaladas, y es aquí donde, al cabo de cierto tiempo, utilizaron a los alumnos que educaban en las escuelas internas para que les ayudasen a enseñar la religión cristiana. Esto ocurrió pronto, según la opinión expresada por varios de los cronistas respecto a que la organización de estos colegios se realizó "al principio" de la evangelización. Este es un hecho que por su trascendencia debe tomarse muy en cuenta para evaluar en su debida dimensión el desarrollo de las actividades de frailes e indios, puesto que varias no hubieran sido posibles sin la cooperación de unos y otros.

No existe una lista detallada de las escuelas monásticas, pero puede conjeturarse que las hubo en los conventos más importantes pues para ello bastaba, como ya se dijo, de una choza. Aparte de los cinco conventos iniciales de los franciscanos establecidos en México Tenochtitlan, Tezcoco, Tlaxcala, Huejotzingo y Cuernavaca, la fundación de los demás no está aclarada; mas por los datos proporcionados por Motolinía, Mendieta y Torquemada, (16) y tomando en cuenta el desarrollo de los pueblos prehispánicos se podría seguir el camino emprendido de los primeros misioneros, y el orden de la fundación de conventos y escuelas, a partir de la casa matriz iría así: Cuauhtitlán, Xochimilco. Cuitláhuac [Tláhuac], Coatlinchan, Coatepec, Otumba, Tepeapulco. Tulancingo, Tlalmanalco (donde murió y fue sepultado fray Martín de Valencia en 1534).

Posteriormente avanzaron hacia Cholula, Calpan, Tepeaca, Huaquechula, Zacatlán, Hueytlalpan, Tula, Jilotepec y Tehuacán. Algunos de estos sitios pasaron a manos de los dominicos, como Oaxtepec, Tláhuac y Coatepec; Yecapixtla, nombrado también, fue evangelizado por los agustinos.

Ahora bien, según Motolinía, en 1537 tenían ya *"doce monasterios bien edificadas y poblados de religiosos. y todos tienen bien en qué entender en la conversión y aprovechamiento de los naturales"* (17). Tres años más tarde, en 1540, afirma que están en funcionamiento cuarenta conventos, y *"había tanto que decir que no bastaría el papel de la Nueva España."* (18) No dice en qué lugares estaban pero podemos suponer que varios de ellos correspondían a las poblaciones citadas. En esta misma página, agrega un dato importante al señalar el inicio de las construcciones:

*Anduvieron los mexicanos cinco años muy fríos, o por el embarazo de los españoles y obras de México, o porque los viejos de los mexicanos tenían poco calor. Después de pasados cinco años, despertaron muchos de ellos y hicieron iglesias, y ahora frecuentan mucho las misas de cada día y reciben los sacramentos devotamente...* (19)

Si esos cinco años de frialdad correspondieron a los comprendidos entre 1525 y 1529, se puede conjeturar entonces que de 1530 a 1537 edificaron los primeros doce monasterios pero, también estaban en proceso los restantes veintiocho edificios que empezaron a funcionar en 1540. Este otro hecho mostraría igualmente la intensa actividad desarrollada por los franciscanos y comprobaría parte de las actividades que se han enumerado en la lista anterior.

Es obvio admitir que esos primeros edificios conventuales fueron de construcción rudimentaria y hechos por los mismos indígenas dirigidos por alguno de los frailes; y que el adobe fue el elemento principal que después se cubría con una capa de piedras. Estos muros así edificados pueden explicar el por qué ciertos conventos se encuentran en lamentables condiciones; en otros se han derrumbado los claustros como en los de Atlahuetzía, Totimehuacán, Cuauhtinchan, Jiutepec, Tepeyanco y Tecamachalco, por ejemplo. Carentes de los servicios de un alarife profesional y de albañiles españoles, como buenamente pudieron los misioneros levantar esos cuarenta conventos citados por Motolinía, pero no se podría asegurar que en todos estos monasterios hubo una escuela de artes mecánicas, aunque si cabe admitir la de primeras letras, y en algunos de ellos debió existir la escuela interna.

Tanto Mendieta como Torquemada titularon un capítulo de sus obras en la siguiente forma *"De cómo esta conversión de los*

*indios fue obrada por medio de niños, conforme al talento que el Señor les comunicó* y en otra parte de este mismo apartado, refiere el primer autor que la conversión se realizó "no por otro instrumento sino de niños, porque niños fueron los maestros de los evangelizadores. Los niños fueron también predicadores, y los niños ministros de la destrucción de la idolatría" (20)

Las palabras anteriores, debidamente evaluadas, confirman la veracidad de lo historiado por los frailes conforme se ha visto en algunas de las citas anteriores. Porque decir que los niños fueron maestros de los frailes no es exageración, sino realidad, al recibir de ellos los rudimentos de la religión prehispánica, como lo hemos propuesto anteriormente. También los ayudaron para que aprendieran mejor el náhuatl, después de iniciar su estudio con el niño Alonso de Molina quien, por cierto, no aparece mencionado en la obra de Motolinía, pero sí en las obras de los demás escritores franciscanos.

También hay otro aspecto importante que, al parecer, no ha sido valorado por lo menos en la forma que lo hemos pensado. Y aunque sólo tengamos unos cuantos datos aportados por los tres cronistas últimamente citados, trataremos de enfocar el problema del avance de la fe cristiana por la cooperación que prestaron los niños y jóvenes indígenas a los misioneros y que es un hecho referido una y otra vez. Al hablar Motolinía de los arduos esfuerzos realizados por sus compañeros de instituto, proporciona unas cifras que, a primera vista, parecen inaceptables. Así, por ejemplo, menciona que en 1536 habían bautizado unos cinco millones de indígenas.

(21) Dos años después, en 1538 asienta que la cifra era ya de

nueve millones de "ánimas". Ciertamente estos datos de la población indígena parecen enormes. Woodrow Borah basado en diversos estudios consigna la existencia de once millones en 1519, que para 1540 habían disminuido a seis millones y asienta que en 1565 sólo quedaban cuatro millones y medio de habitantes. (22\*)

Sus anotaciones coincidirían ligeramente con las de Motolinía excepto que para 1540, Borah considera la existencia de sólo seis millones y medio, en cifras aproximadas (6 427 466). Mendieta reporta sólo seis millones de indígenas bautizados, en lugar de los nueve de fray Toribio. (23) Independientemente de que estas cuantificaciones sean o no verdaderas, en más o en menos, examinaremos otras palabras de Motolinía para ver si es posible explicar la posibilidad con respecto al trabajo que representó la celebración del sacramento, al que por cierto dedica cierta extensión por los problemas que se suscitaron en contra de los franciscanos ya que fueron atacados por otros religiosos al considerar que violaron los reglamentos para impartirlo.

Según el recuento de frailes hecho por el doctor Pedro Borges, (24) hacia 1540 menciona la existencia de unos ciento sesenta misioneros franciscanos, lo que daría un promedio de cuatro frailes por convento. Motolinía, en cambio, relata que en 1536 solamente había cuarenta sacerdotes en activo; algunos habían muerto, otros regresaron a España y algunos más estaban enfermos. (25)

Según un documento que está fechado en 1559 y publicado en las Cartas de Indias, (26) se cita la existencia de ochenta conventos franciscanos atendidos por trescientos ochenta frailes; las casas dominicas eran cuarenta, con doscientos diez frailes, y los

\*En 1963 Cook y Borah aumentaron la cifra anterior. Ver nota 22

agustinos tenían el mismo número de conventos y de misioneros.

Si se realiza ahora una pequeña serie de cálculos tomando en cuenta la población bautizada, por el número de frailes en activo que da Motolinía para 1536, se obtendrán los siguientes datos:  $5\ 000\ 000 \div 10\ \text{años} \div 40\ \text{frailes} = 12\ 500\ \text{bautizos por año}$  y si se divide esta cifra entre 365 días serán: 34.2 bautizos por día. Si ahora se toma la cifra mayor, de nueve millones y se acepta la cifra de 15 años citados por Motolinía, los resultados serán:

$$9\ 000\ 000 \div 15, \div 40, \div 365\ \text{días} = 41\ \text{bautizos} \times \text{día}$$

A pesar de que bautizar entre 34 a 41 indígenas por día parece una tarea pequeña, debe recordarse que los trabajos desempeñados cotidianamente por los misioneros fue realmente agotador, y, por otra parte, aún simplificando el ritual como lo hicieron los franciscanos, no pudieron bastarse por sí solos, puesto que antes de celebrar el sacramento del bautismo, era necesario inculcar a los jóvenes y a los adultos; especialmente a éstos quienes, como ya vimos, no aceptaban tan fácilmente lo que se les predicaba. ¿Cómo, entonces pudo ser cierto lo afirmado por Motolinía?

La respuesta a este problema puede estar en lo que dijeron Mendieta y Torquemada: *"que la conversión fue obrada por medio de niños, conforme al talento que el Señor les comunicó."* (27) Pero será necesario todavía buscar la solución de este problema, o, por lo menos una explicación razonable, porque así expuestos los hechos no parece haber relación entre la intervención de los "niños" y la ayuda que pudieron prestar a los misioneros. Si en efecto existió ese apoyo, habrá que estudiar en que forma se realizó. En varias ocasiones los cronistas relatan que los muchachos

salían a predicar a los pueblos, o que se encargaban de enseñar a a los niños, jóvenes y adultos en la escuela externa o atrial e intervenían en diversas formas para aligerar la carga de sus evangelizadores. Por tanto, es aceptable pensar que se pudo preparar a un cierto número de catequistas para que se encargaran de impartir los conocimientos doctrinarios fundamentales necesarios para que los indígenas recibieran el bautismo.

Tomemos pues un promedio de cincuenta jóvenes predicadores por convento y la primera cifra de cinco millones, así como esos "diez" años que transcurrieron entre 1525 y 1537, fecha esta última en que según Motolinía tenían ya doce conventos. Unos cálculos sencillos darán los siguientes resultados:

$$12 \times 50 = 600 \text{ jóvenes ayudantes, y}$$

$$5\ 000\ 000 \div 600 \div 10 \text{ años} = 833 \text{ (indios} \times \text{año)}$$

Si se toman ahora las cifras mayores de Motolinía, o sean los nueve millones, y los quince años citados (1525-1540), pero aumentamos a mil los catequistas, el resultado es mejor pues la catequización se reduce a menor número de indios:

$$9\ 000\ 000 \div 1\ 000 = 9\ 000 \div 15 = 600$$

Los cálculos anteriores proporcionan una idea cercana a lo que pudo ocurrir, y las cifras indican un problema que pudo ser resuelto mediante la ayuda que recibieron los frailes de los jóvenes que se educaban en los monasterios, puesto que los dos o tres misioneros en cargados de la doctrina, no podían bastarse a sí mismos. Este pudo ser el camino utilizado para propagar la doctrina. De igual modo se destruyeron la infinidad de templos e ídolos de las deidades, como los de Tezcoco donde, según lo dice Motolinía

"había los más y mayores teocallis o templos del demonio y más llenos de ídolos y muy servidos de papas y ministros", (29) demolición que se realizó aquella noche del primer día del año de 1525. Pero esto no fue todo, porque de allí se obtuvieron los materiales para la construcción de las iglesias, como aparece en el siguiente párrafo:

*Yendo la cosa adelante, para hacer las iglesias comenzaron a echar mano de sus teocallis para sacar de ellos piedra y madera, y de esta manera quedaron desollados y derribados; y los ídolos de piedra, de los cuales había infinitos, no sólo escaparon quebrados y hechos pedazos, pero vinieron a servir de cimientos para las iglesias: y como había algunos muy grandes, venían lo mejor del mundo para cimiento de tan grande y santa obra... (30)*

Antes de proseguir con el examen de otros aspectos de la educación monástica, será necesario traer nuevamente a colación un aspecto poco investigado y sujeto a discusiones o controversias, porque la aportación histórica es poco clara aunque frecuente. Cuando los historiadores hablan de la educación conventual y de los trabajos que realizaron ayudados por los indígenas, casi siempre emplean la palabra niños: de cuando en cuando aplican el término de muchachos y más raramente se refieren a los hombres, o bien dejan el asunto indeterminado. Mas parece poco probable que los niños hubiesen sido lo suficientemente fuertes para destruir esos teocalis de que hablan los historiadores. Por tanto es muy posible que en esta destrucción hayan intervenido jóvenes un poco mayores que un niño y aún algunos hombres ya convencidos, para derribar las construcciones prehispánicas.

Por otra parte, hemos reiterado que los primeros informes recogidos por los franciscanos acerca de la vida y pensamiento religiosos ancestrales, provino de los muchachos grandecillos y

no de los niños que ya no alcanzaron a educarse en las escuelas prehispánicas, por ser demasiado pequeños en el momento de la invasión española. Este desconocimiento de los misioneros hacia lo indígena fue un obstáculo que tenían que vencer en el menor tiempo posible para implantar la fe cristiana. Por esta razón, trataremos de examinar este problema porque nos parece de fundamental importancia.

Ansiosos como estuvieron los frailes de realizar su misión, en el principio debieron recoger a niños, jóvenes y adultos en las escuelas rudimentarias (1524-1525), pero de los adultos pronto se decepcionaron, porque como dice Motolinía *"a ellos les era gran fastidio oír la palabra de Dios, y no querían entender en otra cosa sino en darse a vicios y pecados, dándose a sacrificios y fiestas...y dando de comer a los ídolos de su propia sangre"* (31). En cambio no hubo mayor problema con los niños, cuyo convencimiento fue sencillo por no estar mayormente "inficionados" de los ritos idolátricos, pero ¿qué ocurrió con los mozos de mayor edad y que tendrían en aquel periodo, entre los catorce a los veinte años de edad?

Puede uno pensar en que el convencimiento no fue sencillo, pero algo debieron conseguir los evangelizadores, y por esta razón en las crónicas se leen esas diferentes designaciones ya citadas y discutidas: mozos, muchachos grandecillos, mancebos; si no hubiesen existido, no tenía caso que los historiadores emplearan estos términos y debe aceptarse entonces su existencia en las escuelas y el papel que desempeñaron es parte de la clave para comprender una labor trascendente, con lo cual cobra veracidad lo

que dijo Sahagún cuando expresó que los que vivían "dentro de casa", ayudaron mucho más. Participa de esta misma opinión Motolinía, aunque emplee la palabra niños en lugar de otra en el siguiente párrafo, en el que subrayamos algunas palabras:

*Estos niños que los frailes criaban y enseñaban, salieron muy bonitos y muy hábiles, y tomaban bien la doctrina que enseñaban a otros muchos; y además ayudaban mucho, porque descubrían a los frailes los ritos e idolatrías, y muchos secretos de las ceremonias de sus padres, lo cual era gran materia para confundir y predicar sus errores y ceguedad en que estaban.*  
(32)

De lo anterior se desprende un hecho de profunda significación, relacionado con el asunto que estudiamos acerca de que los "niños" fueron los primeros informadores de los frailes. Y no es mera coincidencia que tanto Sahagún como Motolinía, afirmen esta misma idea, pues como se dijo antes, el informe sobre la celebración de un acto ceremonial externo no tenía mayor profundidad ni se necesitaba saber los misterios de la religión prehispánica. En cambio, lo sorprendente está en que esos muchachos (Sahagún) o niños (Motolinía), supieran ya de los secretos que daban pie a los evangelizadores para "confundir y predicar" en contra de los "errores y ceguedad" en que vivían los indígenas.

Por estas razones escritas de manera tan clara por los historiadores, es por lo que pensamos en que a las escuelas monásticas ingresaron jóvenes que habían iniciado sus estudios en las escuelas de los calmécac, y por tanto, estaban en posesión de esos secretos y "mucho lumbre" que aprovecharon los frailes para normar las actividades de sus escuelas y de la evangelización. Estos informes, como aparece en el párrafo citado, repercutieron en contra de los viejos sacerdotes al ver violada la doctrina de

todo aquello que habían atesorado en el transcurso del tiempo. A su vez, también fue natural que reaccionaran en contra de aquellos que habían traicionado a sus antiguas deidades, y de ello da cuenta Sahagún en la forma siguiente:

*Fue tan grande el temor que toda aquella gente popular cobró de estos muchachos que con nosotros se criaban, que después de pocos días no era menester ir con ellos, ...que enviando diez o veinte prendían y ataban a todos...y los traían al monasterio...y de esta manera se destruyeron las cosas de la idolatría...que nadie en público...osaba hacer nada...de idolatría...[mas] porque [esos jóvenes] nos decían las cosas que hacían sus padres...siendo ya bautizados, y por ello los castigabamos, [a ellos] los mataban sus padres y [a] otros los castigaban reciamente...[a] rastrear [a] los que las hacen para saber quién fue el [joven] que dio la noticia de aquello que se reprendió en el púlpito, y casi siempre caen con la persona, y los castigan malamente... (33)*

Mayor claridad no es posible pedirla, con lo cual queda confirmada la idea propuesta anteriormente; mas para comprender mejor cómo fue que esos jóvenes supieron ya esos "muchos secretos" a que se refirió Motolinía, o a la mucha lumbre recibida por los misioneros según lo ha relatado Sahagún, convendría recordar nuevamente la tabla insertada en el capítulo anterior y que, para comodidad del lector repetiremos adelante en forma más amplia, porque ayudará a corroborar que el ingreso al calmécac se hizo a los cinco años, edad que a poco tiempo de empezar sus tareas, los frailes escogieron igualmente para recoger a los niños en sus monasterios. Pero está claro que a esta edad, esos pequeños habían nacido a raíz de la caída de Tenochtitlan en 1521, y los ligeramente mayores, apenas si podían tener algunos conocimientos religiosos. Por esta razón fue que escogieron a jovencitos que tenían un poco más de doce o trece años hacia 1526, porque habían iniciado sus

estudios entre 1518 y 1519, conforme podrá verse en la hilera correspondiente a dichas fechas (sentido horizontal y vertical de la tabla). Conforme pasó un poco más de tiempo, y animados por los progresos que debieron hacer los misioneros en el dominio de la lengua náhuatl, considero que desde mediados de 1526 se estableció ya la plena comunicación con los indígenas, según podría confirmarlo la noticia de que el primer matrimonio cristiano se celebró el 14 de octubre de dicho año, en la persona de don Hernando de Pimentel, descendiente directo de Nezahualpilli, según los informes de Motolinía, Mendieta y Torquemada ya citados. (34)

Este acto reviste cierta importancia porque Hernando Pimentel, fue una persona de origen noble, que se educó en la escuela conventual de Tezcoco; por otra parte, el influjo de tal matrimonio sobre el pueblo debió ser decisivo, por estar acostumbrado a imitar el ejemplo de los miembros del estrato superior de la sociedad. Además, aunque no se indique su edad pensamos que era bastante joven pues fue admitido en la escuela monástica; creo, por ello que no debió sobrepasar los dieciocho a veinte años. Para comprender lo que esto significó, bastará recorrer la hilera (sentido horizontal) del año de 1526 y buscar la edad en el lado derecho de la columna del grupo de cuatro números separados por un guión. Como el máximo periodo de estudios pudo ser el de quince años, bastará leer de izquierda a derecha hasta encontrar las edades de dieciocho a veinte años, en el supuesto caso de que esa hubiera sido la edad de Hernando. De esta manera, aparecen los números 7 y 9 marcados con un círculo para señalar los años de estudio que pudo realizar el joven Hernando Pimentel, periodo en

modo alguno despreciable; pero si fuera menor al máximo de nueve que aquí aparece (para una edad de veinte) o la de siete (para las de dieciocho) se puede pensar que, de todas maneras, con unos tres o cuatro años de estudio, los jóvenes de 14 y 15 respectivamente, todavía podían haber adquirido un grado de conocimientos religiosos útiles e importantes para los frailes.

TABLA PARA MOSTRAR EL INFLUJO DE LA EDUCACION  
PREHISPANICA Y LA EDAD EN LAS LABORES DE LOS FRAILES

	1505	1506	1507	1508	1509	1510	1511	1512	1513	1514	1515	1516	1517	1518	1519	1520
1506	1-6															
1507	2-7	1-6														
1508	3-8	2-7	1-6													
1509	4-9	3-8	2-7	1-6												
1510	5-10	4-9	3-8	2-7	1-6											
1511	6-11	5-10	4-9	3-8	2-7	1-6										
1512	7-12	6-11	5-10	4-9	3-8	2-7	1-6									
1513	8-13	7-12	6-11	5-10	4-9	3-8	2-7	1-6								
1514	9-14	8-13	7-12	6-11	5-10	4-9	3-8	2-7	1-6							
1515	10-15	9-14	8-13	7-12	6-11	5-10	4-9	3-8	2-7	1-6						
1516	11-16	10-15	9-14	8-13	7-12	6-11	5-10	4-9	3-8	2-7	1-6					
1517	12-17	11-16	10-15	9-14	8-13	7-12	6-11	5-10	4-9	3-8	2-7	1-6				
1518	13-18	12-17	11-16	10-15	9-14	8-13	7-12	6-11	5-10	4-9	3-8	2-7	1-6			
1519	14-19	13-18	12-17	11-16	10-15	9-14	8-13	7-12	6-11	5-10	4-9	3-8	2-7	1-6		
1520	15-20	14-19	13-18	12-17	11-16	10-15	9-14	8-13	7-12	6-11	5-10	4-9	3-8	2-7	1-6	
Interrupción de las labores en las escuelas prehispánicas: 1520 o 1521																
1521	15-21	14-20	13-19	12-18	11-17	10-16	9-15	8-14	7-13	6-12	5-11	4-10	3-9	2-8	1-7	0-6
1522	15-22	14-21	13-20	12-19	11-18	10-17	9-16	8-15	7-14	6-13	5-12	4-11	3-10	2-9	1-8	0-7
1523	15-23	14-22	13-21	12-20	11-19	10-18	9-17	8-16	7-15	6-14	5-13	4-12	3-11	2-10	1-9	0-8
1524	15-23	14-23	13-22	12-21	11-20	10-19	9-18	8-16	7-16	6-15	5-14	4-13	3-12	2-11	1-10	0-9
Llegada de los primeros doce franciscanos: 1524, inicio del conocimiento de la lengua náhuatl																
1525	15-25	14-24	13-23	12-22	11-21	10-20	9-19	8-18	7-17	6-16	5-15	4-14	3-13	2-12	1-11	0-10
1526	15-26	14-25	13-24	12-23	11-22	10-21	9-20	8-19	7-18	6-17	5-16	4-15	3-14	2-13	1-12	0-11
Aprendizaje del náhuatl e inicio de la evangelización en forma organizada: 1526-1527																
1527	15-27	14-26	13-25	12-24	11-23	10-22	9-21	8-20	7-19	6-18	5-17	4-16	3-15	2-14	1-13	0-12
1528	15-28	14-27	13-26	12-25	11-24	10-23	9-22	8-21	7-20	6-19	5-18	4-17	3-16	2-15	1-14	0-13
1529	15-29	14-28	13-27	12-26	11-25	10-24	9-23	8-22	7-21	6-20	5-19	4-18	3-17	2-16	1-15	0-14
1530	15-30	14-29	13-28	12-27	11-26	10-25	9-24	8-23	7-22	6-21	5-20	4-19	3-18	2-17	1-16	0-15
1531	15-31	14-30	13-29	12-28	11-27	10-26	9-25	8-24	7-23	6-22	5-21	4-20	3-19	2-18	1-17	0-16
1532	15-32	14-31	13-30	12-29	11-28	10-27	9-26	8-25	7-24	6-23	5-22	4-21	3-20	2-19	1-18	0-17
1533	15-33	14-32	13-31	12-30	11-29	10-28	9-27	8-26	7-25	6-24	5-23	4-22	3-21	2-20	1-19	0-18
1534	15-34	14-33	13-32	12-31	11-30	10-29	9-28	8-27	7-26	6-25	5-24	4-23	3-22	2-21	1-20	0-19
1535	15-35	14-34	13-33	12-32	11-31	10-30	9-29	8-28	7-27	6-26	5-25	4-24	3-23	2-22	1-21	0-20
1536	15-36	14-35	13-34	12-33	11-32	10-31	9-30	8-29	7-28	6-27	5-26	4-25	3-24	2-23	1-22	0-21

Fundación de la escuela de Santa Cruz de Tlatelolco: 1536

La primera cifra, antes del guión, indica los años de estudio; la segunda, la edad del estudiante.

Basados en lo que dicen Durán, Sahagún y Motolinía, (35) acerca de la excelencia de la educación indígena, se puede afirmar que fue muy diferente de la europea, ya que ésta no comprendía, por ejemplo, la enseñanza "escolarizada" del arte como sí la hubo en los calmécac, en los que el aprendizaje estuvo bien graduado, de acuerdo con la aplicación y las aptitudes de los alumnos, según se ha visto en el capítulo anterior.

De este modo fue como adquirieron esa habilidad que causaría el "asombro" y el "espanto" de los frailes y de los conquistadores. Entre esos estudios debió estar asimismo la "escritura" por medio de figuras y caracteres, el manejo de los colores y su preparación, etcetera, y no digamos de la pintura mural, aunque ningún historiador se refiera a ella de manera específica. Pero no debe olvidarse que el arte y la religión estuvieron íntimamente ligados, formando un todo inseparable, dadas las condiciones del desarrollo de la sociedad indígena. Bastará recordar que la décimocuarta norma del calmécac, conservada en la obra de Sahagún indica claramente que los sacerdotes:

*les enseñaban [a los estudiantes] todos los versos del canto, para cantar, que se llamaban divinos cantos, los cuales versos estaban escritos en sus libros por caracteres; y más les enseñaban la astrología indiana, y las interpretaciones de los sueños, y la cuenta de los años. (37)*

A estas materias, fray Diego Durán agrega el aprendizaje de la historia, el linaje de los señores, las guerras y victorias, así como las artes mecánicas y eclesiásticas "de todo lo cual tenían grandes y hermosos libros por donde les enseñaban." Y puede admitirse que todo esto no solamente aprendieron a leerlo sino, también a representarlo, porque de otra manera se perderían los

conocimientos y la tradición sacerdotal y cultural de *El pueblo del Sol*, como atinadamente llamó Alfonso Caso a los Aztecas. (38)

Si los hechos ocurrieron en la forma que se ha planteado, se comprenderá cómo los misioneros pudieron adquirir la información que tanta falta les hizo para combatir la idolatría. Pero es igualmente obvio que no se conformarían con la conversión de los jóvenes, sino que tratarían por todos los medios de conseguir la de los adultos, especialmente la de los sacerdotes. Armados de una paciencia infinita y de una tesonera insistencia, trabajaron árdamente con ellos; y ya citamos cómo Motolinía consiguió que un maestro de Tezcoco le ayudara para leer los códices, por medio de los cuales logró realizar buena parte de su importante obra histórica. También referimos cómo algunos de los sacerdotes convertidos, sincera o superficialmente, recibieron el reproche de los que permanecían aferrados a sus creencias.

Por esta misma razón se tiene que aceptar que aquellos hombres principales y ancianos que ayudaron a Sahagún en Tepeapulco y en otros lugares para informarle de sus antiguallas, tuvieron que ser hombres que se habían educado largos años para informarle tan concienzudamente.

Creo que con el examen realizado hasta este momento no queda duda acerca del influjo que tuvo la educación prehispánica en la mente y en el ánimo de los evangelizadores, y que se reflejó no sólo en la educación conventual sino en muchos otros aspectos de la evangelización, uno de los cuales habremos de estudiar en seguida, para mostrar cómo, también, se sirvieron del método audiovisual para educar a los indígenas en lo cristiano.

- 1 Ricard, *La conquista...*; Gómez Canedo, *Evangelización...*  
Kobayashi, *La evangelización como conquista*; Reyes-Valerio,  
*Arte ladocristiano*.
- 2 Motolinía, *Memoriales*, 35.
- 3 *Ibiden*, 34-36.
- 4 *Ibiden*, 40-41.
- 5 Sahagún, *Historia*, (VI, XL), 404.
- 6 *Ibiden*, (X, LXXVIII), 582.
- 7 *Ibiden*, (X, LXXVIII), 580.
- 8 *Ibiden*, (X, Introd.), 538.
- 9 *Ibiden*, (X, LXXVIII), 578.
- 10 *Ibiden*, (X, LXXVIII), 580.
- 11 *Ibiden*, (X, LXXVIII), 578.
- 12 *Ibiden*, (X, LXXVIII), 580.
- 13 *Ibiden*, (X, LXXVIII), 581.
- 14 *Ibiden*, (X, LXXVIII), 580.
- 15 *Ibiden*.
- 16 Motolinía, *op.cit.* 115-120; Mendieta, *Historia*, 248;  
Torquemada, *Monarquía*, III, 33.
- 17 Motolinía, *op.cit.*, 202.
- 18 *Ibiden*, 115-116.
- 19 *Ibiden*, 116.
- 20 Mendieta, *op.cit.*, 221.
- 21 Motolinía, *op.cit.*, 122.
- 22 Borah, *El siglo de la depresión*, 17. Esta obra es de 1944.  
En 1963, el autor junto con Cook, aumentaron la cifra a veinticinco millones de indígenas. *Iberoamericana*, No. 45.
- 23 Mendieta, *op.cit.*, 275.
- 24 Borges Mcrán, *El ensayo de misioneros...*, 481-483.
- 25 Motolinía, *op.cit.*, 122.
- 26 *Cartas de Indias*, 141-142.
- 27 Mendieta, *op.cit.*, 221; Torquemada, *op.cit.*, III, 66.
- 28 Motolinía, *op.cit.*, 34.
- 29 *Ibiden*, 35.
- 30 *Ibiden*, 35.
- 31 *Ibiden*, 32.
- 32 *Ibiden*, 31.
- 33 Sahagún, *op. cit.*, (X, LXXVIII), 582.
- 34 Motolinía, *op. cit.*, 146; Mendieta, *op. cit.*, 297; Torquemada, *op. cit.*, t. III, 210.
- 35 Durán, *op. cit.*, I, 191. Sahagún, *op. cit.*, (VI, XL), 403.  
Motolinía, *op.cit.*, 235-236.
- 36 Sahagún, *op. cit.*, (III, VIII), 214.
- 37 Durán, *op. cit.*, I, 191.
- 38 Caso, *El pueblo del Sol, pasión*.

## CAPITULO V

## LA EDUCACION POR MEDIO DE IMAGENES Y LOS CICLOS PICTORICOS

El estudio de las pinturas murales realizadas en los conventos franciscanos, dominicos y agustinos del siglo XVI, se presta a varias reflexiones, pero la más importante y la única de la que nos ocuparemos en este capítulo, tiene que ver con el por qué o para qué se pintaron las diversas escenas religiosas, representadas en los muros de las dependencias conventuales y en el interior del templo. Es indudable que los evangelizadores no ordenaron su ejecución por un mero capricho; tal vez siguieron una tradición bastante conocida en España y en Europa durante el periodo románico en el cual, los grandes monasterios estuvieron intensamente ornamentados con temas religiosos policromados. Es posible, por tanto, que esa tradición haya influido, pues en años recientes se han hallado algunas pinturas monocromas en unos conventos mendicantes de la zona andaluza y en otros de Castilla la Vieja, con escenas que guardan un parentesco muy cercano con las obras novohispanas, aunque no podamos hablar de ellas, pues son objeto de una tesis de doctorado. Las noticias de estas pinturas así como unas fotografías de ellas, me fueron proporcionadas por mi querido amigo, el doctor Enrique Marco Dorta, fallecido recientemente.

Respecto a la función que desempeñaron los murales mexicanos durante el periodo de la evangelización, se han emitido ya algunas proposiciones que, en esencia se circunscriben a su empleo para enseñar la doctrina cristiana y don Manuel Toussaint escribió que *"la pintura se usó con gran abundancia en los primeros*

tiempos para predicar a los indios", (1) pero también consideró que los indígenas necesitaban ser atraídos por los monasterios que construyeron bajo la dirección de los misioneros: "era indispensable que los nuevos templos fueran atractivos, que llenasen la imaginación de los indios y por ningún motivo fuesen inferiores en esplendor a los teocallis que aún por muchos sitios se veían". (2) Datan estas opiniones de 1934 y a partir de entonces se han conservado estas ideas en los escritos de varios historiadores, puesto que son del todo razonables.

George Kubler en su excelente estudio en torno a la arquitectura novohispana del siglo XVI, dedicó un extenso capítulo a la escultura y a la pintura, y respecto a ésta, opina que hubo una diferencia funcional y será necesario distinguir:

*entre las pinturas realizadas para enseñar al pueblo (public edification), como las de los templos, las capillas y las portadas; y las que sirvieron a los frailes para orar y meditar ante ellas y que se hicieron en las dependencias conventuales, los corredores y en las sacristías. (3)*

Persiste en el autor la idea de la aplicación didáctica, aunque señala cierta diferencia entre unas pinturas y otras. No me parece necesario abundar en las opiniones de otros historiadores dada la semejanza de ideas en todos ellos.

Por mi parte, comparto la opinión de que, efectivamente, esta fue la función de la inmensa iconografía representada en los conventos, pero es necesario fundamentarla, puesto que resulta fácil decir que, dados los temas pintados en los muros, tal y tal puede ser el papel desempeñado, pero sin aportar las pruebas históricas para comprobar este hecho. La solución, por fortuna, está señalada en algunas de las obras escritas por los frailes mendicantes y

por el análisis de ciertos pasajes se puede llegar a una conclusión válida; incluso es factible pensar que sin la educación por medio de las imágenes, la conversión deseada por los misioneros hubiera sido más difícil.

Aparte de esto, examinaremos otro problema interesante, pues consideramos que con todo y que haya existido en la mente de los frailes la tradición española de las pinturas conventuales, hubo o pudo haber por lo menos otros dos hechos importantes que reforzaron aquella acerca de su empleo didáctico. El primero, lo hemos indicado ya anteriormente y consiste en que los evangelizadores al tener que estudiar los diversos aspectos de la religión y de la cultura prehispánicas, especialmente en el campo de la educación, hallaron que los indígenas tenían muchos siglos de utilizar las "figuras y caracteres" para conservar la memoria de los sucesos más importantes de su vida, y que tal sistema era aplicado por los maestros-sacerdotes en los *calmécac*. Por tanto, es lógico entonces aceptar que esta otra tradición educativa audiovisual haya influido en el ánimo de los misioneros para implantar un sistema conocido ya por sus feligreses.

El segundo hecho está íntimamente relacionado con el primero y con otros aspectos del desarrollo de la vida novohispana: las pinturas, por necesidad, tuvieron que realizarse en una época bastante temprana de la conversión, porque pensar lo contrario es olvidar que los misioneros no podían desperdiciar un tiempo para ellos en extremo precioso; treinta o cuarenta años más tarde de poco les hubieran servido las escenas religiosas. Trataré en seguida de aportar las pruebas históricas que fundamentan estas dos

ideas así expuestas.

Al examinar la obra de fray Toribio de Benavente Motolinía hay algunas líneas en las que de una manera velada en algunos casos o directa en otros, se alude a la importancia y a la función que tuvieron las imágenes en las predicaciones de los primeros misioneros. Así, cuando el autor narra lo ocurrido en los albores del trabajo de los franciscanos dice así "Ya que los predicadores comenzaban a soltar algo en la lengua y predicaban sin libro", indica cómo trataron de enseñar a los indígenas la esencia de la doctrina cristiana, quien era Dios, cual fue la misión de Jesucristo en la tierra, y la de la Virgen. Empero como los indios apenas si medio entendían las cosas, tuvieron que insistir para aclarar las confusiones y continúa del siguiente modo:

*fue menester darles también a entender quien era Santa Maria, que hasta entonces solamente nombraban María, o Santa María, y diciendo este nombre pensaban que nombraban a Dios y tal todas las imágenes que veían llamaban Santa María. Ya esto declarado y la inmortalidad del ánima, dábales a entender quien era el demonio en quien ellos creían, y cómo los traía engañados... lo cual oyendo muchos que tomaron tanto espanto y temor, que temblaban de oír lo que los frailes les decían... (4)*

Al decir el historiador que los indios veían ciertas imágenes se puede pensar, por tanto, que los frailes se las mostraban, aunque no diga qué clase de figuras eran las que empleaban; si eran los grabados que traían los libros o aquellos primeros lienzos de que hablan Mendieta y Torquemada, por ejemplo. Sin embargo, parece poco probable que en esos primeros años de predicación se hubieran podido pintar obras bien elaboradas. Respecto a los óleos, es también difícil aceptar que los tuvieran, pero podría pensarse en ellos. Mas no en los murales, pues por lo que ha dicho

respecto a que apenas empezaban a soltar algo en la lengua, podría conjeturarse que estos hechos ocurrieron entre 1525 a 1526. En otro párrafo, no del todo claro, nos sitúa Motolinía en este mismo lapso:

*Los dos primeros años, poco salían [los frailes] del pueblo adonde residían, así por saber poco de la tierra y de la lengua, como por tener bien en que entender adonde residían. El tercero año, comenzaron en Tezcucó de se ayuntar [los indios] cada día para deprender la doctrina cristiana; y también vino gran copia de gente a el bautismo y como la provincia de Tezcucó era muy poblada de gente en el monasterio, y fuera no se podían ni dar a manos [los frailes], porque se bautizaron muchos de Tezcucó y Huexuzincla [Huejotzingo], Coathinchan [Coatlínchan] y de Coatepec... (5)*

Menciona también aquí un tercer año que puede ser el de 1527, como en esta fecha se bautizaron muchos indígenas, esto es señal de que ya se había establecido una comunicación aceptable, pues el sacramento no se concedía a los mayores sin que éstos supieran lo fundamental de la doctrina, a menos que se refiriera exclusivamente a los niños muy pequeños ya que a éstos no se les exigía tanto; sin embargo, parece hablar ya de adultos. Por otra parte, este tercer año de que habla el cronista marca ya el inicio organizado de la gran campaña evangelizadora.

El siguiente paso, aparte del aprendizaje por repetición de la doctrina, no lo relata Motolinía sino Mendieta con las siguientes palabras, de las que se subrayan algunas de ellas porque tienen cierta trascendencia, conforme se comentará adelante:

*algunos [frailes] usaron un modo de predicar muy provechoso para los indios, conforme al uso que ellos tenían de tratar todas sus cosas por pintura. Y era de esta manera, hacían pintar en un lienzo los artículos de la fe, en otro los diez mandamientos de Dios, en otro los siete sacramentos, y lo demás de la doctrina cristiana. Y cuando el predicador quería predicar los mandamientos, colgaba el lienzo... junto a él, de manera que con una vara de las que traen los alguaciles pudiese ir señalando la parte que quería... (6)*

No es difícil que el padre Mendieta haya tomado esta información del propio Motolinía, aunque no se encuentre en la obra de este autor. Aparte de esto, lo que interesa señalar ahora es el influjo de una costumbre prehispánica adaptada a la actividad de los misioneros y en la que resalta el empleo de la pintura para enseñar los fundamentos cristianos a los indígenas, conforme se advierte en las palabras subrayadas. Es igualmente claro que este hecho sólo pudo ocurrir una vez que los frailes supieron cómo esos jóvenes habían aprendido determinados conocimientos, o sea por haberlos visto pintados en los códices que manejaban en sus escuelas ancestrales y por medio de los cuales se les enseñaba.

Por otra parte, algunos investigadores consideran que fue fray Jacobo de Testera quien introdujo o inventó los lienzos pintados con los fundamentos doctrinarios arriba mencionados, aunque para ello no haya más fundamento que lo dicho por Mendieta quien, por cierto, no afirma tal cosa, sino solamente que:

*...como no pudiese [Testera] tomar tan breve como él quisiera la lengua de los indios para predicar en ella, no sufriendo su espíritu dilación...dióse a otro modo de predicar por intérprete, trayendo consigo en un lienzo pintados todos los misterios de nuestra santa fe católica, y un indio hábil que en su lengua les declaraba a los demás todo lo que el siervo de Dios decía con lo cual hizo mucho provecho entre los indios...* (7)

En ningún momento señala el autor que Testera haya sido el primero en utilizar este sistema de enseñanza sino, simplemente, que se "dio a otro modo de predicar", acaso empleando lo que ya estaba en uso. Quizás el responsable de los equívocos que han ocurrido respecto a la primacía de Testera, ha sido fray Agustín de Vercanturt por la interpretación errónea que hizo de lo dicho por el padre Mendieta, pues al referirse a Testera en su menologio del

día 8 de agosto, cambia unas palabras y dice que fue dicho fraile quien "hizo pintar los misterios de nuestra Santa Fe, y llevaba un indio hábil que enseñaba lo que el siervo de Dios iba declarando..." (B), con lo cual cambia totalmente el sentido de los hechos. Por otra parte, fray Jacobo de Testera llegó en la barcada que trajo fray Antonio de Ciudad Rodrigo en 1529, según lo dice el propio Mendieta, o sea después de unos cuatro años de que la evangelización se había iniciado y se encontraba en una etapa bastante avanzada, si se toman en cuenta los hechos de que hablan los historiadores franciscanos.

Ahora bien, el empleo de los lienzos pintados nos presenta un problema interesante aunque de solución difícil, ya que no hay referencia alguna que asigne su invención o su adopción a un autor, ni tampoco la fecha en que esto ocurrió, de allí que no sea fácil determinar de donde surgió la idea de utilizar este sistema. No es probable que se haya originado en España, puesto que lo hubiera dicho alguno de los historiadores. Por el contrario, y como lo dijimos anteriormente, este nuevo modo de predicar por pinturas, salió como consecuencia del conocimiento que los primeros franciscanos como Gante, Valencia, Fuensalida, Motolinía o alguien más, tuvieron del sistema educativo indígena, pues entre 1526 a 1529, se habían podido enterar de varias de las costumbres de los naturales y de sus indudables ventajas sobre el sistema educativo español que ellos conocían, por lo cual no dudaron en adoptarlo.

Hemos tratado de investigar este tema en los dos autores más importantes que escribieron sobre las costumbres de los indios sin mucho éxito. Pero hay unas cuantas líneas en la obra de fray

Diego Durán que quizás podrían ayudarnos para descifrar una parte de este problema, pues el autor escribe precisamente sobre algo parecido cuando relata las celebraciones realizadas por los "caballeros águilas y caballeros tigres" en su templo del sol, y quienes empleaban unos "lienzos" pintados:

*En lo alto de este templo había una pieza mediana...junto a un patio...[y] A un lado de este patio estaba esta pieza que digo, en la cual, sobre un altar, estaba colgada en la pared una imagen del sol, pintada de oíncel en una manta, la cual figura era de echura de una mariposa, con sus alas, y a la redonda de ella, un cerco de oro, con muchos rayos y resplandores que de ella salían, estando toda la demás pieza muy aderezada y galana... (9)*

Lo anterior muestra que los indígenas usaban lienzos, en este caso, de manta, según lo indica el autor, los cuales estaban colgados de la pared y pintados pero no se sabe si alguno de los franciscanos alcanzó a verlos y de allí nació la idea de utilizar el método. No es posible aceptar ni negar el influjo que este hecho pudo tener en los misioneros; tampoco hemos hallado otra noticia en la que se hable de lienzos pintados y colgados. Posiblemente no fue esta la única ocasión que se utilizaron tal y como lo describe Durán, aunque no mencione su fuente, pues solamente asienta "lo cual queda dicho lo mejor que he podido sacar del frasis indiano". (10)

Analicemos ahora otras palabras de Motolinía referidas al inicio de las confesiones de los indios y que dicen así:

*Comenzóse este sacramento de la penitencia...en el año de mil y quinientos y veintiséis...en la provincia de Tezcucó. Al principio y algunos imperfectamente y poco a poco iban desperdando...y así andando el tiempo confiesan distinta y enteramente sus pecados...otros confiesan por los mandamientos, diciendo en cada uno de ellos lo que ha ofendido, en lo cual van haciendo hábito de fe, y que traen delante de sus ojos los mandamientos de Dios, pues por cada uno de ellos que quebrantó se acusa y pide perdón delante del vicario de Dios.... (11)*

Aunque en el párrafo no aparece la palabra lienzo, llama la atención que Motolinía relate que los indígenas se confesaban 'por los mandamientos' y sin que aclare si antes de celebrar este sacramento se había enseñado a los indios por medio de esas figuras pintadas del Decálogo que tanto han mencionado. Mendieta emplea parte de este párrafo de Motolinía, pero al llegar a la confesión por los Mandamientos agrega unas palabras que pueden confundirnos más todavía:

*"Unos los iban diciendo por los mandamientos, conforme al uso (que se les enseñaba) de los antiguos cristianos. Otros los traían pintados con ciertos caracteres, por donde se entendían y los iban declarando; porque ésta era la escritura que ellos antes en su infidelidad tenían, y no de letras como nosotros..."(12)*

No es fácil descifrar su mención de que a los antiguos cristianos se les enseñaba a confesar por medio de los Mandamientos, pues no sabemos si esos antiguos cristianos fueron los españoles viejos o los cristianos primitivos de la Iglesia. Respecto a que algunos indígenas llevaban sus pecados escritos por "caracteres", es algo que copió de Motolinía. (13) Sin embargo, fray Jerónimo de Mendieta no transcribe todas las palabras en las que fray Toribio dice que los indios "traían delante de sus ojos los mandamientos"; quizás con ello ambos autores se refirieron a que los indígenas reproducían los símbolos y figuras de las partes de la doctrina que se les mostraban en los lienzos que se utilizaron en el principio de la evangelización. Dejaremos así este otro problema porque de ello no hay mayor información; quizás pueda resolverse cuando se descubra algún otro documento, o la obra original del padre Motolinía.

Más categórico en el sentido de que las imágenes fueron emplea-

das para predicar la fe cristiana a los indígenas es fray Diego Valadés. Además, por la forma en que lo escribe, quiso indicarnos de dónde obtuvieron los modelos para dicha enseñanza. En su primera mención escribe que:

*Por medio de las imágenes que se nos imprimen de los pasajes de la Sagrada Escritural, podemos venir en conocimiento de lo que en ellas se encuentra. Por lo cual los religiosos, teniendo que predicar a los indios, usan en sus sermones de figuras admirables y hasta desconocidas para inculcarles con mayor perfección y objetividad la doctrina. Con este fin tienen lienzos en los que se han pintado los puntos principales de la religión cristiana...el cual invento es por lo demás muy atractivo y notable...el cual honor, con todo derecho, lo vindicamos como nuestro...[pues] fuimos los primeros en trabajar afanosamente por adoptar este nuevo método de enseñanza... (14)*

El análisis de las palabras anteriores indica lo siguiente:

- 1). Las imágenes provinieron de los grabados que tenían los libros tan utilizados por los misioneros. No creo interpretar mal su afirmación respecto a que ese algo que se "nos imprime", no puede ser otra cosa que los libros ilustrados con figuras.
- 2). Los evangelizadores franciscanos utilizaron las imágenes para "predicar" a los indios, e inculcar en ellos la doctrina.
- 3). Es aceptable que las figuras sean admirables pero ¿por qué desconocidas y para quién lo fueron? Seguramente que no para los franciscanos. Pero si con ello quiso indicar a los indios, o a frailes de las otras dos órdenes, es natural que no las conociesen al principio; sin embargo, no es del todo satisfactoria esta explicación; tampoco la de Valadés es clara.
- 4). Dice el historiador que los grabados fueron realizados en 'lienzos' pero no aclara lo que en aquella época se entendía por tal término, pues tanto significa un tramo de tela como la superficie de un muro. Sin embargo, por el sentido que parece haberle

dado a sus palabras podría deducirse que, en este caso, se refirió a esas "telas" primitivas en las que se pintaron los diversos temas doctrinarios.

5). Corresponde a los franciscanos, la primacía de haber empleado las imágenes para enseñar a los indígenas.

6). Cuando Valadés afirma que fueron ellos quienes por primera vez adoptaron ese nuevo método de enseñanza el sentido no es claro, porque caben por lo menos dos posibilidades, a) que la adopción significa que la tomaron del sistema educativo español, y b) que nació por el influjo del método prehispánico. En cuanto a lo primero, parece muy inseguro, pues los historiadores no refieren que este sistema existiera ya en su España natal. Respecto de lo segundo, tanto Valadés como sus antecesores y compañeros se mostraron sorprendidos al observar la eficiencia de la educación indígena, y, por ello, en varias ocasiones relatan haber adoptado ese método de educar por figuras "según el uso que ellos tenían". Se puede afirmar, por tanto, que ese nuevo método de enseñanza al que se refiere Valadés, provino de uno creado por los indígenas y adaptado a las necesidades de la evangelización. De esta manera, ciertas figuras inspiradas en los libros o imaginadas ante la necesidad de hacer más clara la comprensión de la doctrina, se pintaron sobre tela o en papel de amate, y, más tarde, los grabados se reprodujeron en los muros de los monasterios. El ejemplo más importante acerca del uso de dicho material, son los murales que sobre papel de amate realizó el artista indígena Juan Gersón, en el convento franciscano de Tecamachalco, Puebla.

En otra parte de su obra, cuando habla del cultivo de la memoria

agrega el autor que el mejor sistema es el practicado por los indígenas, pues como carecían de letras "utilizaban ciertas figuras e imágenes. [que] Suelen grabarlas en lienzos de seda [sic], o en papel poroso, hecho de hojas de árboles. (15) No se sabe que se haya utilizado la seda, material tan raro y costoso en esa época; y respecto del papel hecho con hojas de árboles, debe referirse al de amate pero éste no se hacía con las hojas, sino con la corteza. Afirma también que en su tiempo los nativos continuaban usando "los caracteres y figuras...en el comercio y en los negocios", (16) a pesar de que muchos ya sabían escribir.

Una mención fundamental de Motolinía en torno al método audiovisual, se relaciona con el problema del matrimonio entre los indígenas porque era un quebradero de cabeza para los frailes, a causa de la poligamia practicada por los miembros del estrato superior de la sociedad. Movidos por tan arduo problema varios misioneros se dedicaron a estudiar y discutir las instituciones prehispánicas, en especial su "matrimonio", al que Motolinía dedica cinco largos capítulos que luego copiaron Mendieta y Torquemada, con algunas variaciones. Afortunadamente estamos en la posibilidad de fijar con cierta exactitud la época en que se iniciaron estas investigaciones. Según Torquemada, fray Toribio:

*súpulo muy de raíz y averiguadamente, porque con los demás primeros religiosos de aquellos tiempos, trabajaron con grande solicitud para saber los grados en que contraían su contrato natural matrimonio y para ver cómo debían proceder en el cristianísimo (17) [matrimonio].*

### La poligamia y el matrimonio cristiano

Por la importancia que tiene el problema de la poligamia, nos detendremos un poco en él, pues aparte de que involucra el empleo de las imágenes empleadas por los frailes para educar a los indios, también es verdad que esto ocurrió en fecha muy temprana, como ya se dijo y las investigaciones de Motolinía fueron fundamentales.

Mendieta y Torquemada refieren que a partir de 1524, Hernán Cortés y tres o cuatro "letrados" se "ayuntaron" con los franciscanos para discutir qué podía hacerse para erradicar la poligamia acostumbrada por los gobernantes y señores principales pero *"como faltaba la experiencia y la lengua de los indios...para hacer con ellos las averiguaciones que convenían no se resolvieron en cosa alguna"*. (18)

La situación continuó hasta *"que llegó a México el primero y buen obispo D. Fr. Juan de Zumárraga el año de veintiocho"* y de los alegatos surgió la opinión de que entre los indios no había casamiento. Sin embargo, *"los frailes que tenían experiencia de los indios...decían lo contrario, que los indios tenían legítimo matrimonio"*. (19) A pesar de estos conocimientos no se les concedió atención. Incluso se pidió consejo a España y a Roma para resolver el espinoso problema de la poligamia, pues a consecuencia de ella, los señores no se resignaban a tener una sola mujer, lo cual redundaba en perjuicio de los pobres que no hallaban con quien "se casar". Fruto de todas esas preocupaciones son pues esos cinco capítulos que destinó Motolinía para esclarecer el asunto y concluye que ha *"procurado e inquirido saber y poner*

aquí los ritos y ceremonias que...usaban acerca del matrimonio.. e no hay quien dubde, ni dudamos...que esta es infalible conclusión afirmativa". (20)

En más de tres ocasiones refiere haberlo investigado en Tezcoco, pero también en México, Michoacán, Tlaxcala, la Mixteca, así como entre los "otomís, pinoles y mazatecas". (21) Aunque queda fuera de nuestros propósitos analizar estos capítulos, hay un pequeño párrafo que es pertinente examinar porque induce a pensar que este esfuerzo lo realizó Motolinía durante su primera estancia como guardián del convento de Tezcoco a mediados de 1527 donde, según el estudio del doctor O'Gorman (22) permaneció hasta el 18 de abril de 1529, fecha en que pasó a ocupar el mismo cargo en el convento de Huejotzingo. Volvió nuevamente a Tezcoco unos ocho años más tarde y permaneció allí hasta el 15 de junio de 1539.

Sobre esta base, se puede creer que su investigación acerca del matrimonio debió realizarla durante su primera estancia, entre 1527-1529, puesto que la segunda época está ya muy distante y el problema de la poligamia no era asunto que admitiese dilación. Debe recordarse que la reunión con fray Juan de Zumárraga se realizó en 1528, y es probable que Motolinía debió estar presente en tan importante junta. Según lo dice él mismo, el primer matrimonio cristiano se realizó el 14 de octubre de 1526 precisamente en esta ciudad en la persona de don Hernando de Pimentel, hermano del señor de Tezcoco. Aunque relata esta celebración no se incluye entre los presentes y el doctor O'Gorman (22 bis) conjetura que su presencia pudo ser posible, dada la solemnidad del primer matrimonio novohispano celebrado en la persona de un indio.

Como consecuencia del problema anterior, en otra parte de su libro, fray Toribio escribe cómo educaron a los indígenas por medio de una imagen del "árbol de la consanguinidad" pintado ya sobre tela o en papel de amate o quizás en los muros conventuales. Esta imagen fue diseñada especialmente para que "los principales señores de esta tierra" tomaran conciencia del significado del matrimonio cristiano, pues entonces sólo se casaba a los "que se criaban en la casa de Dios". (23) Esta situación perduró unos tres o cuatro años después de la llegada de los franciscanos, o sea entre 1527-1528, según lo indica el mismo historiador.

Pero como ya se dijo, los evangelizadores no podían permitir un hecho que a sus ojos era bastante grave, pues hubo "algunos que tuvieron a ciento, ciento cincuenta y hasta doscientas mujeres, y para esto se robaban cuasi a todas las hijas de los principales...y así lo que a unos abundaba a otros faltaba", (24) provocando a los religiosos en gran perplejidad para dar medio o poner remedio en que principiase el matrimonio entre los viejos". (25) Para evitar esto se valieron de esa imagen del árbol de la consanguinidad y los frutos se empezaron a ver y "poco a poco, de cinco a seis años a esta parte [1529-1530], comenzaron algunos a dejar la muchedumbre de mujeres y repartir con sus criados y con otros. (26) Acerca del cómo se valieron de ese árbol lo dice el propio cronista en la siguiente forma:

Para no errar ni quitar a ninguno su legítima mujer, y para no dar a nadie, en lugar de mujer, manceba, había en cada parroquia quien conocía a todos los vecinos, y los que se querían casar venían con todos sus parientes...[y] era cosa de verlos venir, porque muchos de ellos traían un hato de mujeres e hijos como de ovejas, y despedidos los primeros venían otros indios que estaban muy instructos en el matrimonio y en el árbol de

*la consanguinidad y afinidad; a éstos llamaban los españoles, licenciados, porque lo tenían tan entendido como si hubieran estudiado sobre ello muchos años... (27)*

Desgraciadamente no se conserva un árbol de estos en convento alguno; pero el hecho es que existieron y así lo afirma fray Juan de Torquemada, cuando dice que alcanzó a ver todavía uno de ellos "que para los parentescos lo tenían pintado; y yo conocí uno en la capilla de San José, entre otras pinturas de los sacramentos". (28) Es extraño que Mendieta haya pasado por alto este asunto de tanta importancia, a pesar de haber copiado sustancialmente de su antecesor en lo que se refiere al matrimonio.

Un ejemplo muy elemental es la pequeña figurita de un arbusto que se encuentra en el tan difundido grabado de fray Diego Valadés acerca de la evangelización en el atrio en el que se alcanza a ver a un misionero que con una pequeña vara en la mano, señala el árbol al grupo de indígenas reunidos frente a él y Valadés explica el significado del siguiente modo:

*De este modo se instruye el examen de los que quieren contraer matrimonio. Los que se encuentran alrededor ocupan el lugar de testigos, quienes recorren el linaje de ambos, tanto por su línea ascendente como por la descendente, en el árbol del parentesco o consanguinidad. Este árbol lo tienen arreglado conforme a sus costumbres, y es una cosa digna de verse. (29)*

En la búsqueda de otros testimonios acerca del empleo de pinturas para educar a los indígenas, hallamos una mención en el Libro Once de fray Bernardino de Sahagún, quien refiriéndose a su trabajo como evangelizador (asunto que apenas trató ya que sus propósitos fueron otros), lo afirma así:

*Yo ha mas de cuarenta años que predico por estas partes de México, y en lo que mas he insistido y otros muchos...es en ponerlos en la creencia de la santa fe católica, por muchos caminos y tentando diversas oportunidades para esto, así por*

*pinturas como por predicaciones... probando con los adultos como con los pequeños...* (30)

Aunque no aclara que tipo de pinturas utilizó, no es ilógico pensar que pudieron ser tanto los lienzos primitivos como las escenas de los murales que abundaron en los monasterios.

Fray Jerónimo de Mendieta (31) al hablar de la educación de los estudiantes que vivían como internos en las casas conventuales, escribe un párrafo muy interesante, porque en él recalca el uso de las imágenes que se encontraban pintadas en las cabeceiras de las salas de algunos conventos. Aunque no lo indique con toda claridad, se podría conjeturar que se refiere a pinturas murales, si se basa uno en lo que sobrevive en algunos conventos. Las palabras del cronista son las siguientes:

*delante de los niños rezaban el oficio divino, teniendo puestas algunas imágenes de Cristo nuestro Redentor y de su Santísima Madre en la cabecera de la sala; y allí se ponían en oración, a veces en pie y a veces de rodillas, y a veces puestos los brazos en cruz, dando ejemplo a aquellas criaturas, y enseñándolos primero por obra que por palabra en lo tocante al culto divino. que aquella imagen que veían de hombre crucificado era imagen de nuestro Dios, no en cuanto Dios que no se puede pintar porque es puro espíritu... Y que la imagen de mujer que allí veían era figura de la Madre de Dios, llamada María, de quien quiso tomar nuestra humanidad; y como tal madre suya quería que fuese honrada y reverenciada.*  
(31)

No se encuentra alguna de estas escenas en los testeros de las salas conventuales franciscanas, aunque sí las hay en las de los agustinos de Tezontepec, Epazoyucan, Culhuacán y Tlayacapan. En el monasterio dominico de Oaxtepec, la cabecera de una sala muestra el tema de la Multiplicación de los Panes y una cruz sin el cuerpo de Cristo. Sin embargo, esta ausencia en los edificios franciscanos no las excluye ya que el sistema educativo fue muy parecido en las tres órdenes mendicantes, según lo dice Valadés:

*Aunque se hallasen al mismo tiempo cien religiosos, todos se conducirían del mismo modo... y aunque fuese uno solo, ninguna otra cosa haría, pues es tanta la armonía reinante entre ellos que causa admiración. Y esto acaece no solamente entre los nuestros, sino también en los padres de otras religiones pues en ello guardamos uniformidad... (32)*

Independientemente de que la armonía no siempre existió entre las órdenes, podemos considerar verdadero su juicio respecto a la uniformidad del sistema educativo, y en esto los franciscanos marcaron siempre la delantera.

En otro párrafo, no del todo claro, de Motolinía, al hablar del trabajo realizado por sus compañeros, relata que los frutos conseguidos han sido muy halagadores, pues los indígenas:

*Cada día tienen su tiempo para...darse a la oración mental... un día piensan sus pecados...otro día meditan la muerte; otro el juicio, así particular como general; otro las penas del purgatorio y del infierno; otro la pasión del Señor, y en otro la Resurrección y la gloria del Paraíso, etc. Así mesmo ejercitan en contemplar la vida de nuestro Redentor Jesucristo, por sus pasos y misterios... (33)*

Para que así hubiese sucedido, fue necesario que los indígenas miraran antes las imágenes que representaban los hechos a que se refiere el historiador, puesto que no bastaba con predicarles los evangelios y hablar de esos pasos de la Pasión de Cristo, del infierno, del Juicio Final, así, en abstracto.

Creo, por tanto, que los frailes utilizaron las imágenes de los muros conventuales o las que estuvieron en la iglesia misma, pues todo cuanto ha dicho Motolinía es algo que corresponde a lo que se puede observar. Pensamos en las escenas del Juicio Final y en los castigos aplicados por los demonios en el infierno, conservadas en la capilla abierta de Actopan y en el templo de Xoxoteco, tan demostrativas de lo anterior.

Desgraciadamente las pinturas de los templos son las que han sufrido mayor destrucción y pocos ejemplos se conocen; uno de ellos es la Crucifixión que está en el interior del templo conventual de Huejotzingo y las del coro bajo de Actopan; desconocidas son todavía para el público las que se desprendieron en el coro bajo del monasterio de Tecamachalco, donde aparecieron diversas imágenes que están en proceso de limpieza en la Dirección de Restauración del Patrimonio Cultural del Instituto Nacional de Antropología e Historia.

Por otra parte, un grabado de fray Diego Valadés, reproducido en las obras de Mendieta y de Torquemada, muestra el interior de un templo en tanto que un fraile desde lo alto del púlpito, predica a la multitud de indígenas que contemplan siete escenas de la Pasión de Cristo, que van de la Oración del Huerto a la Resurrección, acerca de lo cual el autor expone dos comentarios. En el primero, refiere que:

*Suplen también nuestros templos el lugar de las escuelas y no cobran réditos o pensiones anuales, sino que gratuitamente y por caridad cristiana enseñan los hermanos [religiosos] de las tres antedichas órdenes, todos los oficios, así los eclesiásticos, como los necesarios para la vida pública... (34)*

En el segundo, habla especialmente de las imágenes que se ven en el grabado mencionado, y dice así:

*A. Aquí está el predicador de la palabra de Dios... predicándoles en su propia lengua. B. Como los indios carecían de letras, fue necesario enseñarles por medio de una ilustración; por eso el predicador les va enseñando con un puntero, los los misterios de nuestra redención para que, discurriendo después por ellos, se les graben mejor en la memoria. C. Los que están sentados en esa parte, y que tienen varas en sus manos, son los que desempeñan el cargo de jueces entre nuestros naturales... (35)*

De esta manera se complementa y confirma lo que ha dicho Motoli-

nía acerca del uso de las imágenes para la enseñanza de la doctrina cristiana y el discurrir de los indios frente a ellas. Se explica también lo que dijo él mismo autor acerca de la contemplación que acostumbraban realizar por sí solos, en torno a los pasos y misterios de la vida de Cristo.

En otro párrafo escrito por fray Toribio y copiado por sus dos fieles seguidores, Mendieta y Torquemada, se da cuenta y razón del conocimiento iconográfico adquirido por los estudiantes de la escuela interna. El caso ocurrió en Tlaxcala precisamente en el año de 1529, fecha en la que de acuerdo con los informes relatados, fray Martín de Valencia desempeñaba el cargo de guardián de aquel convento. Estando allí, llegó el dominico fray Bernardino de Minaya, quien fue expresamente a buscarlo para que le proporcionara unos niños que le ayudaran en su intento de evangelizar por tierras mixtecas. Valencia, sin decidir por sí mismo, consultó primero con sus alumnos para exponerles el peligro que el viaje implicaba. La respuesta de los jovencitos fue la siguiente:

*...padre, para eso nos ha enseñado lo que toca a la verdadera fe: ¿pues como no había de haber entre tantos [de nosotros] quien se ofreciese a tomar trabajo por Dios?...Y si Él fuese servido de tomar nuestras vidas, ¿por qué no las pondremos por Él? ¿No mataron a San Pedro crucificándole y degollaron a San Pablo, y San Bartolomé no fue desollado por[servir a] Dios?. (36)*

Las palabras anteriores indican sin lugar a duda, cómo los niños conocían el significado de la vida de estos y otros santos representados en los conventos, pues no sólo habían oído sus biografías, sino que captaron el mensaje que se les deseaba inculcar: por medio de las imágenes de los santos que habían visto pintadas se les enseñó cómo otros hombres habían vivido y aún padecido por

su fe. Incidentalmente diremos que los niños que acompañaron al padre Minaya murieron en el poblado de Cuauhtinchan ese mismo año de 1529, por destruir las figuras de los ídolos, según aparece en el relato de Motolinía.

Otra prueba importante del conocimiento iconográfico alcanzado por los indígenas lo proporcionan fray Juan de Torquemada y fray Agustín Dávila Padilla quienes, a su vez, tomaron como base de sus informes una carta dirigida al papa por fray Julián Garcés, en la cual se hace constar el conocimiento de la vida de los santos, aprendida por medio de las figuras que les mostraban los misioneros a sus feligreses:

*Dos indios recién convertidos, el uno llamado Pedro y el otro Diego, que fueron de los primeros que recibieron la fe, vieron en espíritu un día después de haberse confesado que les parecía descubrir dos caminos. El uno asqueroso y de malos olores, y el otro lleno de muchas rosas y fragancia de buenos olores. Miraron bien y reconocieron a Santa María Magdalena y a Santa Catherina, entendiendo que lo eran, por las señas con que habían visto pintadas las imágenes de estas santas... (37)*

La cita es interesante, porque de modo claro se habla de imágenes pintadas en algún sitio, que seguramente fue un convento. Explica también cómo Pedro y Diego pudieron diferenciar a las dos santas por las "señas", es decir, por los atributos que se les agregaban para distinguir un santo del otro. Este ejemplo es otra muestra palpable del aprendizaje de la iconografía cristiana por los indios y que pudo realizarse ya por medio de las pinturas murales.

En una larga pero importante relación de la vida del agustino fray Antonio de Roa, hecha por fray Juan de Grijalva, aparece también el empleo de las pinturas para enseñar a los indígenas de Molango. Relata Grijalva que con motivo de la Semana Santa, el

padre Roa se sometía a terribles tormentos para mostrar, con hechos más que con palabras, el significado de la Pasión:

*[Cuando] la gente se había recogido, se iba a un oratorio que está en la huerta de Molango, donde tenía pintada la Oración del Huerto, y estando allí contemplando las agonías de Cristo ...llegaban unos indios...y le daban muchos golpes...le ataban las manos y le echaban una soga a la garganta, y así le llevaban a otro oratorio, donde tenían pintada a la Magdalena que ungió los pies a Cristo. Y allí estaba un indio en un tribunal que representaba la justicia...le traían los indios...diciendo que era un hombre malo...lleno de defectos...preguntábale el juez qué respondía...y el bendito penitente...[le] besaba los pies a aquel indio...[quien] le condenaba...después de azotado ...le ponían sobre los hombros una pesada cruz a cuestas...[y] de esta manera llegaba a otra ermita donde tenían pintada toda la Pasión, allí dejaba su cruz y lo ataban a una columna que hasta hoy se conserva...[1624]. (38)*

A lo anterior agrega el autor este comentario: "el piadoso juzgará que eran imprudentes penitencias éstas; y el maldiciente se habrá quizás reído del tribunal...a estos no respondo".(39) Dejando a un lado los excesos en que incurría el padre Roa para catequizar a sus feligreses, lo importante para nosotros está en el hecho de que esas pinturas existieron en las varias ermitas u oratorios de la huerta del convento agustino de Molango, y aunque no diga el historiador qué clase de obras fueron, se puede conjeturar que debieron estar pintadas sobre los muros de estas capillas. Por otra parte, llama la atención que Grijalva sitúe esas construcciones en la huerta en lugar del atrio, como fue lo común. Quizás debido a la conformación especial de este sitio, huerta y atrio hayan sido una y la misma unidad. Como no sobreviven estos oratorios, no se puede afirmar ni negar la existencia de esas obras.

Para terminar con esta búsqueda de informes que comprueban el

empleo de las pinturas para enseñar la religión cristiana a los indios por medio de imágenes, mencionaremos las palabras de fray Matías de Escobar, historiador agustino del siglo XVIII, cuya obra estuvo basada, según lo dice él mismo, en las de sus antecesores, entre las que se encontraba la todavía desconocida crónica escrita por fray Diego de Vertavillo. Refiere el autor que:

*En lo que se esmeraron con notable y singular especialidad [los agustinos] fue en doctrinar a sus indios...procurándolos imponer en la vida contemplativa, enseñándoles ya que no la teología escolástica, la mística, para lo cual, en las porterías de los conventos tenían lienzos pintados adonde les representaban los prados de la vida contemplativa, como hasta hoy dura en la pared la memoria de nuestro convento de Cuitzeo allí era el lugar ordinario de la doctrina, y por eso allí tenían para este efecto lienzos pintados para que tocasen con los ojos lo que intentaban imprimirles en el alma... (40)*

Escobar se refiere aquí a la enseñanza externa, y su alusión al uso de las imágenes con fines didácticos es indudable; sólo habría que insistir en que la palabra lienzo no designa específicamente a una obra hecha sobre tela, sino también a una pintura mural, ya que "lienzo" es una superficie de cualquier naturaleza. Todavía hoy se puede ver en la pared norte de la portería del citado monasterio, los restos de una escena de Cristo Juez en la escena del Juicio Final, y en la parte inferior, bastante maltratadas, se observan pequeñas figuras de ángeles, de hombres y de mujeres. Algunas de éstas, por cierto, llevan el peinado característico a la manera indígena, pues el cabello lo tienen atado sobre la frente por medio de un lazo, del que sobresalen las puntas formando una especie de "cuernitos", tal cual lo consigna Sahagún de la siguiente manera: "*usaban las señoras...traer los cabellos largos...y otras traían los cabellos torcidos con hilo prieto de*

algodón, y así los tocaban a la cabeza, y así lo usan ahora, haciendo con ellos como unos cornezuelos sobre la frente" (41)

Considero que con las citas históricas aportadas, es más que suficiente para probar que los indígenas aprendieron los puntos esenciales de la doctrina cristiana por medio de las imágenes de todo tipo. Y aunque las referencias a las pinturas murales son bastante escasas, no hay razón para dudar de que ellas, más que ningunas otras, desempeñaron la función didáctica de que se ha hablado. Se ha examinado igualmente cómo los misioneros se vieron influidos por los métodos educativos audiovisuales puestos en práctica en las escuelas prehispánicas, conforme lo indican historiadores como Motolinía, Mendieta, Torquemada y Valadés principalmente. Con las debidas reservas, se podría decir que en las aulas de los monasterios se repitió el proceso de los calmécac.

El mejor testimonio respecto a esto último, aunque quizás un poco indirecto, es el caso de fray Toribio cuando habla de cómo utilizaban las "figuras y caracteres" para conservar el recuerdo de todo lo que constituía un hecho esencial de la vida prehispánica, y a las cuales él mismo recurrió para aprenderlas del modo en que lo hicieron los estudiantes de los calmécac, pues como se ha dicho en otra parte "todas sus memorias escribían con caracteres y figuras a ellos muy inteligibles y a cualquiera de nosotros que las quiera mirar [,] con alguna plática, a pocas vueltas las entenderá" (42), y esto lo dice precisamente porque así fue como se enteró tanto del sistema de escritura como del método implantado por los maestros indios, de uno de los cuales él fue alumno, allá en Tezcoco, posiblemente en su primera estancia.

### Los ciclos pictórico-religiosos en los conventos.

Expuesto ya el papel educativo de los murales, analizaremos ahora otro aspecto importante que se refiere a la planeación y organización de las escenas religiosas. Por desgracia, el número de conjuntos pictóricos no es muy numeroso, debido a la destrucción que han sufrido y, también, porque muchos permanecen ocultos bajo las capas de cal que se les han aplicado una y otra vez. Este hecho lo comprueban los trabajos de restauración que ocasionalmente se realizan en algunos monasterios, y que dan como resultado el "descubrimiento" de aquellas obras. Citaremos por ejemplo, las pinturas de la capilla abierta de Actopan y las de Xoxoteco, en Hidalgo, así como las halladas en los muros laterales en Tecamachalco hace seis años, quizás obra de Juan Gersón.

Los estudios que hemos realizado en los conventos que todavía poseen suficientes escenas, nos han permitido percibir que no fueron distribuidas al azar sino que, por el contrario, los misioneros las distribuyeron de acuerdo con la intención de que sirvieran para enseñar, por medio de ellas, los fundamentos de la doctrina. Los franciscanos primero, y los dominicos y agustinos después siguiendo el ejemplo de aquéllos, debieron discutir en sus reuniones acerca de cuales serían o deberían ser las imágenes más importantes para que los indios comprendieran el contenido esencial de la religión cristiana. Aunque las fuentes de conocimiento fueron el Antiguo y el Nuevo Testamentos, es lógico pensar que no se podía utilizar el abundante número de figuras contenidos en varios de los libros utilizados por ellos, por lo cual tenían que seleccionar los pasajes fundamentales que sirvieran para

mostrar que los propósitos divinos y el papel principal residían en Cristo, enviado a la tierra para salvar al hombre de la culpa original; también hicieron hincapié en la importancia de la Virgen, madre de Jesús, como mediadora y en las imágenes de los santos para mostrarles cómo el hombre servía a Dios siguiendo el ejemplo de aquellos cristianos, incluso con el sacrificio de su propia vida (tal y como se vio al examinar el episodio de los niños tlaxcaltecas que acompañaron a fray Bernardino de Minaya y murieron en Cuauhtinchan).

Por estas razones, Jesús y María constituyen el núcleo fundamental de las representaciones iconográficas conventuales: aunque la Pasión de Cristo lo domina todo, no se olvidaron del lado amable y tierno de la vida, y por esto situaron algunas escenas de la madre y su hijo como la Anunciación, el Nacimiento, o la Adoración de los Reyes o de los Pastores. Más raras son aquellas imágenes del Matrimonio de María, la Visitación a Santa Isabel (convento de Tlayacapan), además de que en este monasterio está la rarísima escena del sueño de José. No son comunes otros pasajes como la Huida a Egipto, que sólo hemos visto en el convento de Tezontepec. Igualmente son poco frecuentes las escenas de los milagros; en Oaxtepec, por ejemplo, se representó la Multiplicación de los Panes. En cambio, los pasajes correspondientes a la Pasión son los más numerosos, pero uno de los ciclos más completos se halla en Tezontepec, gracias a que fueron encaladas las paredes, y donde se conservan diez u once escenas en buen estado y aún es posible que haya otras, como las de los santos, que tanto se acostumbró representar en las pilastras

Muy raras son las escenas del Antiguo Testamento, pero esto no significa que no se hayan representado y lo más probable es que permanezcan encaladas también. Los ejemplos más importantes son las conocidas pinturas sobre papel de amate realizadas por el pintor indio Juan Gersón en 1562 y que ya estudiamos en otra publicación (43). Otros dos se conservan en la capilla abierta del convento agustino de Actopan y en la pequeña iglesia de Santa María Xoxoteco; en estas dos obras destacan las escenas del Génesis con Adán y Eva como personajes principales, el momento del Juicio Final y diversos cuadros en los que se observan las penas que sufren los condenados en el infierno.

Estas son, las principales escenas representadas en los muros de los monasterios novohispanos del siglo XVI; seguramente los misioneros consideraron que con ellas era suficiente para que los indígenas adquirieran los conocimientos esenciales de la fe cristiana, y a ello deben agregarse las explicaciones acerca de su trascendencia y la relación que tenían con la vida del hombre, y que forman parte de algunas de las doctrinas escritas en diversas lenguas. De esta manera, los feligreses podían meditar de manera efectiva sobre los "pasos y misterios" del cristianismo,

A continuación se incluye una lista de las principales escenas iconográficas tomada de la Regla Cristiana Breve de fray Juan de Zumárraga, publicada en 1547. Entre paréntesis anotamos sólo unos de los conventos donde se conservan algunas de ellas.

1. Anunciación (Acolman, Cuauhtinchan)
2. Nacimiento de Cristo (Huatlatlauca)
3. Adoración de los pastores y los reyes (Tapeapulco)
4. Circuncisión
5. Presentación en el templo (Tezontepec)
6. Huida a Egipto (Tezontepec)

7. Disputa en el templo
8. Bautismo de Jesús en el Jordán (Huatlatlahuca, Epazoyucan )
9. Transfiguración (Itzaiquilpan, Epazoyucan)
10. Entrada a Jerusalén (Itzaiquilpan)
11. Escena del Lavatorio (Huejotzingo)
12. Última Cena (Epazoyucan)
13. Oración del Muerto (Epazoyucan, Itzaiquilpan)
14. Traición de Judas, Aprehensión, Reprensión a Pedro,  
Herida a Malco (Epazoyucan, Itzaiquilpan)
15. Presentación y juicio en casa de Anás; Jesús es abofeteado (Epazoyucan,  
Tezontepec, Itzaiquilpan)
16. Juicio en casa de Caifás; se vendan los ojos a Jesús y  
es vejado. (Tezontepec)
17. Juicio en la casa de Pilatos. (Tezontepec)  
Flagelación, coronación de espinas y es presentado Jesús  
al pueblo: Ecce Homo (Tezontepec, Itzaiquilpan; otros)
18. Traslado a la casa de Herodes, y es vestido de blanco
19. Camino al Calvario. Es ayudado Jesús por el Cirineo (Epazoyucan, Metztilah, Tezontepec)
20. Despojado de sus vestiduras, es clavado en la cruz
21. Crucifixión y muerte de Jesús (Todos: Metztilah, Epazoyucan, Huejotzingo, Totihuacan, etcétera)
22. Descendimiento, sepultura y descenso al Limbo. (Epazoyucan, Atotonilco, otros, excepto el Limbo)
23. Resurrección. Apariciones: como horteiano a Magdalena (Itzaiquilpan)  
A los peregrinos de Emaús: no la hay. La resurrección es común a casi todos los conventos.
24. Ascensión (Epazoyucan)
25. Pentecostés (Itzaiquilpan).

Es lógico pensar que los alumnos que se educaron en la escuela interna de los conventos tuvieron una idea mucho más completa de la religión que los niños, jóvenes y adultos "plebeyos" que aprendían lo esencial de la doctrina en el atrio, o escuela externa, muchos de los cuales eran enseñados por aquellos jóvenes. Sin embargo, es también factible que debido a las condiciones especiales que prevalecieron en la evangelización, los frailes no podían ser tan estrictos con sus feligreses, y, por ello, los encargados de los conventos, no podían negarles alguna explicación acerca del significado de las pinturas que estaban en los muros.

Por otra parte, será necesario recordar que nunca existió la clausura en la mayor parte de los conventos franciscanos y agustinos, puesto que los indígenas eran los responsables de muchas de las labores imprescindibles, como la limpieza del edificio, la

elaboración de los alimentos de los niños que vivían internados, a quienes, también, cuidaban. Los indios fueron hortelanos, cocineros, recaderos; ellos eran los guías de los misioneros en sus visitas a los pueblos vecinos, así como a los más alejados, cuando asistían a las reuniones de capítulo, o iban a predicar hacia regiones poco atendidas. Si se consideran así las relaciones de unos y otros, se comprenderá que no podían negarse a responder a las preguntas que debieron hacerles los indígenas para conocer el significado de aquellas escenas que llegaron a considerar casi como suyas. Tampoco podrían meditar en torno a una idea abstracta si antes no habían contemplado la imagen, tal y como lo describieron Motolinía y Valadés.

Dadas las condiciones en que se desarrolló la evangelización de los pueblos y los propósitos de los frailes para erradicar la religión prehispánica, en ninguna forma podían desaprovechar la oportunidad de afirmar la incipiente conversión de los adultos. De allí que la idea de la clausura es obsoleta o inoperante: el monasterio fue casa de y para los indígenas; ellos la habían construido y muchos o varios de sus hijos moraban allí o asistían a las predicaciones doctrinarias que les ayudarían a vivir como seres cristianos, tal y como lo relata Motolinía en las siguientes palabras:

*Porque la ley de Dios siempre fuese en boca y corazón de estos naturales desde los principios fueron enseñados en los mandamientos del Señor, y cada tercero día se dice la doctrina cristiana después de dicha la misa, y los domingos y fiestas la dicen muchas veces, de manera que todos chicos y grandes, saben no sólo los mandamientos, pero todo lo que debe creer y guardar y recibir, etcétera, el buen cristiano... (44)*

Por diversas razones, no fue posible realizar un estudio completo

de todas las pinturas representadas en los conventos que poseen algunos ciclos, tanto por ser incompletos como por no haber sido factible realizar los viajes necesarios. Mas se incluyen algunos de los más importantes o completos como los de Huatlatlahuca, Puebla, y el de Tezontepec, así como los de las sacristías de Epazoyucan y de Itzmiquilpan, Hidalgo, que poseen unos de los conjuntos mejor integrados que pueden encontrarse en un convento. Todo esto se muestra en forma de esquemas en los que se ha numerado la secuencia cronológica, tanto en éstos como en un plano del edificio de Tezontepec.

Pensamos en un principio que podría haber una idea rectora para iniciar las enseñanzas de acuerdo con la posición o distribución de cada pasaje y con el sistema de vida implantado en las escuelas. Sin embargo, tuvimos que desecharlo puesto que se desconocen todavía muchos aspectos de la vida conventual. Tampoco se pudo hacer un estudio comparativo entre los ciclos franciscano, dominico y agustino, pues la mayor parte de los temas iconográficos representados en los primeros, ha desaparecido.

Aún así, es interesante observar los esquemas, especialmente el de Tezontepec que es uno de los más completos y fue el que nos hizo pensar en que la distribución de las imágenes se había hecho de acuerdo con la forma en que se vivía en el monasterio (esquema I), pero las diferencias con los demás nos obligó a rechazar esta idea inicial. En el claustro bajo de dicho convento, la primera escena se encuentra saliendo de la iglesia hacia el claustro y corresponde al Nacimiento de Cristo #1 (esquina oeste noroeste, o WNW). Posteriormente explicaremos el significado de las siglas.

Se sigue hacia el Sur donde debe estar una escena de la Adoración #2 (SSW), pues apenas se alcanza a ver la estrella que guió a los personajes que en ella tomaron parte. Lógicamente debería continuarse hacia la esquina sureste, para observar la Presentación en el Templo, o la escena de la Circuncisión y a la que le correspondería el número 3; sin embargo, aquí ocurre un cruceamiento pues hay que ir a la esquina noroeste (NW), para después volver al sitio anterior, esquina sureste (SE) donde está la Huida a Egipto, #4. Por la escalera se sube al claustro alto y a la izquierda de la salida se halla la Oración del Huerto # 5 (ESE). Continúa el ciclo hacia el Poniente donde aparece una escena poco común y que corresponde al Juicio preliminar de Jesús en la casa de Anás, #6. En la esquina inmediata, (WSW) está la Flagelación, #7. Se sigue por el corredor hacia el Norte (esquina WNW), para observar el Juicio ante Caifás, #8. Inmediata está la escena del Juicio ante Pilatos y la Presentación del Ecce Homo #9, (esquina NNW); para terminar este ciclo, se camina hacia el Oriente donde, del lado nornoreste (NNE) está el Camino al Calvario y la escena de la Verdónica, #10. En el lado inmediato, este-noreste (ENE), se observará la Crucifixión, # 11. Faltan desde luego, algunas escenas muy importantes como serían las del Entierro o el Descendimiento, la Resurrección o la Ascensión. Podrá advertirse que la distribución de estas escenas y las de otros claustros, obligan a pensar en que los misioneros no colocaron los pasajes al azar sino con un orden bien estudiado.

Por cuanto a los esquemas restantes (II a IV) se explican por si solos y el más organizado es el de Huatlatlahuca, aunque tam-

bién hacen falta algunas escenas; en cambio, hay dos pinturas de la Crucifixión; en otros conventos ocurre algo semejante, pero están en alguna dependencia y no en el claustro como ocurre en este caso.

Para facilitar el estudio, la orientación y la colocación de los temas, elaboramos un esquema que podría servir a otros investigadores. Se tomaron en cuenta las diferentes notaciones de los puntos cardinales con sus subdivisiones y que se han representado en el dibujo adjunto. Asimismo, para seguir un orden, arbitrariamente se escogió el comienzo de la numeración por el lado nornoroeste (NNW), para seguir en el sentido en que giran las manecillas del reloj, de izquierda a derecha hasta terminar con el lado oeste-noroeste (WNW) de la esquina inicial: la noroeste, y que correspondería al lado ya citado: WNW. Si hubiese todavía más figuras o escenas en los muros o en las pilastras, bastará seguir con una numeración progresiva, siempre en el mismo orden y sentido. De esta manera, se tendrá un esquema lógicamente organizado que facilitará cualquier estudio de la iconografía conventual.

Clave para las notaciones de los puntos cardinales

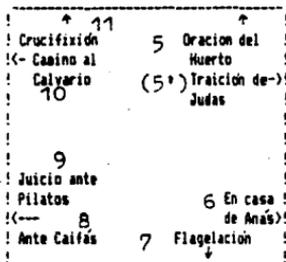
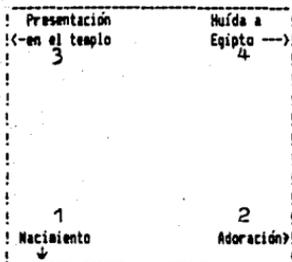
- Esquina noroeste (NW). Lados: NNW = nor-noroeste (Inicio de la numeración)  
WNW = oeste-noroeste (terminación)
- Esquina noreste (NE). Lados: NNE = nor-noreste  
ENE = este-noreste
- Esquina sureste (SE). Lados: ESE = este-sureste  
SSE = sur-sureste
- Esquina suroeste (SSW). Lados: SSW = sur-suroeste  
WSW = oeste-suroeste.

## I

## TEZONTEPEC

Claustro bajo .

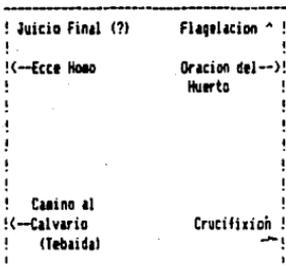
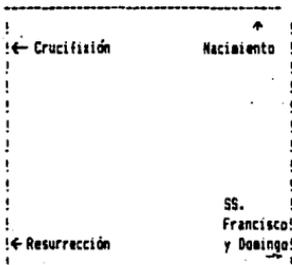
Claustro alto



## II. HUATLA TLAUHCA

Claustro bajo.

Claustro alto

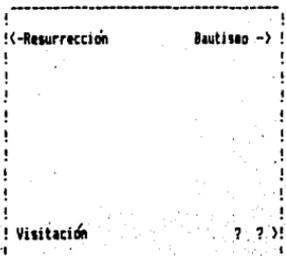
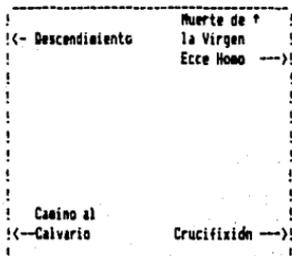


## III. EPAZOYUCAN

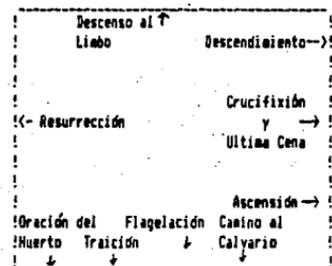
Claustro bajo

## IV. TETELA DEL VOLCAN

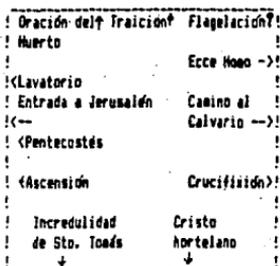
Claustro bajo



## V. EPAZOYUCAN: Sacristía

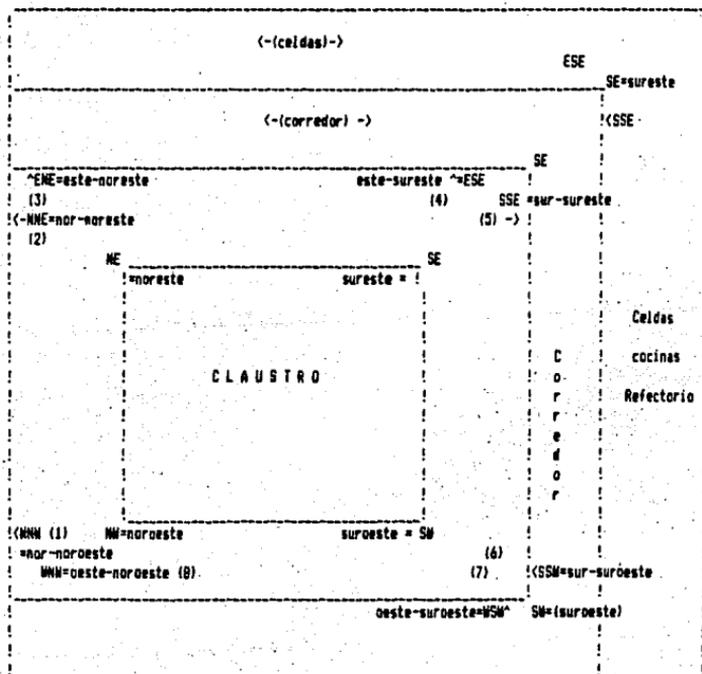


## VI. ITZMIQUILPAN: Sacristía

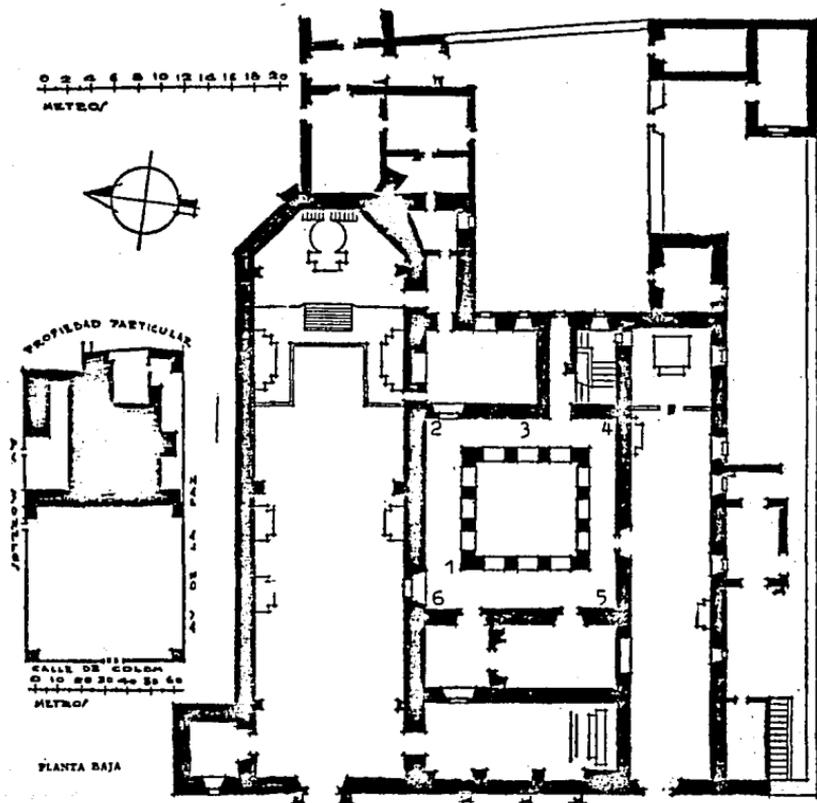


N ←

PLANO PARA SITUAR LAS PINTURAS EN UN CONVENTO



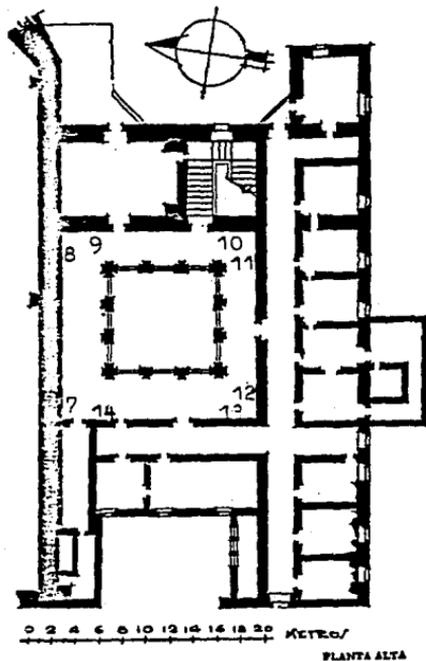
## TEZONTEPEC



## Claustro bajo

- 1 Fraile.
- 2 Presentación en el templo.
- 3 Fraile.
- 4 Huida a Egipto.
- 5 Adoración de los reyes.
- 6 Nacimiento.

## TEZONTEPEC



## Claustro alto

- 7 Ecce Homo.
- 8 Camino al calvario.
- 9 Crucifixión.
- 10 Oración del huerto.
- 11 Traición de Judas
- 12 En casa de Anás.
- 13 Flagelación.
- 14 En casa de Caifás.

- 1 Toussaint, *Pintura colonial...*, 16.
- 2 *Ibiden*, 17.
- 3 Kubler, *Mexican Architecture*, II, 365.
- 4 Motolinía, *Memoriales*, 36-37.
- 5 *Ibiden*, 118.
- 6 Mendieta, *Historia* 249-258.
- 7 *Ibiden*, 665.
- 8 Vetancurt, *Teatro...*, 84 (Parte cuarta).
- 9 Durán, *Historia*, I, 186.
- 10 *Ibiden*, 169.
- 11 Motolinía, *op. cit.*, 129.
- 12 Mendieta, *op. cit.*, 282.
- 13 Motolinía, *op. cit.*, 138.
- 14 Palomera, *Fray Diego Valadés*, 66-67.
- 15 *Ibiden*, 64, 383.
- 16 *Ibiden*, 382.
- 17 Torquemada, *op. cit.*, III, 248.
- 18 Mendieta, *op. cit.*, 382.
- 19 Torquemada, *op. cit.*, III, 195.
- 20 Motolinía, *op. cit.*, 328.
- 21 *Ibiden*, 326.
- 22 O'Gorman en *Memoriales*, CV.
- 22 bis, *ibiden*.
- 23 Motolinía, *op. cit.*, 142.
- 24 *Ibiden*, 148.
- 25 *Ibiden*.
- 26 *Ibiden*, 149.
- 27 *Ibiden*, 158.
- 28 Torquemada, *op. cit.*, III, 193.
- 29 Palomera, *op. cit.*, 146-147.
- 30 Sahagún, *op. cit.*, (II, III), 789.
- 31 Mendieta, *op. cit.*, 218.
- 32 Palomera, *op. cit.*, 144.
- 33 Motolinía, *op. cit.*, 161-162.
- 34 Palomera, *op. cit.*, 383.
- 35 *Ibiden*, 137.
- 36 Motolinía, *op. cit.*, 188.
- 37 Torquemada, *op. cit.*, 328.
- 38 Grijalva, *Crónica...*, 323.
- 39 *Ibiden*, 324.
- 40 Escobar, *América Thebaida*, 85.
- 41 Sahagún, *op. cit.*, (VI, IV), 468-469.
- 42 Motolinía, *op. cit.*, 359.
- 43 Canelo, Gurría, Reyes-Valerio, Juan Gersón..., *passim*.
- 44 Motolinía, *op. cit.*, 161.

## CAPITULO VI

## APORTACIONES DE LA HISTORIA AL TRABAJO PICTORICO DEL INDIO

Uno de los problemas más difíciles a que se enfrenta el historiador del arte del siglo XVI, es el de asignar una paternidad determinada a las pinturas murales de los conventos novohispanos ya que, con una sola excepción, no existen, o no se han publicado los documentos que prueben la intervención de un solo artista, sea este español o indígena en aquellas obras.

Sin embargo, la idea de que el pintor nativo realizó gran parte de los murales monásticos no es nueva, pero la dificultad ha residido en que no tenemos más testimonios que los aportados por algunos cronistas franciscanos y agustinos, quienes dicen que en las escuelas de San José de los Naturales y de Tiripitío, respectivamente, se entrenaron los pintores que necesitaron los frailes, en general, sin especificar nada más. Tampoco se encuentra en las historias el nombre de algún artista español que haya trabajado en algún monasterio. De aquí, pues, las arduas dificultades a que se enfrenta quien quiera que desee hacer la historia de las pinturas que tanto abundaron en los conventos mendicantes.

La única excepción a que se aludió antes, está en las pinturas que sobre papel de amate realizó el pintor indígena Juan Gersón y que se conservan en la bóveda del coro bajo del templo franciscano de Tecamachalco (Puebla), fechadas en 1562, aunque no están firmadas. Durante largo tiempo se pensó que este Gersón, fue un pintor flamenco. Sin embargo, en los Anales de Tecama-

chalco, (1) aparece mencionado su nombre y su actividad como pintor en varias páginas. Gracias también al hallazgo de un legajo conservado en el Archivo General de la Nación de México, pudimos demostrar que Juan Gersón fue un indio principal que vivió en aquella población. (2) Con este testimonio y con los datos aportados por dichos documentos quedó comprobada su actividad artística y, por tanto, la paternidad de tan importantes obras que se asignaban hasta entonces a un pintor europeo.

También se ha pensado en que las mejores pinturas conventuales tuvieron que ser obra de pintores extranjeros, en tanto que aquellas otras que carecen de cierta "calidad", deben asignarse a los artistas indígenas.

Don Manuel Toussaint, a quien tanto debe la historia del arte mexicano, y a pesar de haber conocido los informes contenidos en los citados Anales hizo caso omiso de ellos y no aceptó que Juan Gersón hubiese sido indio considerándolo, por el contrario, de origen flamenco. Por otra parte, en su importante libro sobre la pintura colonial, cita a varios pintores indígenas cuyos nombres aparecen en diversas fuentes. Sin embargo al estudiar los murales del siglo XVI, consideró que en el caso particular de cinco monasterios que mencionaremos después, dada su calidad artística, las pinturas solo pudieron ser realizadas por la mano de un artífice español o europeo, en tanto que las restantes corresponden a "la gran masa anónima de pintores hispanos e indígenas". (3)

Consideramos necesario e interesante citar sus propias palabras

tanto por su importancia como porque reflejan el valor de sus esfuerzos para resolver varios problemas de nuestro arte. Así, al hablar acerca de la "decoración de los templos y conventos construidos en el siglo XVI", asienta que hay unas:

*pinturas que representan una personalidad clara, como obras de artistas ya formados y que gozaban sin duda de cierto renombre. En una segunda parte daremos relación de aquellos edificios que conservan pinturas en sus muros las cuales son todas del mismo carácter, vienen de la masa anónima de pintores, hispanos o indígenas... Los pintores del primer grupo que conocemos son pocos; las obras del segundo numerosísimas... Forman el primer grupo, en orden de antigüedad, los siguientes artifices, algunos de los cuales, sin duda, son los que citamos en el capítulo anterior, de cuyas obras no tenemos noticia; el que pintó el convento... de Epazoyucan... el autor de los frescos que decoran la escalera monumental de... Actopan... Juan Gersón, que hizo las pinturas... de Tecamachalco... el pintor de los frescos... en la casa de Ozumba... y finalmente, las pinturas de Cuilapan.... (4)*

Los pintores extranjeros a que se refiere vienen citados en páginas anteriores, pero no viene al caso estudiarlos, puesto que son artistas tardíos, de la segunda mitad del siglo XVI, y, como él mismo lo dice "no tenemos noticias de sus obras", por tanto no pueden asignárseles las pinturas de los monasterios mencionados.

El caso de Tecamachalco ya no tiene objeto tratarlo; respecto a Cuilapan, tampoco hay documento alguno que pueda probar la paternidad de un pintor renacentista. George Kubler basándose en la historia escrita por el dominico fray Francisco de Burgóa piensa que el artista fue indígena. (5) En cuanto a las pinturas de Epazoyucan se enfrenta uno a la misma incertidumbre. Toussaint las considera como obra de un extranjero con influjos italianos y flamencos, en tanto que Kubler piensa en Juan Gersón como el autor de ellas, basado en el colorido semejante que tienen los murales de este convento con los de Tecamachalco. (6\*) Respecto a las pin-

turas de la escalera monumental de Actopan, don Manuel vuelve a pensar en un artífice con influjos renacentistas muy claros. Sin embargo, asienta que "hay algo de indígena en ellas" y que se manifiesta en "la estilización de los muebles y las columnas, la perspectiva infantil de estos escritorios fantásticos, la ingenuidad de las posturas de los santos" (7) y otros detalles que llamaron su atención. Termina con una frase interesante "si el pintor ostenta tal habilidad y tal espíritu renacentista, que no podemos suponer que haya sido un pintor indio, es indudable que había sido influenciado por la minuciosidad y sencillez de los aborígenes para quienes trabajaba" (8)

La fina sensibilidad del historiador percibió el influjo de la mano indígena en esa ingenuidad que advirtió en los detalles que menciona; mas las corrientes de la época en que escribió su obra, le impidieron aceptar otro punto de vista, pues se pensaba que el indio fue incapaz de hacer obras como las que el señaló. Si hemos de hacerle alguna observación ligera a sus opiniones tendremos que pensar en que ¿cómo es posible admitir que un pintor europeo "ya formado" y con tal "espíritu renacentista" se hubiera dejado influir por esa "minuciosidad y sencillez de los aborígenes"? Bien puede pensarse que el pintor de la escalera de Actopan fue un fraile, por la forma que lo hizo don Manuel, pero no lo creemos posible de un extranjero.

Los misioneros fueron bastante sensibles y receptivos y adoptaron algunas de las cosas buenas que hallaron en la civilización indígena, con plena conciencia de las ventajas que aquellas

tenían. Por otra parte, en la época en que vivió don Manuel, se concedía (y aún se presta, en ciertos casos) bastante atención al influjo de los "estilos" italianos, flamencos, o "renacentistas" y se daba por sabida la presencia de pintores europeos en la Nueva España, aun cuando hasta el presente no se haya podido comprobar su trabajo en monasterio alguno.

El hallazgo de cada vez mayor número de grabados que sirvieron de modelo para realizar las pinturas murales de los conventos, ha influido para modificar aquel criterio, ya que por medio de estos ejemplos se comprueba que el estilo no lo crearon los pintores (o los escultores), sino que estaba en el grabado que se copiaba.

George Kubler, en su libro sobre la arquitectura del siglo XVI (9) dedica un capítulo al estudio de la pintura monástica y considera que hubo una pintura "pedagógica" y otra "espiritual", destinada esta última para que los frailes oraran ante las imágenes. (10) Las primeras pinturas estaban en las porterías, en las capillas y en la iglesia; las segundas, en las diversas dependencias internas del claustro. Analiza con cuidado la situación de las obras y de los pintores, pero ante la falta de documentos que atestigüen la presencia de artistas europeos antes de mediar el el siglo, considera difícil resolver el problema puesto que, por otra parte, como tampoco hay evidencias documentales que confirmen el trabajo del indio "el problema de la decoración arquitectónica realizada por los indios, nunca podrá resolverse de manera adecuada". (11)

Se podrá advertir fácilmente que tanto Kubler como otros autores, piensan que las pinturas al ser hechas por indios, deberían

poseer (¿necesariamente?) ciertos rasgos característicos que diferenciaran lo hecho por un indígena de lo correspondiente a un europeo. Pero como no se ha realizado un estudio "estilístico", es difícil llegar a una conclusión aceptable. "Where, then, is the Indian work?", ¿dónde está entonces, el trabajo del indio?. (12)

Continúa su estudio y trata de buscar los indicios que permitan acercarse a una posible solución y después de varias reflexiones, más adelante escribe que podrían considerarse tres periodos tentativos para situar la pintura mural. El primero estaría entre la Conquista y el año de 1550, y sus obras consistieron en *"la policromía arquitectónica y las escenas didácticas, hechas por los frailes o por los indios bajo la dirección de aquéllos."*

(13) El segundo periodo lo sitúa Kubler entre los años de 1550 a 1570 y en el cual ya intervinieron las organizaciones gremiales, y, por tanto, artistas europeos a quienes atribuye algunas obras como los murales del testero de Acolman, los de las salas occidentales del convento de Cuahuacán y la sacristía de Itzmiquilpan. A la tercera época corresponden los grandes retablos en madera.

(14) Admite también el importante influjo de los grabados como fuentes de inspiración para gran número de las pinturas conventuales novohispanas.

Nos encontramos pues ante un problema del mayor interés. Se acepta la idea de que el indígena fue pintor de conventos, pero como no hay documentos para probarlo el asunto debe o tiene que quedar sin solución: *"Por tanto, a menos que se descubra una rica fuente documental, el problema de de un estilo de decoración*

arquitectónica realizada por indios, no será resuelta de manera adecuada". (15)

Es indudable también que tras de todas las opiniones vertidas y de todas las investigaciones o análisis realizados en torno a la pintura mural monástica, parece haber una idea preconcebida que ha impedido acercarse a una solución; esto es, que el indio, por el sólo hecho de ser indio fue incapaz de realizar una obra de buena calidad, y, por esta razón se ha intentado, infructuosamente, asignar las pinturas "bien hechas" a un pintor extranjero, en tanto que las que adolecen de errores, de falta de perspectiva, de defectos anatómicos, en fin, que están "mal hechas" tienen que haber sido realizadas por indios, o por esa "masa anónima de pintores hispanos e indios" que comparten así el mismo grado de inhabilidad que gratuitamente se les atribuye, porque tampoco hay pruebas para sustentar esta idea. Impera el criterio subjetivo con que se ha juzgado la pintura o la escultura, aun cuando se acepte la idea de que los pintores fueron entrenados en la escuela franciscana dirigida cerca de cuarenta años por fray Pedro de Gante, o en la agustina de Tiripitío.

Sin embargo, no se han hecho mayores esfuerzos para aclarar todo este asunto, planteando el problema en otra forma que no sea la puramente estética, pues con todo lo importante que pueda ser, es insuficiente para valorar toda la serie de condiciones que hay que considerar como la intervención de los factores sociales, económicos, religiosos y políticos en un hecho humano, intensamente humano, como fue la pintura monástica, para mencionar sólo el que

nos interesa estudiar en este trabajo.

No se había pensado, por ejemplo, en cuantificar la superficie que se pintó en cada convento, y en un buen número de de ellos, para buscar así las relaciones que hay íntimamente unidas entre la pintura y el hombre, es decir, el indio y el fraile. Como resultado de las medidas efectuadas, llegamos a una conclusión tentativa señalada anteriormente, de que la superficie que se tuvo que pintar en los conventos más importantes oscila entre doscientos y trescientos mil metros cuadrados, tarea que requirió un número enorme de pintores, los cuales difícilmente pudieron ser preparados en sólo aquellas dos escuelas de San José de los Naturales y de Tiripitío.

No se ha realizado esfuerzo alguno para estudiar la forma en que los frailes tuvieron que resolver el problema pictórico de sus edificios sin la intervención de pintores extranjeros; tampoco se ha pensado en lo que ésto representó en términos económicos.

El artista europeo tenía que cobrar por su trabajo, y los frailes con todo y que dependían de sus feligreses para resolver la mayor parte de sus necesidades, nunca pudieron tener el dinero suficiente para pagar las enormes sumas que cobrarían aquellos artistas, ya que ganaban mucho más que cualquier trabajador indio. Quizás se plantearon este problema los misioneros, pero la realidad se impuso ante ellos y como individuos de amplio criterio, se vieron obligados a cambiar las tácticas tradicionales por ellos conocidas, para hacer frente a las nuevas circunstancias bajo las cuales tenían que trabajar en la Nueva España. Y pudo ser así como

aprendieron a aprovechar las facultades que pronto observaron en los indígenas, gracias al estudio intensivo emprendido por los franciscanos en torno a la vida y costumbre de los naturales, como ya se estudió en los capítulos anteriores.

Existe, empero, otro acercamiento que puede hacerse para resolver este problema y que consiste en el análisis cuidadoso de las historias escritas por los frailes mendicantes en las que, a pesar de la ambigüedad y parquedad con que tratan este asunto de la realización pictórica, hay ciertos datos que deben ser evaluados en forma distinta a como se ha hecho hasta hoy. Se ha olvidado, o por lo menos esto es lo que nos parece, que los relatos históricos que conservamos, contienen la experiencia que tuvieron los evangelizadores en su contacto cotidiano con los indígenas. Constantemente hablan de los medios de que se valieron para conseguir la conversión, que fue su anhelo supremo. Todo cuanto escribieron los frailes y especialmente los franciscanos como Motolinía, Mendieta y Torquemada, estuvo enfocado a narrar los hechos del gran drama de que fueron causantes directos, al destruir el mundo religioso ancestral. Pero los misioneros fueron también los nuevos "padres espirituales" de los indios, como antaño lo habían sido los sacerdotes de los dioses prehispánicos, o los maestros-sacerdotes de las escuelas de los calmécac. Necesariamente tuvieron que ser también los nuevos instructores de las cosas prácticas en los diversos requerimientos para el desarrollo de la vida conventual, especialmente durante las primeras décadas a partir de su llegada, a causa de la escasez de oficiales españoles.

Motolinía recuerda esa paternidad de los misioneros sobre los indios, con las siguientes palabras pronunciadas por los de Xochimilco, cuando iban a ser abandonados por los franciscanos a causa de no poder atenderlos:

*Padres nuestros, ¿por qué nos desamparáis ahora, después de bautizados y casados? Acordáos que muchas veces nos decíades, que por nosotros habíades venido de Castilla, y que Dios os había enviado. Pues si ahora nos dejáis, ¿a quién iremos? que los demonios otra vez nos querrán engañar, como solían y tornaremos otra vez a su idolatría... (16)*

Por tanto, si las narraciones de los historiadores mendicantes se toman con este sentido, obtendremos una visión diferente de los sucesos ocurridos en la evangelización de los indios de la Nueva España y así podremos valorar debidamente el problema de la paternidad de las obras pintadas en los conventos.

El hecho de que en varias ocasiones el lenguaje de los historiadores nos parezca aparentemente hiperbólico es comprensible. Y si decimos aparentemente, es porque en ocasiones nos negamos a aceptar que cuanto dicen corresponde a una realidad que no se ha sabido evaluar correctamente o porque tampoco se relacionan con otros hechos que también están expresados en sus crónicas.

Así, por ejemplo, cuando hablan del indio y de sus habilidades manuales, captadas al ver la enorme facilidad con que hacían lo que se les pedía, su capacidad para reproducir técnicas y aprender con rapidez cuanto se les enseñaba o veían hacer a otros, sus opiniones se han tomado a la ligera y se achacan al amor que gran número de frailes sintieron por el indio o se atribuyen a la exageración de sus palabras para loar sus proezas. Decir esto de Sahagún, de Motolinía, y de otros más, es salirse de la realidad,

al no aceptar lo que está allí escrito frente a nosotros en su verdadera dimensión, y en espera de una valoración adecuada que no es tan difícil hacer como se puede suponer.

Por esta razón se debe considerar que en las historias de los misioneros, se halla la narración de lo protagonizado por frailes e indios. Si no encontramos nombres la causa está, quizás, en lo que dijo Motolinía en dos ocasiones, que su intención no era *"escribir historia de hombres"* ni tampoco *"loar a ningún hombre vivo en particular, sino decir loores de la buena vida y ejemplo que los frailes menores en esta tierra han tenido"*. (17) Por esta razón, su obra es impersonal, como lo es la de varios autores franciscanos; aunque a veces mencionen a algunos de ellos.

En cambio, existe en fray Toribio un profundo interés por los indígenas: cómo pensaron, actuaron, sintieron; lo que habían hecho en el pasado, lo que hacían en el presente que le tocó vivir al benemérito franciscano quien, por cierto, fue el primero, o uno de los primeros en escribir la historia de los naturales, puesto que su obra la terminó hacia 1542, o a más tardar en 1545.

Es igualmente verdadero que varios de sus diversos testimonios están poco organizados, más bien diríamos desintegrados pero, afortunadamente, un enorme número de sus datos fueron copiados por Mendieta y Torquemada y otros por Las Casas, aunque tampoco con esto se puede rehacer el cuerpo de su obra. Poco importa en realidad, pues lo que nos interesa señalar es el hecho de que su historia, como las de otros, revela un profundo interés por todo lo indígena; es una investigación paciente de cuanto necesitaban

conocer los evangelizadores en aquellos primeros años para tratar de conseguir la conversión del indio.

Afortunadamente y gracias pues a los datos contenidos en sus escritos así como en los de sus seguidores, estamos ante la posibilidad de aclarar el problema de la paternidad de las pinturas que cubren o cubrieron los muros de los monasterios. Y puesto que cuantos han escrito modernamente en torno a estas obras aceptan la intervención de los indígenas, nos preocuparemos por fundamentar históricamente aquellos trabajos, basándonos en ciertas líneas en las que hay evidencias más o menos claras para considerar que los indios realmente pudieron ser los pintores, salvo las naturales excepciones que se presentan en toda empresa humana.

Por todas estas razones, cuando los misioneros alaban la habilidad de los indígenas, lo hacen con pleno conocimiento de causa, puesto que varios de ellos alcanzaron a observar la magnificencia de las obras prehispánicas, antes de destruirlas, por considerar que en ellas estaba manifestada la acción demoníaca, o idolátrica como lo dice Sahagún con las siguientes palabras:

*Necesario fue destruir todas las cosas idolátricas, y todos los edificios idolátricos, y aún las costumbres de la república que estaban mezcladas con idolatría, y acompañadas con ceremonias idolátricas...por esta razón fue necesario desbaratarlo todo y ponerles en otra manera de policía, que no tuviese resabio de idolatría... (18)*

A pesar de esa destrucción y que más de un fraile lamentaría posteriormente, refiriéndose especialmente a los códices, (19) todavía hoy nuestros museos junto con otros del extranjero, conservan un acervo impresionante de piezas que atestiguan la veracidad

de las opiniones de los historiadores que vivieron en aquella época. Y sus palabras servirán también para fundamentar los juicios que expresaron en torno a los indígenas sobrevivientes, herederos de aquellas tradiciones cultivadas con tanta maestría y que tanto impresionaron a los conquistadores y a los misioneros.

Es asimismo importante pensar en que éstos, como hombres de su tiempo, tuvieron que estar influidos por el pensamiento profundamente religioso de su pueblo, el cual había combatido por siglos las creencias hebreas y musulmanas, y que aquí debió acrecentarse el encono en contra de una religión que exigía el sacrificio humano como suprema oblación a las deidades prehispánicas. Necesariamente tenían que combatir las prácticas rituales, idolátricas, como tanto lo recaicó Sahagún en las palabras citadas líneas atrás. Fue su lucha no tanto en contra del hombre sino en contra del poder del Demonio que se había apoderado del "ánima" de los moradores de estas tierras. Por tanto, había que arrancar de raíz las causas que motivaban esa religión sangrienta y que había creado obras impresionantes. Trabajo difícil, porque como lo dijo Motolinía:

*no bastaba [poder] humano para los destruir y destirpar, por [los] cuales era muy difícil dejar lo de tanto tiempo acostumbrado y en lo que se había envejecido...[pero] mientras más miro y me acuerdo de la muchedumbre y grandeza de los templos que el demonio en esta tierra tenía...me pone más espanto y admiración, porque bien mirado no se contentó con ser adorado como dios sobre la tierra, pero también se mostraba dios de los elementos.... (20)*

Estas palabras son claro testimonio de la profundidad de las creencias de los naturales pero, también, de la enorme habilidad que mostraron los hombres creadores de esos templos tan coloridos

y llenos de "grandeza" que causaron la admiración y el "espanto" de los españoles. Esta capacidad artística, que se extendió hasta los descendientes de los autores de aquellas obras, al cabo de poco tiempo sería utilizada por los frailes para sustituir los templos del Demonio con los nuevos edificios que se erigieron para la religión cristiana, muchas veces construidos sobre aquellos y con una actividad verdaderamente febril, como lo afirma fray Toribio Motolinía en varias ocasiones, una de las cuales es la siguiente:

*procuraron los frailes que se hiciesen iglesias en todas partes, y así, ahora en cada provincia adonde hay monasterios, hay advocaciones de los doce apóstoles, mayormente de San Pedro y San Pablo, los cuales demás de las iglesias intituladas de sus nombres, no hay retablo en ninguna parte adonde no estén pintadas sus imágenes.... (21)*

#### El entrenamiento de los pintores indígenas de monasterios

Esta preocupación de los misioneros para que se hiciesen iglesias y se pintasen "retablos", necesariamente tuvo que realizarse por medio de un entrenamiento previo que es necesario examinar para fundamentarlo. Se ha dicho en otra parte, aduciendo el testimonio de Mendieta, que los indígenas lo hicieron todo pero habría que preguntarse qué fue ese "todo" y como fue posible lograrlo. Ya se dijo también que existe hoy la opinión de que los artistas indígenas se entrenaron en la escuela franciscana de fray Pedro de Gante y en la agustina de Tiripitío, en Michoacán. Se da también como un hecho que los indígenas aprendieron ciertas técnicas al trabajar al lado de los escasos oficiales españoles que estaban encargados de las obras de la capital. Así lo afirman varios historiadores, entre ellos Motolinía, al decir por ejemplo:

*sacan cuantos atavíos e invenciones saben hacer y lo que han tomado y deprendido de nuestros españoles; y cada año se esmeran y hacen más primos, y andan mirando como monas para contrahacer todo cuanto ven hacer." (22)*

Así ocurrió ciertamente en muchos casos, pero estos hechos todavía no son suficientes para explicar y probar satisfactoriamente la realización de esa tarea gigantesca que significó pintar entre doscientos a trescientos mil metros cuadrados de muros aproximadamente, como se vio ya en el primer capítulo. Será necesario preguntarse si habrá sido posible, en realidad, preparar en tan solo esas dos escuelas al enorme número de pintores que fueron necesarios para esta empresa. Me parece que no se ha conmensurado el problema de esta manera, más es imprescindible hacerlo y con ello habrá que modificar varios de los puntos de vista sobre los cuales se ha trabajado hasta el presente. Iniciaremos nuestros análisis con las crónicas franciscanas que son las más fecundas.

Resulta en verdad extraño que fray Toribio de Benavente Motolinía no mencione específicamente a fray Pedro de Gante como el encargado de la escuela de San José de los Naturales en la ciudad de México, la que rindió tantos frutos para la evangelización. Es posible que su silencio, como ya lo dijimos anteriormente, se deba a que no quiso hacer historia de hombres, pero ello no es obstáculo para que dedique a las labores desarrolladas en ella, dos apretados capítulos, copiados y aumentados con mayores detalles por Mendieta y por Torquemada. En el primer párrafo, aquel autor afirma lo siguiente, y subrayo ciertas palabras para comentarlas después por la importancia que tiene su contenido:

*El que enseña al hombre la ciencia, ese mismo proveyó y dio a estos naturales grande ingenio y habilidad, la cual... parece por todas las ciencias, artes y oficios que les han enseñado, porque con todos han salido, y en muy más breve tiempo que no otras naciones, en tanta manera, que en venidos a los oficios que en Castilla están muchos años en los deprender acá en sólo mirarlos y verlos hacer, han muchos quedado maestros, y de esto espantados los españoles, dicen que los indios en sólo mirar los oficios los contrahacen... (23)*

A primera vista, cualquiera podría pensar en que el cronista, llevado de su amor por los indios se ha excedido en sus elogios; sin embargo, basta meditar un poco en ello para comprender que no hay exageración alguna sino que, por el contrario, son expresión de la verdad, de una realidad, si se recuerda lo que se dijo al hablar de la educación prehispánica, y si se piensa también en las obras salidas de los artífices indígenas destruidas por los misioneros, y las que sobrevivieron a la hecatombe de la Conquista. Esta opinión de fray Toribio es reflejo fiel de la educación impartida en los calmécac, donde los estudiantes no solamente oían y veían lo que hacían sus maestros, sino que ante su mirada vigilante, tenían que aprender a realizar las obras "ca de otra manera muy mal se deprenden los oficios, sino es metiendo la mano en ellas", (24) como tan atinadamente lo dice el mismo autor. Por esta razón los indios fueron como "monas" en tiempos de la evangelización, al imitar lo que hacían los oficiales españoles.

Siendo como fue la educación española tan distinta, y en el terreno del arte todavía más, era natural que los hispanos se "espantaran" de la asombrosa facilidad con que los indígenas reproducían procesos que solamente veían hacer. Ciertamente pudieron aprender al lado de aquellos oficiales varias de las técnicas desconocidas, como el uso de andamios, por ejemplo, o perfeccionar

otras que ya conocían de antaño. Pero Motolinía externa aquí un juicio importante, porque muestra una diferencia fundamental entre dos sistemas de vida: el español y el indígena y que marcará nuevos derroteros por los alcances que tuvo en la vida novohispana. Mientras en Castilla se estaban muchos años en aprender un oficio determinado aquí, en poco tiempo, quedaban maestros y tanto fue así que no podían menos que causar el espanto de los españoles acostumbrados a hechos diferentes. ¿Fue esto una opinión fantasiosa de Motolinía? Desde luego que no y aduciremos las pruebas más adelante. Examinemos antes otras palabras del mismo historiador:

*En los oficios mecánicos, así los que de antes los indios tenían como los que de nuevo han venido de España, en todos se han mucho perfeccionado. Después que los cristianos vinieron han salido grandes pintores, después que vinieron las muestras e imágenes de Flandes e Italia que los españoles han traído, porque donde hay oro y plata todo lo perfecto y bueno viene en busca del oro; no hay retablo ni imagen por prima que sea, que no saquen y contrahagan, en especial los pintores de México, porque allí va a parar todo lo bueno que de Castilla viene; y de antes no sabían pintar sino una flor o un pajarito o una labor como de romano, e si pintaban un hombre o un caballo, hacíanlo tan feo, que parecía un monstruo; agora hacen tan buenas imágenes como en Flandes... (25)*

Aunque el autor aparentemente relata sólo lo que ocurrió en San José de los Naturales, me parece que incluye, además, lo que sucedió en otras escuelas. Debido a que habla de lo que hacían los indígenas antes de la Conquista, podría pensarse que alude a estudiantes adultos; sin embargo, esto no es así porque esta escuela y las demás de los monasterios eran de tipo interno y exclusivas, por tanto, para niños y jóvenes hijos de nobles y principales. En cambio, las escuelas externas, situadas en el atrio, solamente eran para niños y adultos plebeyos. Me parece por tanto, que ha

habido una mala interpretación de las palabras de Motolinía y de las condiciones en que se desarrollaron la evangelización y la educación. Como un caso excepcional aunque improbable, cabría admitir la posibilidad de que algunos adultos fueron admitidos a la escuela interna, mas para afirmarlo haría falta una investigación más profunda, pues no parece haber señales de que así haya sucedido. Que algunos adultos tomaron parte en la pintura de algunos monasterios, es admisible y los casos de Cuauhtinchan y de Tecamachalco son los únicos históricamente conocidos.

Tampoco puede aclararse el asunto por lo que dicen Mendieta y Torquemada. El primer autor afirma: *"es bien presuponer el ingenio y la habilidad que los mismos indios para percibir lo que se les enseñase de su parte tenían y el primor que mostraban en los oficios que usaron en su infidelidad, antes que conociesen a los españoles"*. (26) Podría pensarse que, efectivamente, se refiere a los adultos pero, hasta donde se sabe, la escuela franciscana de Tenochtitlan, fue exclusivamente para niños y jóvenes, mas no para hombres que habían sobrepasado la edad de la juventud. Lo que éstos aprendieron fue por haber trabajado como ayudantes de los oficiales españoles y de los frailes mismos.

Mendieta y Torquemada citan otros oficios que no están descritos por Motolinía; pero en el mismo capítulo hablan de los pintores casi en la misma forma, aunque intercalan ciertos comentarios y sin que sepamos por qué, suprimen algunas líneas que son importantes, como la referencia a que los pintores de México eran más hábiles que otros. Y en esta opinión suprimida podría hallarse un hecho de capital importancia, porque con ella el

autor dio a entender que había en otros pueblos jóvenes artistas, y pintores desde luego, menos hábiles por alguna razón; acaso porque no se les enseñaba con el mismo cuidado con el que se hacía en la capital; tal vez por la falta de maestros suficientemente capacitados; por ser menor, quizás, el entrenamiento previamente recibido, en fin, hay todavía una serie de factores o aspectos desconocidos que podrían explicarlo. Debió existir asimismo una razón por la cual Motolinía escribió estas palabras, aunque no sea posible aducirla.

Por considerarlas trascendentes, no quisieramos dejar sin comentar las palabras en las que cita la habilidad "*que de antes los indios tenían*" porque se prestan para comprender el por qué de ciertos equívocos. Como está hablando de la educación que se impartía en San José, tendrá que admitirse que se refiere exclusivamente a los jóvenes y no a los adultos, ya que éstos no estudiaron en dicha institución. No hay contradicción en este asunto, porque los alumnos de los calmécac, dada la planeación y la rigurosidad de la educación prehispánica, conocían y desempeñaban ya algunos oficios desde temprana edad. Por esto, el historiador tiene razón al decir que pudieron perfeccionarlos, y aprender los nuevos que vinieron de España. Más adelante, examinaremos este tema al comentar otras referencias, pues lo consideramos de gran interés.

Por otra parte, mientras en Motolinía aparecen dispersos varios datos, como la hechura de las navajas de obsidiana, (27) la factura de los Cristos de caña (28) y las imágenes de pluma prehispánicas y cristianas, (29) en Mendieta y Torquemada todo

está comprendido en los capítulos consagrados a la educación de los jóvenes en la escuela capitalina pero, extrañamente, suprimen una referencia a los ministriles españoles quienes enseñaron música a los jóvenes de algunos pueblos mediante la paga correspondiente. Ninguno de los tres hace referencia alguna al empleo de otra clase de maestros; este hecho permitiría conjeturar que no hubo necesidad, por ejemplo, de pintores extranjeros puesto que en aquella institución se pudo entrenar a varios jóvenes para que ellos fuesen a enseñar a otros monasterios, y se puede aceptar, tentativamente, que dado el desarrollo religioso-artístico de pueblos como Tezcoco, Tlaxcala, Huejotzingo y Cholula, por ejemplo, en los calmecac de estos lugares hubo grupos de jóvenes debidamente preparados para ayudar a los frailes.

Por esta razón, la existencia de varias escuelas de artes mecánicas pudo ser una realidad, y a ello, creo, se refirió Motolinía en la cita anterior. Más aún, recordemos que fue costumbre establecida traer a los niños y jóvenes de otros pueblos para que estudiaran con el padre de Gante; de este modo pudo establecerse un intercambio fecundo que permitió la solución de los problemas pictóricos. Y si consideramos como verdaderas las palabras del historiador con las que afirma la diferencia que hubo entre los pintores que estudiaron en México y los de las escuelas pueblerinas, podremos comprender que a éstas no llegaba "todo lo bueno que de Castilla" venía, porque los medios económicos eran menores o porque tal vez consideraron que no hacían falta por contar ya con algunos de los alumnos entrenados en la casa matriz, quienes se constituyeron en los maestros de los alumnos de la escuela conven-

tual de aquellos pueblos. Aunque hayan existido ciertas restricciones se pudo entrenar de esta manera a un mayor número de los pintores (y escultores) que hacían falta para las numerosas obras que se realizaron.

A pesar de que esta proposición es del todo lógica, la carencia de mayores datos en las fuentes, impide ir más allá del terreno de la hipótesis. De haber sido así, era natural que la escuela de la capital contase con mejores medios y recibiese mayor atención la enseñanza de las artes mecánicas. Y aún es posible que en ella se planearan o elaboraran los proyectos iconográficos que habrían de realizarse en los monasterios de los pueblos y las pinturas de los pueblecitos de visita, si es que en alguna ocasión estuvieron pintados ya que los únicos ejemplos que conocemos son el de Santa María Xoxoteco, y el de Jihuico, ambos en el estado de Hidalgo, y relativamente cercanos uno del otro.

Tampoco hay que olvidar que los niños y jóvenes de otros lugares que eran educados en la ciudad de México, una vez terminados sus estudios volvían a sus poblados de origen para ayudar a los evangelizadores. Motolinía recuerda con especial atención a uno de los señores gobernantes de Tláhuac, por haber llevado a muchos niños para educarse en Tenochtitlan. (30)

Aunque las fuentes y documentos son muy pocos en este sentido, es posible que de este modo se haya podido establecer una continuidad en los estudios y en los beneficios de la enseñanza de la escuela de San José; así tendríamos la explicación del método seguido por los frailes franciscanos para realizar la mag-

na tarea de pintar los muros de sus conventos, cuya superficie según vimos en el capítulo segundo, pudo alcanzar la cifra de ochenta a cien mil metros cuadrados aproximadamente al mediar el siglo. Se nos ocurre pensar que, al mismo tiempo que se entrenó a los jóvenes para mejorar o adaptar sus técnicas para pintar al modo europeo y aprender la iconografía cristiana, también pudo ser posible que los frailes aprendieran los menesteres de la pintura mural al lado de sus propios alumnos, e incluso, ser enseñados por ellos puesto que muchos de los "secretos" técnicos formaron parte de un proceso que aprendieron en las escuelas prehispánicas.

Es natural que esto no puede pasar de una conjetura, ya que no hay dato alguno en las crónicas que permita sostener esta idea. Los frailes escribieron la historia de sus éxitos y fracasos en la conversión, pero no una historia de la pintura o de la escultura como nosotros la hubiéramos deseado.

Recordemos ahora unas palabras de fray Diego Valadés, cuyo testimonio es valioso por haber sido alumno distinguido de la escuela franciscana, amanuense de fray Pedro de Gante y más tarde profesor de dibujo, quien refiriéndose a la institución afirma que allí:

*Aprenden los jóvenes también a pintar, a dibujar con colores, las imágenes de las cosas, y llegan a hacerlo con delicadeza. A los principios, les enseñaba todas las artes mecánicas que se estilan entre nosotros, Pedro de Gante, varón de mucha piedad... las cuales artes, con facilidad y en breve tiempo dominaban, por razón de la diligencia y el fervor con que él mismo se las proponía. Y ya después se enseñan unos a otros, sin buscar lucro ni retribución... (31)*

Estas palabras se prestan a varias reflexiones; queda claro que de Gante fue el iniciador de esta institución, su primer maestro de artes, y con él aprendieron los jóvenes la pintura que tanta

falta les iba a hacer, así como 'todas las artes mecánicas'. Menos explícitas son aquellas palabras con las que parece indicar que hubo otros maestros que cobraban por impartir sus clases, sin que aclare el asunto. En cambio, los jóvenes no buscaban lucro ni retribución alguna. Tal vez, por modestia, no quiso incluirse entre los profesores; recalquemos que habla de jóvenes y no de niños y señala la facilidad con que aprendían a dibujar y a pintar "con delicadeza" y aunque diga que esto se debía "a la diligencia y fervor" con que les enseñaba el padre de Gante, también pudo haber otra razón para que captaran con rapidez los procedimientos, puesto que fue un arte del que ya conocían buena parte de los procesos aunque en distinto modo pues, si como hemos propuesto, algunos de estos jóvenes alcanzaron todavía a educarse unos años en las escuelas de los calmécac y fueron admitidos en la escuela franciscana, era natural que resaltara su habilidad y, también, que perfeccionaran los "oficios que de antiguo tenían" y que "sus padres y abuelos no supieron" como dijo Mendieta. (32)

Esta referencia del autor ha influido en algunos autores, como Robert Ricard para decir que en San José, los adultos aprendieron y perfeccionaron algunos oficios. ( 33) Consideramos, sin embargo, que no hay motivo para inferir tal hecho, puesto que se refieren específicamente a los muchachos grandecillos. Mendieta agrega que fray Pedro de Gante "para esto tuvo...en el término de la capilla algunas piezas y aposentos dedicados para el efecto, donde los tenía recogidos, y los hacía ejercitar primeramente en los más comunes", (34) y, posteriormente en los de mayor sutileza. Torquemada reitera lo anterior y añade que él todavía alcanzó a

ver esos "apostentos con los vasos de las colores". (35)

Me parece interesante señalar, a riesgo de ser prolijo, cierta diferencia en las expresiones utilizadas por Motolinía y por Mendieta. Mientras el primero al referirse a los indígenas, dice: "después de que los cristianos vinieron han salido grandes pintores, después que vinieron las muestras e imágenes de Flandes e Italia...", el segundo autor asienta que el hecho ocurrió después de que "vieron nuestras imágenes" de Flandes e Italia. Es decir, Motolinía habla de "muestras" y el segundo de "nuestras" imágenes, y no es fácil determinar quien tiene razón, y quizás se trate sólo de una interpretación de la paleografía. Parecería lógico que se hablase de "muestras", lo que se podría interpretar como "modelos" y en este caso creemos que se habla tácitamente de los grabados que con profusión tenían algunos de los libros impresos en Italia y en Flandes. En cambio, resulta difícil aceptar que se hubiesen traído óleos, aunque Motolinía hable de que "*donde hay oro y plata todo lo perfecto y bueno viene en busca del oro*"; es posible que dispusiesen de alguna imagen, pero no pudieron ser abundantes, dada la pobreza en que vivieron los franciscanos. Por otra parte, los tres historiadores asientan que antes de ser cristianos, las figuras humanas parecían monstruosas, lo cual se debía, según Mendieta y Torquemada, al influjo de la religión idolátrica, de allí que se "*pareciesen a sus propios dioses, que así se lo enseñaban y en tales monstruosas figuras se les aparecían, y permitíalo Dios, que la figura de sus cuerpos asemejase a la que tenían sus almas por el pecado en que permanecían.*" (36).

Al ocurrir entonces la conversión del indio todo el panorama

cambia; los monstruos se transforman ya en figuras aceptables, tanto que "agora hacen tan buenas imágenes como en Flandes e Italia". Podríamos entender que los primeros intentos realizados por los frailes para que los alumnos pintasen imágenes cristianas, ocurrieron en fecha temprana y que esos jóvenes todavía no alcanzaban a comprender una iconografía ajena a ellos; mas la enseñanza de la doctrina y el entrenamiento, así como la insistencia para que copiasen las "muestras" flamencas e italianas, dieron resultados aceptables después de algún tiempo. Inclusive se podría pensar que, al principio, pudo existir un brote de rebeldía en aquellos feligreses incipientes, por el cual se rehusaban a copiar los modelos que se les pedía reproducir.

Más la paciencia de los misioneros y el amor que les mostraron, quebrantaron la voluntad de los alumnos y poco a poco empezaron a mostrar sus habilidades, porque copiar un grabado "en especial [para] los pintores de México" como lo dice Motolinía, no podría ofrecer mayores problemas para quienes estaban educados para representar la enorme complejidad de las deidades prehispánicas, en las que cada detalle está claramente definido, ya que no se les podían permitir variaciones, sin correr el riesgo de cambiar el significado simbólico e iconográfico. Y fue entonces, cuando ya convertidos esos mancebos, se iniciaron las sorpresas de los frailes al advertir la enorme habilidad de que empezaron a dar muestras al reproducir con facilidad y destreza cuanto se les pedía por difícil que fuera. Sorpresa y espanto que fueron cada vez en aumento porque nunca imaginaron que esos muchachos poseyesen tantas cualidades; de allí que admirados de cuanto veían en sus estudiantes, se despertara la curiosidad de conocerlos mejor por

medio de los interrogatorios a que debieron someterlos, deseosos de saber cómo había sido posible el desarrollo de estas facultades.

De esta manera fue como su visión de la cultura indígena fue ampliándose cada vez más, pero el aspecto educativo les causó una impresión tan profunda, que se encuentra expresada a cada momento en varios de los misioneros que escribieron la historia de esta etapa; por ello hablan del espanto y admiración que causaba en todos cuantos veían a esos muchachos grandecillos captar en unos cuantos meses, lo que los aprendices españoles tardaban años en aprender. Este fue el encuentro doloroso y fructífero de dos culturas; tomando una, parte de la otra, pero sin ceder los frailes más de lo que les permitían las normas cristianas; aceptaron de la nativa lo mucho que de bueno había en ella, algunos de cuyos aspectos se señalaron anteriormente, pero hay otros que estudiaremos en el curso de este trabajo. Examinemos unas palabras de fray Bartolomé de Las Casas en torno a la habilidad de los mancebos:

*en los misterios e historias de nuestra Redempción, es maravilla con cuanta perfección los hacen, y señaladamente les he notado muchas veces en representar el descendimiento de la cruz y recibir el cuerpo del Salvador, [por] Nuestra Señora en su regazo, que llamamos quinta angustia, tienen gracia especial. Otra cosa y primor tiene grande: que si les piden que saquen una historia grande de un gran paño o retablo donde las figuras e imágenes sean grandes, y las pinten y metan en una paño o retablo muy chico la pinten y pongan en un grande, ver cómo las proporcionan según el tamaño del lienzo o del retablo donde las pasan, cosa es grande y de maravillar... (37)*

No dice Las Casas si esto lo vio hacer en un convento, mientras los jóvenes artistas pintaban sus murales, o si pudo verlo en alguna escuela. Cabría la posibilidad de que lo hubiese copiado de algún manuscrito, mas no lo hemos hallado. Al analizar el

párrafo escrito por el historiador dominico, se podría advertir que se refiere al empleo de los grabados de los libros, pues en ellos se encontraban profusamente ilustrados "los misterios e historias de nuestra Redención"; en cambio parece muy difícil que los evangelizadores hayan podido traer tantos óleos con todas esas escenas; y aun cuando hubo pinturas en las que se hallaban reunidos los pasajes más importantes de la Pasión de Cristo, es poco probable que las hayan traído y llevado de un monasterio a otro. Y cuando el historiador especifica el "descendimiento de la cruz" se piensa de inmediato en que esta representación corresponde a un grabado, el cual fue pintado en varios edificios, como en Atotonilco el Grande, Hidalgo, por ejemplo.

Por otra parte, ya no debe haber duda acerca de que la mayor parte de las pinturas murales tuvieron como fuente de inspiración el sin número de ilustraciones de los libros manejados cotidianamente por los frailes. Este hecho, por lo demás, constituye una prueba de que las variaciones de "estilos" renacentistas, flamencos, italianos, etcétera, que con tanta frecuencia se observan en las representaciones pictóricas de los conventos, salieron de los modelos copiados y no se debieron, por tanto, a la inspiración de los hipotéticos pintores españoles, ya que su presencia antes de mediar el siglo permanecerá en duda, mientras no se documente debidamente su participación en las obras conventuales.

Antes de proseguir con el asunto del aprendizaje y la realización de la pintura monástica, me parece necesario revisar lo poco que se sabe de la escuela agustina de Tiripitío. Es por demás extraño que Mendieta y Torquemada afirmen que el "primero y único

seminario que hubo en la Nueva España para todo género de oficios" (38) fue el franciscano y se olviden de la escuela michoacana de los agustinos, la cual contribuyó de manera importante en la realización de los murales de sus conventos. Que no lo haya dicho Motolinía es comprensible, porque dicha institución apenas estaba por iniciar sus labores educativas cuando este autor casi terminaba de escribir su obra. La fundación de Tiripitío data de 1537, pero las construcciones se terminaron en 1539 según lo afirma fray Diego de Basalenque. (39) Al año siguiente, el provincial de los agustinos, fray Jorge de Avila, determinó que se estableciese una "casa de estudios mayores" y el lector de artes y teología fue fray Juan Bautista. Poco después de esta fundación se hizo la de una escuela, quizás copiada o inspirada en el modelo franciscano y en ella se enseñaban "todas los oficios que son necesarios para vivir en policía, trayendo oficiales de fuera que les enseñasen la sastrería" pero, también les enseñaron la carpintería y la herrería, y al mencionar la "cantería y el samblaje", el autor relata que como eran cosas muy necesarias para el convento de Tiripitío "se escogieron buenos oficiales españoles, de que ya había abundancia en la tierra". (40)

La opinión del padre Basalenque nos parece exagerada y fuera de la realidad, dada la fecha que él mismo señala, o sea entre 1540 y 1541, porque contradice todo lo que hasta hoy se sabe respecto a la escasez de tales oficiales en la Nueva España, e incluso se opone a lo que relata fray Juan de Grijalva, ya que este autor cuando trata el mismo asunto, asienta que los estudiantes michoacanos iban a la ciudad de México para aprender los oficios que

les eran necesarios, (41) opinión que puede tener mayores visos de veracidad. A continuación, Basalenque escribe que *"Al fin fue Tiripetío la escuela de todos los oficios para los demás pueblos de Michoacán de donde le vino gran parte de su ruina, por las salidas que hacían a otros pueblos y no volvían."* (42)

De cualquier modo que haya sido, la escuela agustina fue bastante importante y contribuyó para que los discípulos de San Agustín tuviesen indígenas preparados para trabajar en los conventos de la orden. Y si la escuela acabó en la ruina, sin que sepamos en qué fecha ocurrió esto, quizás se debió a que no estuvo tan bien organizada como la franciscana que perduró hasta la muerte de fray Pedro de Gante, en 1572.

Dada la parquedad de las crónicas agustinas, no es posible aclarar adecuadamente cual fue el desarrollo del aspecto educativo y la evolución de los trabajos pictóricos. Quizás influidos por lo realizado por los franciscanos, siguieron el mismo sistema de capacitar a sus feligreses para hacerse cargo de las obras. Y aunque el padre Basalenque diga que *"en la pintura [los indígenas] no han igualado a los españoles, como en los demás oficios"* (43) sus palabras deben tomarse con cautela, pues por lo que se conoce de las escenas pintadas en los monasterios de esta orden, hay trabajos de excelente calidad, como también hay otros que adolecen de los mismos defectos que se encuentran en todos los murales; bastará comparar, por ejemplo, las escenas que están en Tlayacapan con las de la sacristía de Itzmiquilpan.

Hubiera resultado interesante poder hacer un estudio comparativo entre las pinturas conventuales de las tres órdenes, sin

embargo, aunque los estudios estéticos son importantes, no nos ocuparemos de ellos, pues los lineamientos de esta investigación están concentrados en la búsqueda de los responsables de la realización de las pinturas murales de los conventos, así como demostrar que estas obras fueron indispensables para enseñar la doctrina cristiana a los naturales de la Nueva España, conforme se estudio en el capítulo anterior.

#### Las pruebas aportadas por la historia y los pintores indígenas.

Como hemos propuesto que los pintores de los monasterios fueron los jóvenes educados por los misioneros, trataremos de fundamentar que este hecho pudo ser posible gracias a que habían tenido un entrenamiento previo en las escuelas prehispánicas. Considero que hay suficientes argumentos para llegar a una conclusión afirmativa, hasta donde esto es posible ya que, por fortuna, hay ciertas referencias históricas que permiten acercarse a la solución de este problema tan importante. Para esto, es indispensable preguntarse cuan ciertas pueden ser las opiniones de los misioneros que escribieron acerca de sus experiencias en los trabajos de la evangelización, los logros conseguidos y en qué forma contribuyeron los indígenas para desempeñar las tareas que les fueron impuestas.

Cuando se analizan las historias más importantes escritas por Motolinía, Sahagún, Durán o Mendieta, con frecuencia se advierten expresiones aparentemente hiperbólicas; este hecho podría hacernos dudar acerca de cuan verdaderos pueden ser sus juicios. Pero, si además de esto se estudia con cuidado la situación general

del desenvolvimiento de la vida novohispana y se confrontan con los hechos realizados, que en el caso nuestro conciernen a la paternidad de las pinturas murales, se puede aceptar que no hay tanta "exageración" como a primera vista podría pensarse. Más acertadamente se puede cambiar aquel término por el de "admiración", y una admiración conciente y sincera nacida de la realidad que empezaron a palpar poco a poco, en cuanto los muchachos que educaban en las escuelas monásticas dieron muestras de su talento.

Revisaremos ahora algunas de las expresiones de los historiadores y en primer lugar las de Motolinía, quien, como ya se estudió anteriormente, dijo que los artistas jóvenes hacían tan buenas imágenes como en Flandes pero, si *"pintaban un hombre o un caballo, hacíanlo tan feo, que parecía un monstruo"*. (44) Mendieta afirma casi lo mismo: *"pintores había buenos que pintaban al natural...más los hombres no los pintaban hermosos, sino feos, como a sus propios dioses, que así se lo enseñaban"*, (45) pero introduce aquí un juicio de carácter moral mucho más marcado que el de su antecesor, al señalar el influjo de la religión ancestral. Pero queremos recalcar ahora la afirmación subrayada de que así eran enseñados los indios a hacerlo, sin decirnos en este momento quien, cómo, ni dónde ocurría esa educación.

El cronista expresa en seguida un condicionante que justifica nuestra idea de que esa bondad de las imágenes estaba sujeta al hecho de convertirse a la religión cristiana: *"mas después que fueron cristianos...no hay retablo ni imagen por prima que sea que no retraten y contrahagan"*. (46) Fray Juan de Torquemada repite casi las mismas palabras.

El juicio de los historiadores franciscanos no es propiamente estético sino moral, pues comparan en este caso las imágenes cristianas con las prehispánicas: aquéllas reflejan la bondad divina, éstas el poder diabólico enseñoreado de las "ánimas" de los indígenas. La fealdad, por tanto, está relacionada con el trasfondo pagano o idolátrico de los moradores; sus opiniones obedecen a la concepción de un mundo totalmente distinto y en abierta oposición con el prehispánico, y, por ello, los evangelizadores dedicaron todos sus esfuerzos para destruir ese reino del Demonio.

En cuanto ocurren las conversiones en los alumnos que educaban y que es lo que nos interesa estudiar, los conceptos de los frailes cambian radicalmente: el joven indio se convierte en un ser humano en su plenitud porque el Demonio ha sido vencido. Por esto lo recalcan tanto los misioneros; y si igualmente habían exaltado la capacidad y la habilidad de algunos de los indígenas y nos referimos especialmente a los artistas y a los maestros-sacerdotes, con todo y lo teñido que estaban de "cosas idolátricas", al volverse cristianos con más razón habrían de sentir que sus desvelos fructificaban. Todavía se sintieron más felices de ver cómo los jóvenes que educaban en las escuelas monásticas, lograron comprender mejor el sentido cristiano de las enseñanzas que les impartían día con día, y que esas imágenes por medio de las cuales se les enseñaba empezaron a salir de sus manos con una facilidad relativamente asombrosa.

Para mostrar la diferencia que pudieron sentir los evangelizadores entre la iconografía indígena y la cristiana, se incluyen



tllur. Inicoac emocencauis in miah  
 teulatl ice moteca, ian tauli ic  
 omis xapetzini icimian mepuati in  
 xicoatl, moneca in yzpac copalli, inu  
 qui emoteneub: inoacub, memo teoti.  
 imian mocanaca itzapattepan, quan  
 maha mommiloa: icimian itab mo  
 tlatia, iteb mocatlocha neltlatliti,  
 coquil inicoapinaz teucatliti:  
 inicoa tlein mocchioz, inicoa tlatza  
 anoge tlapochehuileni, in piteca  
 iotia pozfomadec, icimicula, ic mo  
 tlatlamachia iniqualli tlacuilolli:  
 ococna icquimat in xicoatliti, ce  
 cenea ic tlahuica inietlacuilole, in  
 rultecatioa: xatet, acchib, cecni mo  
 copina in xicoatliti. Inicoac o  
 uel mocencaub: ipan onmopachoa  
 in tlapinalom; caoncaca icopi  
 naloca imis quich tlamacotli, inico  
 te tota tlapalli, anoge suchitl, anoge  
 quila tlapalli, inicoa tlein quahneq  
 qui tlahuilolli ic onmopachotliub ic  
 onmocalotliub quauhtentli quite  
 caictia quauhtititli, az omil inietl  
 in iectia inmoictlatia. Inicoac  
 emocencauis, inonouitampa nazab  
 xicoatliti: imian ic ice moteca

algunos ejemplos. Es indudable el horror que debieron experimentar los frailes al observar las figuras de las deidades ancestrales, ya que para ellos dichas obras no eran sino obra del Demonio cuya figura, por otra parte, no tenía nada de atractiva. Hubiera sido interesante saber qué pensaron los naturales, y lo que se habrán dicho entre ellos, cuando los misioneros les decían que sus dioses eran horribles; porque entre unas imágenes y las otras no había gran diferencia. El hecho es que los frailes destruyeron cuanta deidad llegaba a sus manos, y peor tragedia debió ser para los sacerdotes indígenas ver cómo muchas de ellas caían por manos de los alumnos de las escuelas monásticas quienes ya convertidos, fueron eficaces ayudantes de los misioneros.

Analicemos otras opiniones de Motolinía respecto a las actividades de los alumnos de la escuela dirigida por fray Pedro de Gan te, a los que separa claramente en tres grupos. El primero está formado por niños pequeños, menores de once *"que verlos servir al altar e ayudar a misa con tanta diligencia y cuidado, que los españoles están espantados y mucho más los frailes que vienen nuevamente de Castilla"*. (47) En el segundo grupo están los que tienen *"hasta once o doce años que saben leer y escribir, cantar canto llano y canto de órgano"*. (48) Al tercero, corresponden los muchachos o mancebos, aunque no menciona las edades pero como sobrepasan los trece, se podría conjeturar que en el grupo hubo incluso, jóvenes que frisaban entre los dieciocho y los veinte en 1526 y citamos esta fecha, basados en las palabras del autor al indicar ese segundo año como el inicio verdadero de la campaña organizada de la educación y evangelización, gracias al

conocimiento que ya habían adquirido de la lengua náhuatl.

A uno de estos mozos grandecillos, originario de Tezcoco, le dieron "por muestra una bufa, y sacóla tan al natural que la letra que hizo parecía el mesmo molde...y [al]bajo sacó la firma.. y un Jesús [I.H.S.] con una imagen de Nuestra Señora...que parecía no haber diferencia del molde a la otra". (49) A otros muchachos "que han impuesto en iluminar o lo han visto, luego salen con ello, y lo que más es muy de notar, que han sacado imágenes de planchas, bien perfectas figuras, que se espantan cuantos las ven...". (50)

En estas palabras de Motolinía y repetidas por Mendieta y por Torquemada se puede advertir ya, sin dar lugar a dudas, el influjo de la eficiente educación recibida por esos jóvenes en las escuelas indígenas. Su habilidad para reproducir esas "imágenes de planchas" refiriéndose a los grabados, no fue producto de unos cuantos días de enseñanza sino la consecuencia del entrenamiento que habían recibido antes de la Conquista. Algo semejante se podría decir de los que iluminaron ciertas figuras. Recordemos que Valadés afirmó que aprendían a dibujar y a pintar con delicadeza. Por tanto, no es una figura retórica la que utiliza el cronista al decir que los españoles y aún los frailes recién llegados, se espantaban de ver con cuanta destreza reproducían lo que se les pedía hacer; o aprendían de memoria oraciones, textos de la doctrina, obras de teatro; y no se diga de la música a la que fueron tan aficionados antes de la evangelización y después de ella. Motolinía refiere cómo un indio cantor de Tlaxcala compuso una "misa entera por puro ingenio, y la han oído hartos

*españoles cantores, buenos cantantes, y dicen que no le falta nada aunque no es muy prima". (51)*

Relata igualmente cómo unos ministriles peninsulares enseñaron música a los indios de varios pueblos, mediante la paga correspondiente. "e yo oí afirmar a estos menestriales españoles, que lo que estos indios naturales aprendieron en dos meses, no lo aprendían en España españoles en dos años".. (52)

En varias ocasiones utiliza la comparación para diferenciar lo que sucedía entre los alumnos indígenas y los jóvenes españoles; casi siempre toca a éstos la peor parte porque aquéllos aprendían con una rapidez extraordinaria. Estos hechos nos obligaron a buscar una explicación razonada y razonable que, en realidad, nada tiene de extraordinario, porque es resultado de la diferencia de los sistemas educativos nativos y europeos. El hecho de que los estudiantes de los conventos aprendiesen música en un lapso mucho más corto que en España, no era un milagro sino el fruto de una enseñanza perfectamente conducida y programada, ya que desde muy pequeños habían sido educados en la música, el canto y el baile; por esta razón no les costó gran trabajo integrarse a un nueva concepción musical bajo la dirección de los frailes; solamente fue necesario encauzarlos un poco para que demostrasen sus facultades y ocurrió algo semejante en otros aspectos artísticos, como el de la pintura, todo lo cual es claro reflejo de los métodos aprendidos en el Quicacalli o en los calmécac; y, por lo mismo, se llega a la conclusión que no hay otra forma de explicar los resultados que esos muchachos mostraron ante los ojos asombrados de los misioneros.

Presentamos nuevamente la tabulación de edades incluida en el capítulo cuarto, para analizar sus edades y examinar si fue posible que algunos de esos jóvenes, mozos grandecillos o mancebos como fueron llamados, pudieron estudiar todavía en las escuelas prehispánicas, y hasta qué grado, de acuerdo con los tres grupos que ha citado Motolinía: seis a doce años para el primero y segundo; del tercero, solamente se puede decir que fueron mayores, entre los trece a los dieciocho o veinte años. De acuerdo con esto, si se tomaran como base los años de 1526 o 1527 en los que sucedieron hechos importantes como el primer matrimonio en Tezcoco, inicio de los bautizos en buen número de los ya catequizados, funcionamiento de las primeras cuatro o cinco escuelas conventuales, según los informes que proporciona el mismo autor, se obtendrán resultados interesantes. Baste recordar que los niños iniciaron sus estudios desde la edad de cinco, y por ello, en la hilera superior aparecen marcados los años de ingreso comprendidos entre 1505 a 1520, en tanto que en la primera columna de la izquierda se leerán los años de estudio que van de 1506 al de 1520, que fue el último periodo de actividad educativa, pues a causa de la invasión española todo quedó interrumpido.

De este modo, el máximo ciclo fue quince años de permanencia en la escuela y que corresponderían al niño que, nacido en 1500, ingresó en 1505; por tanto, en el momento en que se inicia la gran campaña, era ya un hombre de 26 años; y el nacido en 1515 frisaba en los once años, pero ya no alcanzó a estudiar tiempo alguno, y el que tenía doce, porque nació en 1514, apenas logró asistir a un "ciclo lectivo". Traslademos estas conjeturas a lo que dijo

## TABULACION DE EDADES

A PARTIR DE 1505 SE SEÑALA EL INGRESO DE LOS NIÑOS A LOS CALMECAC, Y SU ESTUDIO SE DA POR INTERRUPTO ENTRE 1520 a 1521 A CAUSA DE LA CONQUISTA HISPANA.

	1505	1506	1507	1508	1509	1510	1511	1512	1513	1514	1515	1516	1517	1518	1519	1520
1506	1-6															
1507	2-7	1-6														
1508	3-8	2-7	1-6													
1509	4-9	3-8	2-7	1-6												
1510	5-10	4-9	3-8	2-7	1-6											
1511	6-11	5-10	4-9	3-8	2-7	1-6										
1512	7-12	6-11	5-10	4-9	3-8	2-7	1-6									
1513	8-13	7-12	6-11	5-10	4-9	3-8	2-7	1-6								
1514	9-14	8-13	7-12	6-11	5-10	4-9	3-8	2-7	1-6							
1515	10-15	9-14	8-13	7-12	6-11	5-10	4-9	3-8	2-7	1-6						
1516	11-16	10-15	9-14	8-13	7-12	6-11	5-10	4-9	3-8	2-7	1-6					
1517	12-17	11-16	10-15	9-14	8-13	7-12	6-11	5-10	4-9	3-8	2-7	1-6				
1518	13-18	12-17	11-16	10-15	9-14	8-13	7-12	6-11	5-10	4-9	3-8	2-7	1-6			
1519	14-19	13-18	12-17	11-16	10-15	9-14	8-13	7-12	6-11	5-10	4-9	3-8	2-7	1-6		
1520	15-20	14-19	13-18	12-17	11-16	10-15	9-14	8-13	7-12	6-11	5-10	4-9	3-8	2-7	1-6	
(Interrupción de las labores en las escuelas prehispánicas: 1520 o 1521)																
1521	(15-21)	14-20	13-19	12-18	11-17	10-16	9-15	8-14	7-13	6-12	5-11	4-10	3-9	2-8	1-7	0-6
1522	15-22	14-21	13-20	12-19	11-18	10-17	9-16	8-15	7-14	6-13	5-12	4-11	3-10	2-9	1-8	0-7
1523	15-23	14-22	13-21	12-20	11-19	10-18	9-17	8-16	7-15	6-14	5-13	4-12	3-11	2-10	1-9	0-8
1524	15-23	14-23	13-22	12-21	11-20	10-19	9-18	8-16	7-16	6-15	5-14	4-13	3-12	(2-11)	1-10	0-9
(Llegada de los primeros doce franciscanos: 1524)																
1525	15-25	14-24	13-23	12-22	11-21	10-20	9-19	8-18	7-17	6-16	5-15	4-14	3-13	2-12	1-11	0-10
1526	(15-26)	14-25	13-24	12-23	11-22	10-21	(9-20)	8-19	7-18	6-17	5-16	4-15	3-14	(2-13)	(1-12)	0-11
(Inicio de la evangelización en forma organizada: 1526-1527)																
1527	15-27	14-26	13-25	12-24	11-23	10-22	9-21	8-20	7-19	6-18	5-17	4-16	3-15	2-14	1-13	0-12
1528	15-28	14-27	13-26	12-25	11-24	10-23	9-22	8-21	7-20	6-19	5-18	4-17	3-16	2-15	1-14	0-13
1529	15-29	14-28	13-27	12-26	11-25	10-24	9-23	8-22	7-21	6-20	5-19	4-18	3-17	2-16	1-15	0-14
1530	15-30	14-29	13-28	12-27	11-26	10-25	9-24	8-23	7-22	6-21	5-20	4-19	3-18	2-17	1-16	0-15
1531	15-31	14-30	13-29	12-28	11-27	10-26	9-25	8-24	7-23	6-22	5-21	4-20	3-19	2-18	1-17	0-16
1532	15-32	14-31	13-30	12-29	11-28	10-27	9-26	8-25	7-24	6-23	5-22	4-21	3-20	2-19	1-18	0-17
1533	15-33	14-32	13-31	12-30	11-29	10-28	9-27	8-26	7-25	6-24	5-23	4-22	3-21	2-20	1-19	0-18
1534	15-34	14-33	13-32	12-31	11-30	10-29	9-28	8-27	7-26	6-25	5-24	4-23	3-22	2-21	1-20	0-19
1535	15-35	14-34	13-33	12-32	11-31	10-30	9-29	8-28	7-27	6-26	5-25	4-24	3-23	2-22	1-21	0-20
1536	15-36	14-35	13-34	12-33	11-32	10-31	9-30	8-29	7-28	6-27	5-26	4-25	3-24	2-23	1-22	0-21
(Fundación de la escuela de Santa Cruz de Tlatelolco)																
1537	15-37	14-36	13-35	12-34	11-33	10-32	9-31	8-30	7-29	6-28	5-27	4-26	3-25	2-24	1-23	0-22
1538	15-38	14-37	13-36	12-35	11-34	10-33	9-32	8-31	7-30	6-29	5-28	4-27	3-26	2-25	1-24	0-23
1539	15-39	14-38	13-37	12-36	11-35	10-34	9-33	8-32	7-30	6-30	5-29	4-28	3-27	2-26	1-25	0-24
1540	15-40	14-39	13-38	12-37	11-36	10-35	9-34	8-33	7-31	6-31	5-30	4-29	3-27	2-27	1-26	0-25

Lectura de la tabla.- La hilera superior indica los años en que ingresaron los niños a partir de los cinco de edad. La columna derecha senala los años de estudio, y la primera cifra marca la permanencia en el calmecac, en tanto que la segunda cifra despues del quón indica la edad del individuo.

fray Toribio respecto al muchacho de Tezcoco que reprodujo la bula, los que pusieron a iluminar o el joven tlaxcalteca que compuso la misa. Como no indicó la edad y sólo mencionó que eran un poco mayores, les asignaremos edades entre los trece y como máximo veinte años. Recórrase la hilera de 1526 y se podrá observar que su periodo educativo osciló entre los dos y los nueve años, etapa que dada la rigurosidad y la eficiencia de la enseñanza prehispánica, constituye un tiempo digno de tomarse en cuenta, ya que durante su transcurso pudieron adquirir diversos grados de conocimiento de los temas religiosos, musicales, históricos, y, desde luego, para los predestinados al estudio de las artes mecánicas, en ese lapso, los maestros indígenas tuvieron la oportunidad de enseñarles los secretos del oficio y las técnicas necesarias para desempeñar cualquiera de ellas con la maestría que dependió del tiempo transcurrido.

En esta forma, las expresiones de admiración pero, sobre todo las de espanto sentidas por los españoles, podrán ser evaluadas de manera diferente y ya no parecerán hiperbólicas, sino lógicas, aunque estén preñadas del amor que gran número de los misioneros sintieron por los indígenas. Por esta misma razón, si se estudian con cuidado las historias escritas por los frailes; se las relaciona con los hechos que narran y se observan las obras conventuales, especialmente las pinturas de los monasterios del siglo XVI, que son el objeto de esta investigación, se comprenderá y se comprobará igualmente, el por qué los evangelizadores no necesitaron realmente esperar con los brazos cruzados, a que vieran pintores españoles para realizar esa gigantesca tarea de

ornamentar sus conventos con las escenas religiosas que tanto les ayudaron para hacer comprender y difundir la doctrina cristiana.

Lo anterior podrá explicar también que el indio no era un genio, sino un hombre educado de manera eficiente y desde luego en forma distinta a como se acostumbraba en España. Unas palabras de Torquemada muestran los enfoques diametralmente distintos de ambos sistemas de vida:

*Confusión es grande para las gentes de estos tiempos, y muy mayor para los de nuestra nación española, que en lugar de criar hijos para que vivan sanos, crian muñecas, para tener de ordinario en cama. Y si cotejamos los niños y mancebos de aquellos tiempos con los de ahora, son aquellos afrenta de éstos.*  
(53)

Muy lejos estuvo del pensamiento de los maestros indígenas el criar muñecas; todo lo contrario, el rigor fue extremo para hacer seres resistentes a la adversidad pero, también, supieron aprovechar las facultades del hombre, conforme se examinó basados en los estudios realizados por Sahagún. Y dentro de los métodos para formar a los hombres, el arte desempeñó un papel fundamental por haber estado unido de modo profundo a la religión, regidora por excelencia de la vida prehispánica. Es oportuno recordar unas palabras de fray Diego Durán porque refuerzan lo anterior y todo cuanto escribió fray Bernardino, parte de lo cual hemos citado a lo largo de este trabajo. Durán refiere lo siguiente:

*Cierto, no se si la habrá habido en el mundo, y que en lo dicho sea verdad. No quiero mas probabilidad de ello de que los que tratan [a los indios] son gentes que ignoran los principios en lo que toca a la mucha orden en que estos vivieron en su antigua ley...donde los unos y los otros tenían ayos y maestros y prelados que les enseñaban y ejercitaban en todo género de artes: militares, eclesiásticas, y mecánicas, y de astrología... de todo lo cual tenían grandes y hermosos libros de pinturas y caracteres de todas estas artes, por donde les enseñaban.* (54)

Como la existencia de los calmécac no estuvo limitada a Tenochtitlan, sino que también los hubo en otras provincias, sujetas o no al poder central de los mexicas, se comprenderá que los frailes tuvieron a su disposición un buen número de jóvenes previamente educados y a los cuales pudieron utilizar para resolver la ornamentación de sus conventos. El aprendizaje y la representación de la iconografía cristiana no ofreció mayor obstáculo; se trataba de copiar un dibujo a línea, y aún cuando su diseño pudiese parecer complicado al principio, no podría serlo más que la página de un códice. Incluso los detalles simbólicos cristianos son relativamente sencillos en comparación con los que lleva una deidad prehispánica, en la cual la alteración de uno o más elementos puede cambiar el significado; y el rigorismo se extendió también a los colores, muchísimo más complejos que los de las imágenes cristianas.

Por otra parte, a pesar de las deficiencias que hay en las fuentes acerca de informes precisos sobre los trabajos de los pintores y de los escultores, es indudable que los lineamientos generales eran comunes para todas las artes ligadas a lo religioso, y por ello es indudable que debieron participar del beneficio escolar. Bastará recordar, por ejemplo, el hincapié hecho por Sahagún acerca de los diversos menesteres técnicos que debían satisfacer los orfebres, los lapidarios, los amantecas; su intenso conocimiento de los materiales, la complicada elaboración de los colores a partir de vegetales y minerales, por ejemplo. El manejo de los cuales se iniciaba cuando apenas eran mocillos, pues era su obligación preparar la tinta con que se tenían los sacerdotes.

Recuérdese cómo el autor indica que una de las obligaciones de los estudiantes fue la reparación de lo "desollado" de los templos, antes de que se celebrara la festividad religiosa de una deidad; asimismo construían paredes, encalaban muros; en fin, todas aquellas labores materiales ligadas de manera íntima con el aspecto religioso, eran responsabilidad exclusiva de los sacerdotes y de los niños y jóvenes que se preparaban en las escuelas ya que, como se ha visto anteriormente, a ningún lego se le permitía intervenir en aspecto alguno relacionado con el ceremonial.

De aquí pues, y habremos de recalcarlo una y otra vez, lo que ahora consideramos como arte, arte prehispánico, tuvo que hacerse por gente preparada religiosa y específicamente para ello: el artista era sacerdote y el sacerdote un artista; largos años de preparación religiosa y técnica en los calmécac los respaldaban.

No es ilógico pensar entonces que los frailes, una vez que conocieron los detalles más importantes al menos, de este desenvolvimiento de la sociedad indígena, se percataron de que tenían que aprovechar aquellas cualidades cultivadas con tanto esmero y aunque no lo hayan puesto todo por escrito, es legítimo inferirlo de algunas alusiones que están en sus historias, como aquella en la que se dice cómo un indio fue capaz de sacar oro batido en un año con sólo mirar de manera subrepticia, ya que el español, oficial de ese arte, escondió lo más que pudo el secreto de sus procesos, temeroso de que cayera en manos de los indígenas porque entonces ya no podría cobrar mayor precio por sus productos. Pero los indios *"no esperaron a eso, sino [que] miraron todas las particularidades del oficio, y contaron los golpes que daba con*

el martillo, y adonde hería y como volvía y revolvía el molde, e antes que pasase el año, sacaron oro batido". (55) Lo mismo le ocurrió al que hacía guadameciles, al fabricante de sillas de la jineta, a los curtidores de cueros, y a otros más, ya que no viene al caso repetir cada uno de los ejemplos que se hayan en las historias de Motolinía, Las Casas, Mendieta y Torquemada. La explicación de todas esas referencias históricas que corresponden a una realidad, se encuentran condensadas en las palabras que el primer autor puso en labios del "batihoja o bastidor de oro que pasó a esta Nueva España, aun[que] quiso esconder el oficio y decía que era menester estar un hombre para aprendiz suyo ocho años para saber el oficio." (56)

Hemos subrayado unas palabras que confirman la diferencia esencial que hubo entre el aprendizaje español y el indígena; mientras aquí los estudios del arte estaban integrados a la educación y a la vida, allá dependían de los conocimientos limitados de un solo individuo; por eso se tardaban años en aprender las particularidades de cualquier oficio. No será necesario abundar más en este asunto pues se explica por sí solo. Es indudable que todas las experiencias que adquirieron frailes e indios fueron de enorme valor para resolver los graves problemas a que se enfrentaron unos y otros; influyeron también en las obras que se hicieron con la dirección de los misioneros y el trabajo de los indios, parte de cuya historia habremos de estudiar en seguida, en busca de mayores datos para fundamentar el trabajo pictórico de los indios jóvenes en los conventos.

Algunos trabajos artísticos de los indios.

Basados en los escasos datos conservados en las fuentes, analizaremos ahora otro tipo de pruebas relacionadas con los trabajos realizados por los indígenas en los templos y conventos novohispanos del siglo XVI. Cuando Motolinía, seguido por Mendieta y Torquemada, habla de las primeras actividades de los franciscanos y de los indios, refiriéndose a los relicarios donde se colocaba al Santísimo Sacramento, relata que sus feligreses:

*los atavían de dentro y de fuera muy graciosamente con ricas labores y muy lucidas de oro y pluma, que de esta obra en esta tierra hay muy primos maestros, que en España y en Italia los ternían [tendrían] en mucho y los estarían mirando [con] la boca abierta, porque así lo hacen los que acá nuevamente vienen; y si alguna obra de ésta ha ido a España imperfecta e las figuras e imágenes feas, halo causado la imperfección de los pintores, que primero sacan la muestra e dibujo, y después el amantecatí, que así se llamaba el maestro que asienta la pluma, y de este nombre tomaron los españoles llamar a todos... amantecas... Eperol los otros oficiales cada uno tiene su nombre; si a estos amantecas les dan buenas muestras de pincel tal sacan otra de pluma; y cómo los pintores se han mucho perfeccionado e dan buenos dibujos, hácense ya preciosas imágenes... e cada día se van esmerando en ataviar las iglesias y templos y los que primero hicieron pequeños y no bien hechos, van enmendando y haciendo grandes... (57)*

advertimos como el historiador hace hincapié en el perfeccionamiento de los pintores, y cuando dice que ya hacen preciosas imágenes, se podría inferir el influjo de la educación monástica en la cual se les proporcionaban ya los modelos que debían reproducir, por medio de los grabados, o quizás algún óleo de los escasos que en esta época tenían los frailes. Desgraciadamente no dice el autor si esos artistas eran jóvenes o adultos. Solamente podemos conjeturar que pudieron ser unos y otros, aunque la conversión de los segundos presentó mayores dificultades, y, por otra parte, como ya se vio al hablar de los trabajadores de la pluma, éstos

ingresaban al "Amantlan Calmécac" desde muy pequeños, por lo cual habían adquirido cierta destreza en la realización de las obras. Las dos últimas líneas recuerdan de cerca aquellas palabras de fray Bartolomé de Las Casas respecto al hacer imágenes grandes a partir de unas más pequeñas y viceversa.

Si se tomaran al pie de la letra las palabras de Motolinía, estos hechos ocurrieron en época temprana, según lo indica en el inicio del capítulo [33] con las siguientes palabras "*Los tres años primeros o cuatro después [de] que se ganó México, en solo San Francisco había Sacramento, y después el segundo lugar [en] que se puso fue Texcoco...*". (58) Mendieta incluye las palabras anteriores a la mitad del capítulo décimo octavo de su Libro III pero en el principio, al hablar de la primera iglesia de San Francisco que hubo en Tenochtitlan, cita específicamente el año de 1525; mas el tiempo transcurrido para que aquellas obras se hubieran realizado es increíblemente corto. Esta contradicción tal vez podría explicarse si se considera que esa conquista de México se relaciona más bien con la espiritual (1524) y entonces los tres o cuatro años se situarían entre 1527 y 1528, con lo cual habría concordancia con lo dicho por Motolinía, y así hubo tiempo para que los alumnos de los franciscanos, alcanzaran ese perfeccionamiento para hacer los "buenos dibujos", los relicarios y esas "preciosas imágenes" con plumas de las que ha hablado el historiador, así como otras obras. Ni Mendieta ni Torquemada mencionan estas actividades.

En otra ocasión, fray Toribio se refiere a un hecho ocurrido "*en el cuarto año de la llegada de los frailes*", o sea en 1528,

en el que a causa de las torrenciales lluvias, los franciscanos de Tezcoco organizaron las primeras procesiones para invocar la ayuda divina con una "pobre cruz" pero, a continuación, viene un párrafo interesante, aunque confuso:

*y luego hicieron muchas cruces y banderas de santos y otros atavíos para sus procesiones; y los indios de México fueron luego allí a Tezcocol a sacar muestras para lo mismo; y dende a poco tiempo comenzaron en Huevezinco [Huexotzingo] y hicieron muy ricas y galanas mangas de cruces y andas de oro y pluma; y luego por todas partes comenzaron de ataviar sus iglesias, y hacer retablos, y ornamentos, y salir en procesiones... (59)*

Es un poco extraño leer que los indios de México hayan ido a Tezcoco para sacar muestras de esas banderas de santos y otros atavíos, pues podríamos haber supuesto que se les enseñaría a hacerlas en la escuela de la capital. Pero nos confunde más todavía la referencia a Huejotzingo por la forma en que fue escrito todo el párrafo, y como Motolinía no aclara más este asunto será necesario buscar el sentido que quiso darle el autor, mejor dicho el compilador de lo que hoy se conoce como "historia" de fray Toribio, ya que lo anterior no aparece en los Memoriales.

Si tal hecho fue verdadero, se podría pensar en que la escuela monástica tezcocana estuvo mejor organizada que la de Tenochtitlan durante esos primeros cuatro o cinco años, lo cual no sería difícil de aceptar, pues fray Pedro de Gante estableció allí su primer colegio desde 1523 y no es creíble hubiese desaparecido al año siguiente ni en los venideros, con motivo de la llegada de la misión de los "primeros doce" en 1524. Pudieron funcionar al mismo tiempo esas dos instituciones y las demás que poco a poco se fueron fundando en otros poblados importantes.

Por otra parte, dado el esplendor que se dice tuvo Tezcoco antes de la conquista española, es obvio suponer que debió contar asimismo con eficientes escuelas prehispánicas en las que se desarrollaron labores artísticas importantes, para corresponder así a la opinión de Motolinía, quien dice que allí "había los más y mayores teocallis o templos del demonio, y más llenos de ídolos y muy servidos de papas y ministros". (60) De acuerdo con estos datos, todo parecería indicar que la escuela tezcocana se adelantó a la tenochca en algunos aspectos, de allí que los mexicanos y los huexotzincas hayan ido a Tezcoco para el aprendizaje mencionado. Recordemos que según Clavijero, en esta ciudad estuvo la escuela de pintura más importante de la época prehispánica. (61)

Hacia 1537, según el mismo Motolinía, los franciscanos tenían doce monasterios en torno a la ciudad de México, y, además;

*Habrá en este circuito que digo, quinientas iglesias, entre chicas y grandes, y si no les hubieran ido a la mano a los indios, y tuvieran libertad de edificar, no es mucho que hoy hubiera hoy día mil iglesias... porque cada principal quería su iglesia para edificar. Es gente rica, porque todos trabajan; ellos allegan la piedra a cuestras; ellos hacen la cal, los adobes y los ladrillos; ellos se hacen las paredes, ellos... labran la madera; albañiles y encaladores entre ellos hay quien las atavía y las ponen en perfección... (62)*

Aunque el número de iglesias parece exagerado, varias de ellas sólo fueron meros cuartitos de adobe, o pequeñas capillas que poco trabajo costó edificar. Más interesante es la alusión del autor respecto a la conversión de esos indios principales; este hecho, aunque no sea del todo imposible, muestra la intensa labor de los misioneros franciscanos. Pero destacaremos el trabajo de los indígenas en todas estas actividades y la idea de la riqueza a que

se refiere el cronista, quizás deba entenderse en el trabajo de conjunto y no en el dinero, como podría indicarlo ese reiterado empleo de la palabra "ellos" que aparece en el párrafo. Aun cuando no habla ahora de los pintores, podemos admitir que en esa docena de monasterios se pintaron ya algunos temas iconográficos, como ocurrió sólo dos años después en la capilla abierta de Tlaxcala, en 1539, según lo dice Motolinía y lo citaremos después.

Incluso, entre estos indios debieron existir algunos pintores, como parece sugerirlo el hecho de que entre ellos había quien "las ataviaba y ponía en perfección". Recordaremos nuevamente lo que dijo Sahagún respecto de las obligaciones de los alumnos del calmécac, entre las cuales estuvieron el encalado, el cuidado de los templos, y también la pintura porque ésta fue un elemento indispensable, aunque esto último no aparezca señalado.

Mendieta consigna lo dicho por fray Toribio, pero agrega que los indios son los que han hecho todo:

*con tanta voluntad y alegría como si edificasen casas para sí y sus hijos, y rogando a los frailes que se las dejasen hacer mayores ¿Y quién proveyó a las iglesias y los ornamentos, vasos de plata y todo lo demás que para su arreo y ornato tienen sino los mismos indios...? (65)*

Podría ser discutible su afirmación acerca de la alegría que sintieron los indios; empero, ésto así pudo ocurrir gracias a la labor de los evangelizadores que supieron captarse la voluntad y el cariño de muchos de ellos, especialmente cuando agobiados por la explotación a que estuvieron sujetos, los únicos que acudieron en su defensa fueron los frailes.

Por otra parte, antes de la llegada de los conquistadores

los trabajos rudos fueron ejecutados siempre por los macehuales, obligatoriamente, de manera que hasta cierto grado, en lo que se refiere al trabajo, hubo poca diferencia entre las dos épocas, a excepción de que incluso en estas tareas, lo religioso intervino de manera importante.

Al describir la séptima plaga que fue la construcción de la ciudad de México, Motolinía hace notar que los indios, pese a la rudeza del trabajo, seguían una vieja tradición indígena:

*e la costumbre de las obras, es que los indios las hacen a su costa, buscando materiales y pagando los pedreros o canteros ...y como les faltaba el ingenio...la piedra o viga que habían menester cien hombres, traíanla cuatrocientos, es su costumbre que acarreado los materiales, como van muchos, van cantando y dando voces.... (64)*

Voces y cantos prehispánicos como parte de un ritual establecido pero quizás mal interpretado por Mendieta, al atribuirlo a una alegría que tal vez no sintieran; aunque tampoco se puede ser categórico en este aspecto. Para citar un sólo ejemplo de ese rito relata Durán que en la fiesta de Xocotlhuetzi se "traía un árbol muy grande y coposo...y para lo cual había gran multitud de gente que no sentía el trabajo, antes venían y le traían con gran regocijo de cantos, bailes y algazaras". (65) Aquí podría estar oculta esa "voluntad y alegría" a que se ha referido el padre Mendieta. Aparte de todo, el trabajo realizado en la construcción de la ciudad de México, permitió a los indígenas el aprender técnicas nuevas y perfeccionar "las que de antes tenían", como lo señaló Kubler en su obra, (66) y especialmente para los canteros o pedreros a que se refirió Motolinía y a quienes consideró como

*"maestros, no que supiesen inetría [sic, por geometría]...[mas] después que los canteros de España vinieron, labran los indios cuantas cosas han visto". (67)*

Uno de los hechos más extraños que pueden encontrarse en las historias franciscanas, es el silencio que guardan en torno a las pinturas murales de los edificios conventuales. Pues aparte de una cita concreta de Motolinía que comentaremos poco después, sólo ocasionalmente hablan de ellas, y casi siempre en una forma indirecta, como la referencia de Mendieta respecto a esa escena de la crucifixión que estaba en la cabecera de las salas, las figuras de cruces, de ángeles, el nombre de Jesús, o los enigmáticos retablos, pintados desde luego. Aparte de esto, poco es lo que puede sacarse en claro de las crónicas. Hablan, si, de los pintores, de cómo les enseñaron en San José de los Naturales, y en algunas otras escuelas, todo en forma indirecta, anónima, como si no hubiesen desempeñado el papel que les hemos atribuido, o como si no hubiesen querido hablar de los diferentes temas que se pintaron sobre los muros. Aunque nos preguntásemos mil veces el por qué de este silencio, no hallaríamos respuesta. Quizás, de no tener ante la vista unos cuantos murales franciscanos, llegaríamos a pensar que nunca los realizaron. Pero allí están Tecamachalco, Cuernavaca, Cholula, Alfajayucan, Tlaxcala, Tlalnepantla, Xochimilco y una larga lista, con unas cuantas escenas, o pedazos de ellas. Tan lastimosamente mutilados, descuidados, ayer y hoy; esa inmensa escenografía que un día fue tan importante, es ahora sólo un lacerante "yo acuso" para la ignorancia eterna del hombre.

Por fortuna, hay dos citas franciscanas, concretas y valiosas que parecen recompensar cualquier esfuerzo que se haya realizado en esta investigación. En ellas se habla, como siempre, en forma indirecta e impersonal, de pintores indios. ¿Cómo podrían ser españoles, en 1539? Me atrevo a escribir un imposible, a menos que hubiese sido un fraile pero, no, fueron nativos de Tlaxcala, cuya escuela en el pasado prehispánico, había sido tan fecunda y tan importante aunque de sus obras poco existe, quizás nada en comparación con lo que hubo. Las razones en que me baso son débiles, circunstanciales si se quiere, pero no hay otras. La primera cita corresponde a un misionero de nombre ignorado, quien escribió dos cartas a su provincial que en aquel entonces era fray Antonio de Ciudad Rodrigo, y en las cuales se ocupa de describir las festividades de la Pascua de Resurrección (abril de 1539). (68) Ambas se conservan en la "historia" de Motolinía. En la primera, hay un párrafo trascendental que a la letra dice:

*Para la Pascua, tenían acabada la capilla del patio...Por la parte de fuera, la pintaron luego a el fresco en cuatro días, porque así nunca las aguas la despintaran; en un ochavo de ella pintaron la creación del mundo de los primeros tres días, y en otro ochavo...las de los otros tres...en otros dos ...en el uno la verga de Jesé, con la generación de la madre de Dios...en otro está nuestro padre San Francisco...en otra ...la Iglesia...y a la otra banda el emperador,... (69)*

Ahora bien, estas pinturas "al fresco" se hicieron en una de las dos capillas que tuvo el monasterio de Tlaxcala. Ésta, de la cual habla el fraile andnimo, se terminó en seis meses y según los estudios y notas del doctor Edmundo O'Gorman, (70) debió iniciarse cuando todavía era guardián fray Toribio Motolinía, hacia noviembre de 1538 y quedó terminada antes del 13 de abril de 1539

porque la Pascua se celebró en esta fecha, aunque el autor ya no estaba en Tlaxcala, pues en marzo fue a Atlihuetzía para "informarse de las circunstancias de la muerte y martirio del niño Cristóbal acaecida doce años antes". (71) Sin embargo, conjeturamos que pudo ser posible que Motolinía planeara tanto la capilla como los temas que se pintaron en ella un poco antes de ese día, 13 de abril, aunque también pudo hacerlo el fraile autor de la carta.

Ciertamente, en estas noticias no se dice que los pintores hayan sido indios, pero no tenía caso citar las siguientes palabras que están a continuación del párrafo anterior: "*Los españoles que han visto la capilla, dicen que es una de las graciosas que de su manera hay en España. Lleva sus arcos bien labrados; dos coros: uno para los cantores; otro para los ministriles; hizo-se todo esto en seis meses*". (72) Si hubiesen sido oficiales hispanos los autores de la capilla y de las pinturas, es posible que no se hubiese expresado admiración alguna, pero no ocurriría lo mismo al tratarse de indios, y quizás por esta razón el escritor asentó el dato. Se podría objetar que los nativos todavía no conocían el proceso de pintar al fresco pero, aún en este caso el tema es debatible; ya habían transcurrido quince años desde la llegada de los franciscanos, y, por tanto, se puede admitir que las enseñanzas recibidas por los alumnos habían fructificado.

Por todo lo que se ha examinado hasta este momento, es ya válido admitir que en muchos de los detalles técnicos y artísticos relacionados con las pinturas murales novohispanas, influyó la tradición prehispánica porque, en este aspecto, los indios te-

nían una experiencia mas amplia que los frailes. Por otra parte, nada hay que se oponga a la idea de que por medio de la prueba y el error, llegaron a conocer un procedimiento que se asemejaba mucho a la técnica europea de la pintura al fresco, sin que por ello deba entenderse que eran idénticos, a excepción hecha de que tanto las obras europeas como las prehispánicas participan de unas de las características comunes al fresco, como son la gran resistencia a la luz, la lluvia, la dureza que adquiere la capa pictórica con el transcurso del tiempo. Estos rasgos también se encuentran en las pinturas de buen número de obras anteriores a la Conquista, como las de Teotihuacán, Bonampak, Cholula o Cacaxtla. Algunos de estos rasgos también se encuentran en las pinturas murales de los conventos del siglo XVI.

La segunda referencia está en la obra del padre Mendieta y por ello hay mayor seguridad para aceptar que el autor de las pinturas que se describen sí las hizo un pintor indio pero, a su vez, plantea un problema interesante por la manera en que está redactada. Al hablar el historiador de "*las fiestas que hacían flos indios] a sus dioses, y de su calendario*" (73), expone la necesidad de impedir que éste ande de aquí para allá, a ciencia y paciencia de los evangelizadores y escribe lo que a continuación sigue, y aunque su texto es corrido, lo hemos dividido en varios apartados, porque eso nos parece necesario para comentar su contenido:

1. *porque era cosa peligrosa que anduviese entre los indios, trayéndoles a la memoria las cosas de su infidelidad...por tanto, con mucha razón, fue mandado que el tal calendario se*

extirpase del todo , y no apareciese, como el día de hoy no aparece, ni hay memoria de él./

2. Aunque es verdad que algunos indios viejos y otros curiosos tienen aún al presente, la memoria de los dichos meses y sus nombres./
3. Y los han pintado en algunas partes/
4. y en particular en la portería del convento de Cuauhtinchan tienen pintada la memoria de la cuenta que ellos tenían de antigua con estos caracteres o signos llenos de abusión./
5. Y no fue acertado dejárselo pintar, ni es acertado permitir que se conserve la tal pintura, ni que se pinten en parte alguna los dichos caracteres, sino que totalmente los olviden y se rijan solamente por el calendario y cuenta de días y meses y años que usa la iglesia católica... (74)

El párrafo es largo pero su interés es indudable y se presta a un análisis cuidadoso por las afirmaciones y contradicciones que hay en él. Lo primero que habría que preguntarse es si estas palabras son originales del autor o las copió de otra obra. Torquemada no consigna lo anterior; tampoco están en Motolinía, de manera que la tarea no será sencilla. El razonamiento de Mendieta es correcto respecto a la peligrosidad que el tonalpoahualli representaba para los misioneros. Por tanto, como una tarea de la evangelización, fue mandado que se extirpase ese calendario ritual.

Se puede notar la preocupación que sintió por la presencia de la obra de Cuauhtinchan, pero quién dió ese mandato y cuándo, es algo que no dice, de manera que no se puede fijar la fecha, aunque cabe suponer que esto debió ocurrir en los primeros años, una vez que supieron de la trascendencia de la obra. Mendieta afirma que el "día de hoy no aparece, ni hay memoria de él".

Examinemos ahora el segundo apartado, en el que hay una ligera contradicción con el anterior, pues aquí admite que todavía viven

algunos viejos y unos enigmáticos curiosos que recuerdan la memoria de los meses y sus nombres quienes, inclusive, los pintaron en algunas partes que no menciona, a excepción hecha del realizado en la portería del convento de Cuauhtinchan, que es materia del cuarto párrafo. Pero aquí se presenta otro problema al referir que no se debe permitir "que se conserve la tal pintura". Si al principio dijo que la imagen del calendario ritual fue mandada a borrar, ¿cómo es que ahora considera que no debe conservarse ni permitirse que se pinte en otros sitios? Debido a esta contradicción tan evidente, pensamos que Mendieta pudo haber copiado estas palabras del manuscrito de algún otro historiador; sin embargo, sólo podemos conjeturarlo porque no hay otro testimonio que pudiera ayudarnos a resolver este asunto que, quizás, pudiera deberse a una mala redacción.

Para finalizar este comentario, añadiremos que si las palabras anteriores correspondieran realmente a la etapa en que redactó su libro, esos viejos y los curiosos tendrían una edad excesiva, más allá de los ochenta o noventa años. Examinemos lo que esto significaría: de 1524 a 1596 hay un periodo de 72 años que resulta bastante largo para que sobreviviera algún maestro tonalpouhque pero, además, como estos tuvieron que educarse necesariamente un tiempo no definido todavía, probablemente no menos de quince o veinte años, de lo cual resultaría que esos "viejos" sobrepasarían los cien años, hecho que resulta inadmisibles. Por estas razones, pensamos que el asunto referido por Mendieta provino de otra fuente, o que lo investigó poco después de su llegada en 1554.

Como consecuencia de este largo preámbulo a un hecho que parecería insignificante, se llega a la conclusión de que aunque las obras hayan desaparecido, algunos pintores indígenas realizaron ciertas obras pictóricas en conventos como el de Cuauhtinchan. Pero no deja de ser extraño que Mendieta no se haya referido al mural que representa la Anunciación a la Virgen, acompañada de dos figuras prehispánicas que fueron tan importantes para el mundo indígena, pues a derecha e izquierda de María, se conservan un ocelotl y un águila. O no las vio el autor, o pasó por alto su presencia; pero si tan celoso se mostró para protestar en contra del tonalpohualli, no podía menos que reaccionar en contra de estos dos símbolos, sobre todo por acompañar a la Virgen. Claro está que podrían haberse realizado como simples topónimos del pueblo, pues Cuauhtinchan significa "en la casa de las águilas". El asunto no está claro, pero sería difícil llegar a una conclusión ya que hay muy pocos informes al respecto, máxime si se acepta que el convento de este poblado, según lo informa el propio Mendieta es bastante tardío, pues se comenzó a edificar por orden del provincial fray Francisco de Bustamante a partir de 1555-1557, y continuaron con el siguiente provincial, fray Miguel Navarro (75) hasta dar fin a un "gracioso monasterio".

Todo este asunto merecería una investigación mucho más amplia que la que podemos concederle aquí, dado que la historia prehispánica de Cuauhtinchan fue muy importante y su evangelización empezó desde 1527-1528 cuando el padre fray Juan de Rivas residía en Tepeaca. En 1534 se había edificado una iglesia dedicada a San

Juan Bautista, aun cuando, al parecer, no se hizo convento alguno, sino unas cuantas dependencias para que los frailes pernoctaran en ellas. Por otra parte, en la Historia Tolteca Chichimeca (76), obra que según los modernos comentaristas del documento fue escrita allí entre 1547-1560, se menciona la existencia del templo arriba citado desde 1534, pero no el convento. Sin embargo, dada la tendencia de los primeros evangelizadores de establecer sus fundaciones en los poblados de mayor desarrollo religioso y de acuerdo con sus primeras experiencias, bastaba un pequeño edificio, quizás lo que fue capilla abierta, para impartir la doctrina. Bien pudo ocurrir que esa primitiva construcción donde estuvo la pintura comentada, se integró a la portería del monasterio, o quizás estuvo en la actual portería y de aquí fue mandada a borrar, aunque esto no concuerda con lo asentado por fray Jerónimo Mendieta. Claro está que todo esto no pasa de ser una conjetura, pero no hay mayores datos para aclarar donde fue que se realizó el tantas veces referido calendario ritual.

Este hecho, aunque hipotéticamente así considerado, estaría de acuerdo con la actividad de los tlacuilos de la importante Historia Tolteca Chichimeca, pues sus pintores estuvieron preparados intelectualmente para pintar la figura del dicho calendario ritual. De esta manera, además, podrían conciliarse todas las opiniones, contradicciones, discusiones y comentarios que surgieron en torno a la pintura que estuvo un día en esa "portería" del convento de Cuauhtinchan.

Ahora bien, como no se conoce esa obra, pero si las pinturas que están en la Historia Tolteca Chichimeca, si se comparan las figuras del ocelotl y del águila acompañantes de la Virgen, se podría admitir que hay cierto parecido entre unas y otras, mas no con las de la Anunciación, ya que ésta ofrece los rasgos de otra mano, pero sin que forzosamente tengamos que pensar en un pintor europeo. Por la carencia de los informes respectivos nos vemos obligados a dejar este asunto en la incertidumbre que lo rodea. Lo único que puede afirmarse es que tanto los que pintaron la figura del *tonalpohualli* como a los compañeros de la Virgen, tuvieron que ser indígenas y nunca un pintor español, porque su mentalidad no estaba preparada para captar las sutilezas de lo prehispánico, y mucho menos el calendario ritual, porque como dice Sahagún, los *tonalpouhque*, a quienes repetidas veces llama maestros, eran los únicos que sabían leer y manejar ese "libro de los destinos", tan diferente del otro calendario "que trata de los meses de todo el año y de las fiestas fijas" el cual según la opinión del historiador "sabíanle todos los sátrapas y todos los ministros de los ídolos, y mucha de la gente popular. Empero, la cuenta de la arte adivinatoria...solamente sabíanla los adivinos" (77) lo que nos da pie para afirmar que las obras de Cuauhtinchan solamente pudieron ser realizadas por un "indio viejo o curioso" y pintor desde luego, que se había educado para manejar tal obra.

Las palabras de Mendieta y los comentarios que han surgido como consecuencia de ellas, harían pensar que las representaciones idolátricas realizadas por los pintores de los muros conventua-

les habrían sido numerosas. Sin embargo, nuestras investigaciones en este sentido no han sido fructíferas; sólo de vez en vez se puede observar la tímida presencia de algunos diseños que guardan cierto parentesco indudable con la iconografía prehispánica, pero no son suficientes para obtener una conclusión general. La única explicación razonable estaría en que el número de pinturas murales que aún existen es comparativamente pequeño, en relación con las que se han perdido. Por otra parte, no es fácil identificar una pictografía indígena, pues en algunas ocasiones coinciden con los diseños decorativos europeos, de allí que se tiene que ser cauto para no caer en el peligro de aceptar como de origen prehispánico un elemento que no lo es.

Señalaremos unos cuantos diseños que hacen pensar en la intervención de un indígena que quiso plasmar el recuerdo de su mundo ancestral. Así, por ejemplo, en los frisos inferiores inmediatos al guardapolvo del claustro bajo del convento de Tlaquiltenango (Morelos), hay una serie de chalchihuites que se repiten una y otra vez junto a los sencillos elementos decorativos que corresponden a la época franciscana. También hay chalchihuites pintados en algunos fustes de las representaciones de columnas que enmarcan las escenas decorativas del convento agustino de Acolman. En unas celdas de los monasterios franciscanos de Huejotzingo y de Tepeapulco, hay unas serpientes de cascabel, reptil de origen americano y que tanta importancia tuvo en el mundo religioso prehispánico.

En la bóveda del cubo de la escalera del convento de Malinalco sobrevive la figura de un águila rodeada por una guirnalda que

posee elementos ancestrales. Y así, en otros edificios, se encuentran figuras de nopales, cactus, magueyes, lagartijas, conejos y una que otra águila así como algunos diseños de tipo geométrico que nos hacen recordar la presencia de lo prehispánico, pero son tan escasos que difícilmente podrían considerarse como representativos de una verdadera corriente de influjos idolátricos, hechos a ciencia y paciencia de los misioneros. Mas esta aparente escasez de motivos con influjos ancestrales no es suficiente para concluir que no los hubo, pues pudieron ser borrados en cuanto los frailes se dieron cuenta de su presencia.

Por otra parte sí, como pienso, la mayor parte de las pinturas murales se debieron a la mano de los jóvenes indígenas que fueron educados por los evangelizadores, esto explicaría la ausencia de estos motivos pues por haber sido convertidos a la fe cristiana, no podía esperarse que insistieran en reproducir algo en lo que ya no creían. Es factible también que, dado el enorme trabajo que significó pintar esos miles de metros cuadrados, fue necesario un grupo numeroso de pintores, y, entre éstos, pudo infiltrarse uno que otro adulto no del todo convencido que intentó dejar alguna figura que le recordaba su mundo destruido, en ocasiones con éxito, en otras, los mismos jóvenes debieron destruirlas cuando eran demasiado obvias. No debe olvidarse que muchos de esos muchachos grandecillos fueron los que denunciaron las idolatrías de sus mayores, según el testimonio de fray Bernardino de Sahagún que citamos con cierta brevedad anteriormente. Mas por la trascendencia de este asunto transcribiremos todo el párrafo porque, además, junto con otras palabras suyas, confirma lo que se

dijo antes respecto a que fueron los jóvenes educados en los conventos, quienes informaron primeramente a los frailes de varios de los secretos religiosos que habían aprendido a lo largo de su periodo educativo, antes de la llegada de los misioneros, asunto del que nos ocupamos antes. El texto de Sahagún es el siguiente:

*Bien es verdad que algunos de los muchachos que se criaban en nuestras casas, a los principios, porque nos decían las cosas que sus padres hacían de idolatría siendo bautizados, y por ello les castigabamos, los mataban sus padres y otros los castigaban rícidamente, y aun ahora, cuando habiendo sabido que pasan algunas cosas dignas de reprehensión y castigo, y las reprendemos en los púlpitos, comienzan a rastrear los que las hacen para saber quien fue el que dio noticia de aquello que se reprendió en el púlpito, y casi siempre caen con la persona, y los castigan malamente con solapación y disimulo, cargándoles la mano en los servicios corporales y personales, y haciéndoles otras vejaciones de que los pacientes ni se quejan ni se saben remediar, quejansenos en secreto, y con habernos conjurado, que ninguna cosa digamos de lo que nos dicen, por no padecer mayores agravios, así tenemos necesidad de callar... (78)*

A continuación de lo anterior, el autor escribió estas palabras "Hemos recibido, y aún recibimos en la implantación de la Fe en estas partes grande ayuda y mucha lumbré de aquellos a quienes hemos enseñado la lengua latina...", en las cuales puede hayarse una prueba, débil si se quiere, de que esa "lumbré" equivale a información acerca de los fundamentos religiosos prehispánicos. Y esta idea se refuerza un poco más con lo que dijo Motolinía en torno al mismo asunto, conforme se leerá enseguida:

*Estos niños que los frailes criaban y enseñaban, salieron muy bonitos y muy hábiles, y tomaban bien la doctrina que enseñaban a otros muchos; y además ayudaban mucho, porque descubrían a los frailes los ritos e idolatrías, y muchos secretos de las ceremonias de sus padres, lo cual era gran materia para confundir y predicar sus errores y ceguedad en que estaban. (79)*

Considero que estas menciones de los dos cronistas, pueden tomarse como testimonios de lo ocurrido en los primeros años de la evangelización. *Lumbre, secretos, gran materia*, formaron parte de esas investigaciones emprendidas por los misioneros en cuanto pudieron comunicarse con los indios. Pero, como era natural, los sacerdotes de las deidades se rehusaron a proporcionar cualquier dato que redundaría en perjuicio de sus creencias, puesto que era aprovechado para "confundir y predicar [en contra de] sus errores y [la] ceguera en que estaban" como dijo fray Toribio.

Con lo anterior se da por terminado este capítulo y esta investigación, en la que se han presentado los argumentos necesarios para proponer que las pinturas murales de los conventos novohispanos, provinieron de la mano de los jóvenes que fueron educados por los frailes en las escuelas monásticas del siglo XVI. Aunque los testimonios concretos son escasos, el estudio de las fuentes y documentos, así como el análisis de las obras que alcanzaron una magnitud nunca antes valorada, han permitido elaborar un nuevo punto de vista que parece acorde con la realidad. Trás de estos hechos, existió una tradición artística secular que sólo fue necesario encauzar de manera distinta, y esto fue precisamente lo que hicieron los evangelizadores.

- 1 *Anales de Tecuachalco*, 38.
- 2 Canelo, Gurría, Reyes-Valerio, Juan Gersón
- 3 Toussaint, *Pintura colonial*, 40.
- 4 *Ibiden*, 38, 39.
- 5 Kubler, *Mexican Architecture*, II, 367.
- 6 *Ibiden*. [En 1964, Manuel del Castillo Negrete opinó que el color fue agregado posteriormente; sin embargo, todavía no se ha realizado un estudio definitivo que compruebe o rechace lo anterior.]  
Boletín INAH, no. 16, junio, 1964, p. 1-3.
- 7 Toussaint, *op. cit.*, 39.
- 8 *Ibiden*, 40.
- 9 Kubler, *op. cit.*, II, 361s.
- 10 *Ibiden*, 365.
- 11 *Ibiden*, 368.
- 12 *Ibiden*.
- 13 *Ibiden*, 372.
- 14 *Ibiden*.
- 15 *Ibiden*, 368.
- 16 Motolinía, *Memoriales*, 165.
- 17 *Ibiden*, 188.
- 18 Sahagún, *Historia*, (I, Relación...), 583.
- 19 Durán, *Historia*, I, 226.
- 20 Motolinía, *op. cit.*, 85.
- 21 *Ibiden*, 34.
- 22 *Ibiden*, 101.
- 23 *Ibiden*, 235.
- 24 *Ibiden*, 242.
- 25 *Ibiden*, 240.
- 26 Mendieta, *Historia*, 403.
- 27 Motolinía, *op. cit.*, 77.
- 28 *Ibiden*, 167.
- 29 *Ibiden*, 98.
- 30 *Ibiden*, 118.
- 31 Palouera, *Fray Diego Valadés*, 134.
- 32 Mendieta, *op. cit.*, 407; Torquemada, *op. cit.*, III, 211.
- 33 Ricard, *La conquista...*, 384.
- 34 Mendieta, *op. cit.*, 408.
- 35 Torquemada, *op. cit.*, III, 211.
- 36 Mendieta, *op. cit.* 404; Torquemada, *op. cit.*, III, 33.
- 37 Las Casas, *Apologética...*, 323.
- 38 Mendieta, *op. cit.*, 409; Torquemada, *op. cit.*, III, 66.
- 39 Basalénque, *Historia de la Provincia...*, 56-58.
- 40 *Ibiden*, 68.
- 41 Grijalva, *Cróica de la orden*, 222.
- 42 Basalénque, *ibiden*, 68.
- 43 *Ibiden*.
- 44 Motolinía, *op. cit.*, 240.
- 45 Mendieta, *op. cit.*, 404.
- 46 *Ibiden*.
- 47 Motolinía, *op. cit.*, 237.
- 48 *Ibiden*.
- 49 *Ibiden*, 236.
- 50 *Ibiden*.
- 51 *Ibiden*, 237.
- 52 *Ibiden*, 238.
- 53 Torquemada, *Monarquía*, II, 468.
- 54 Durán, *op. cit.*, I, 187-188, 191.
- 55 Motolinía, *op. cit.*, 240.
- 56 *Ibiden*.
- 57 *Ibiden*, 90.
- 58 *Ibiden*, 88.
- 59 *Ibiden*, 119.
- 60 *Ibiden*, 34.
- 61 Clavijero, *Historia*, VII, 313.
- 62 Motolinía, *op. cit.*, 202.
- 63 Mendieta, *op. cit.*, 410.
- 64 Motolinía, *op. cit.*, 27.
- 65 Durán, *op. cit.*, I, 87.
- 66 Kubler, *op. cit.*, I, 155-156.
- 67 Motolinía, *op. cit.*, 242.
- 68 *Ibiden*, 183.
- 69 *Ibiden*.
- 70 *Ibiden*.
- 71 D'Sorran, en Motolinía, *Memoriales*, CXLII.
- 72 Motolinía, *op. cit.*, 183.
- 73 Mendieta, *op. cit.*, 98-99.
- 74 *Ibiden*.
- 75 *Ibiden*, 333-347; *Cartas de Religiosos*, 65-83.
- 76 *Historia Tolteca-Chichimeca*, 6.
- 77 Sahagún, *op. cit.*, (IV, Ap.), 258.
- 78 *Ibiden*, (Relación...), 583.
- 79 Motolinía, *op. cit.*, 31.

## CONCLUSIONES

El estudio del trabajo del indio, manifestado en uno de los aspectos más importantes como fue la realización de las pinturas religiosas y decorativas en los muros de los conventos del siglo XVI, condujo a varios resultados que pueden considerarse como positivos, porque permitieron aclarar algunos de los problemas que a pesar de haber sido examinados en varias ocasiones, permanecían sin soluciones o proposiciones razonadas.

A continuación se condensan los resultados obtenidos en la investigación realizada:

- I. Como consecuencia del análisis de las escenas religiosas y los temas decorativos, tan escasos en algunos edificios y tan extensos en otros, surgió la idea de cuantificar las superficies pintadas, porque este método daría una idea mejor respecto al esfuerzo que representó, en términos de trabajo para los indígenas, la realización de aquellas obras.

Los resultados fueron sorprendentes, porque no era sencillo explicar, por ejemplo, cómo lograron pintarse superficies tan dispares; enormes como en los conventos agustinos de Actopan e Itzmiquilpan, e increíblemente reducidas como en Tecamachalco. Pero esto se debe a la destrucción de las obras y a los encalados que ocultan todavía las pinturas, ya que en la medición se tomó en cuenta sólo lo que hoy es visible, y no en lo que hubo, de lo cual se puede estar seguro por las calas que se hicieron en algunos edificios.

Basados en estos hechos, otros cálculos, reales unos e inferidos otros, mostraron que la superficie pictórica pudo oscilar entre doscientos y trescientos mil metros cuadrados, obra tan grande como ésta necesitaba de una explicación lógica.

Una preocupación más ocurrió durante este proceso; para pintar un muro hubo que encalarlo primero y esto tuvieron que hacerlo los indios, además de producir la cal y de transportarla. Por esta razón se calculó este material, que sobrepasó las diez mil toneladas. No es fácil imaginar los esfuerzos y los costos erogados por los moradores del pueblo y por los de los circunvecinos donde se estableció el convento. Los resultados aparecen en las tablas incluidas en el capítulo primero.

- II. Conforme avanzaba el proceso planteado inicialmente respecto a que los autores de las pinturas sólo pudieron ser los indios, se integraba la idea de rechazar la intervención de artistas extranjeros, puesto que no los hubo durante la primera mitad del siglo XVI y porque, además, la historia mostraba que dichas obras fueron utilizadas como medios indispensables para la enseñanza de la doctrina.
- III. Si no hubo pintores españoles antes de mediar el siglo, había que pensar entonces en los indios, pero no era fácil aceptar que las hubiera hecho cualquier grupo de indígenas. Un análisis más profundo de las crónicas escritas por los frailes mendicantes indicó que en ellas había bases suficientes para pensar que los jóvenes edu-

cados por los misioneros en varias escuelas monásticas, y no tan sólo los que asistían a San José de los Naturales o a Tiripitío, tenían que ser los responsables del trabajo, puesto que la envergadura de las superficies pintadas exigía la intervención de muchas manos hábiles, pero, también, planteamientos lógicos. Algunos pasajes escritos por los frailes acerca de la extraordinaria destreza para reproducir cuanto se les pedía a esos jóvenes, sugirieron la necesidad de investigar cuan ciertas podían ser esas palabras, porque en alguna ocasión se han considerado como fruto de un lenguaje hiperbólico, escrito para obtener favores o para impresionar a los funcionarios y a la corona española.

IV. Para explicar lo anterior y basados en los datos históricos, se pudo relacionar este asunto con las edades de los estudiantes de los monasterios y con los años que permanecieron en los calmécac. Con este fin, se elaboró una tabla a partir de los cinco años, edad señalada para el ingreso. De esta manera, se pudieron hallar ciertos nexos con la educación prehispánica. Las crónicas señalan, sin lugar a duda, que el arte había sido una materia fundamental en el sistema escolar indígena, por estar ligado de manera profunda a la religión.

V. Los análisis siguientes mostraron que la habilidad artística de los jóvenes, no se debía únicamente al entrenamiento que les dieron los frailes en sus escuelas, sino que habían sido cultivadas de antemano. Solamente de este modo podían

explicarse las actitudes de asombro de los frailes y de otros españoles, al advertir cómo los jóvenes que educaban en las escuelas monásticas, reproducían las obras que les pedían que hicieran, y por qué a los adultos les bastaba observar cómo los escasos oficiales hispanos hacían sus obras, para ellos reproducirlas. Los testimonios de que el arte fue fruto de la enseñanza escolar se documentan hasta donde lo permiten las fuentes, pero indican que la habilidad de los naturales fue el fruto de un entrenamiento rigurosamente organizado desde que eran unos pequeñuelos.

- VI. Los estudios de los frailes en torno a la vida de los indígenas, les permitieron percatarse de la eficiencia de la educación escolar, por lo cual no dudaron en aceptar algunas de sus normas para implantarlas en sus propias instituciones.
- VII. La investigación acerca de la educación indígena mostró que los maestros prehispánicos establecieron ciertas gradaciones escolares, de acuerdo con las aptitudes y la vocación de los estudiantes, ya que para ello eran observados cuidadosamente. Sin embargo, es necesario profundizar más en este aspecto para fundamentarlo con mayor amplitud.
- VIII. De acuerdo con las crónicas, se puede asentar que los jóvenes feligreses fueron los primeros en proporcionar buena parte de los "secretos" y "misterios" de la vida religiosa prehispánica, tan necesarios para combatir la idolatría indígena, mucho antes de que los misioneros pudieran convencer a los sacerdotes para que éstos les quisieran informar.

- IX. Gracias a la esmerada educación monástica, los jóvenes ayudaron eficazmente a los frailes como catequizadores de su propio pueblo, ya que sólo de esta manera fue posible que los evangelizadores pudieran cumplir con tantas tareas como se echaron auestas, y de las cuales se agrega una breve lista.
- X. Por medio de los informes de las crónicas, se prueba que los indígenas, especialmente los educados en las escuelas monásticas, tuvieron un buen conocimiento de la iconografía cristiana, el cual pudieron aprender por medio de las imágenes pintadas en los muros conventuales.
- XI. Finalmente, se aportan los argumentos históricos necesarios para proponer, hasta donde es razonable admitirlo, que las pinturas murales fueron realizadas por los jóvenes educados primeramente en los calmécac, y, después por los franciscanos y agustinos, por medio de los grabados de los libros utilizados por los frailes. De los dominicos no se sabe si tuvieron escuela de artes mecánicas, aunque hay breves menciones del trabajo de los indígenas en algunas pinturas de sus conventos.

Considero, por tanto, que es razonable admitir que dichas obras se deben a la mano india, salvo algún caso excepcional, no documentado, que pudiera deberse a un extranjero. Además, no hay argumentos suficientes para negar que los jóvenes indios fueron tan capaces de pintar como cualquiera de esos hipotéticos pintores europeos, y cuya existencia no se ha documentado todavía, y mucho menos su intervención en las pinturas murales del siglo XVI.

## BIBLIOGRAFIA

- ALVA IXTLILXOCHITL, Fernando de. *Obras históricas*. Edición, estudio introductorio y apéndice documental por Edmundo O'Gorman, México, UNAM, IIH, 1975-1977. (Serie de Historiadores y Cronistas de Indias, 4).
- ALVARADO TEZOZOMOC, Hernando. *Crónica Mexicana*. Notas de Manuel Orozco y Berra, México, Editorial Leyenda, 1944.
- Anales de Tecamachalco*. México, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1903.
- BASALENQUE, fray Diego. *Historia de la Provincia de San Nicolás Tolentino de Michoacán*. Introd. y notas de José Bravo Ugarte, México, Editorial Jus, 1963.
- BEHAVENTE o MOTOLINIA, Fray Toribio de. *Historia de los indios de la Nueva España*. Estudio crítico, apéndice, notas e índice de Edmundo O'Gorman, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1971.
- DIAZ DEL CASTILLO, Bernal. *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. México, Editorial Porrúa, 1966.
- BORGES MORAN, Pedro. *El envío de misioneros a América durante la época española*. Salamanca, Universidad Pontificia, 1977.
- BORAH, Woodrow. *El siglo de la depresión en Nueva España*. México, Ediciones Era, 1982.
- BURGOA, Fray Francisco de. *Geográfica descripción de la parte septentrional del Polo Ártico de América y nueva iglesia de las Indias Occidentales*. México, Archivo General de la Nación, 1934.
- CAMELO ARREDONDO, Rosa., GURRIA LACROIX, Jorge., REYES-VALERIO, Constantino. *Juan Gerson. Tlacuilo de Tecamachalco*. México, Departamento de Monumentos Coloniales, Num. 16, SEP., INAH, 1964.
- CARRILLO Y GABRIEL, Abelardo. *Técnica de la pintura en Nueva España*. México, UNAM, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1953.
- Cartas de Indias*. Guadalajara, Jalisco, Edmundo Aviña, editor, Edición facsimilar, 1970.
- Cartas del licenciado Jerónimo de Valderrama y otros documentos 1563-1566*. Publicadas por France V. Scholes y Eleanor Adams México, José Porrúa e Hijos, 1961. (Colección Chimalistac).

- CIUDAD REAL, Fray Antonio de. *Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España*. Edición, estudio, apéndice, glosarios, mapas e índices por Josefina García Quintana y Victor M. Castillo Farreras. México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1976.
- Códice Florentino. Manuscrito 218-20 de la Colección Palatina de la Biblioteca Medicea Laurenziana*. México, Secretaría de Gobernación, Archivo General de la Nación, 1979.
- Códice Mariano Jiménez. Nómina de tributos de los pueblos Otlazpan y Tepexic en geroglífico azteca y lenguas castellana y nahuatl, 1549*. Pub. por Nicolás León. México. Edición de Birguitta Leander, INAH, 1967.
- Códice Mendieta. Documentos franciscanos. siglos XVI y XVII*. México, Imprenta de Francisco Díaz de León, 1892.
- Códice Mendocino o Colección Mendoza*. En *Antigüedades de México* basadas en la recopilación de Lord Kingsborough. Estudio e interpretación de José Corona Nuffez, México, Secretaría de Hacienda y Crédito Público, MCMLXIV.
- Códice Sierra*. Trad. Nicolás León, México, Editorial Innovación, 1982.
- CORTES, Hernán. *Cartas de Relación*. Nota preliminar de Manuel Alcalá. México, Editorial Porrúa, 1967.
- DAVILA PADILLA, fray Agustín. *Historia de la fundación y discurso de la Provincia de Santiago de México de la orden de predicadores*. México, Ed. Academia Literaria, 1955.
- DURAN, Fray Diego. *Historia de las Indias de Nueva España y islas de tierra firme*. Edición de Angel Ma. Garibay K. México, Editorial Porrúa, 1967.
- ESCORBAR, fray Matías de. *Americana Thebaida. Vitas Patrum de los religiosos de N.P. San Agustín de la Provincia de San Nicolás Tolentino de Michoacán*. Prólogo de fray Nicolás P. Navarrete, Morelia, Mich., Balsal Editores, 1970.
- GARIBAY, Angel María. *Historia de la literatura náhuatl*. México, Editorial Porrúa, 1953-1954.
- GARRIDO ARANDA, Antonio. *Moriscos e Indios. Precedentes hispánicos de la evangelización en México*. México, UNAM, Instituto de Investigaciones Antropológicas, 1980.
- GOMEZ CANEDO, Lino. *La educación de los marginados durante la época colonial*. México, Editorial Porrúa, 1982.

- GRIJALVA, fray Juan de. *Crónica de la orden de N.P. San Agustín en las provincias de la Nueva España, en cuatro edades desde el año de 1553 hasta el de 1592*. México, 1624. México, Imprenta Victoria, 1924-1930. Segunda edición.
- HERNANDEZ, Francisco. *Antigüedades de la Nueva España*. Trad. y notas de Joaquín García Pimentel, México, Edit. Pedro Robredo, 1946.
- Historia Tolteca-chichimeca*. Ed. facs. con estudios, cuadros y mapas de Paul Kirchoff, Lina Odena Güemes y Luis Reyes García, paleografía y versión al español de Luis Reyes García, México, Centro de Investigaciones Superiores del INAH, 1976.
- KOBAYASHI, José María. *La educación como conquista. Empresa franciscana en México*. México, El Colegio de México, 1974.
- KUBLER, George. *Mexican Architecture of the Sixteenth Century*, Westport, Conn., Greenwood Press Publishers, 1971. (Hay edición en español, publicada por el Fondo de Cultura Económica).
- LAS CASAS, Fray Bartolomé de. *Apologética historia sumaria*. Ed. de Edmundo O'Gorman con un estudio preliminar y notas y un índice de materias, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1967.
- LEON-PORTILLA, Miguel. *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes*. México, Instituto Indigenista Interamericano, 1956.
- LEON-PORTILLA, Miguel. *Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares*. México, Fondo de Cultura Económica, 1961.
- El libro de las tasaciones de pueblos de la Nueva España. Siglo XVI*. Pról. de Francisco González de Cosío, México, Archivo General de la Nación, 1952.
- LOPEZ AUSTIN, Alfredo. *Hombre-Dios. Religión y política en el mundo náhuatl*. México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1973.
- MENDIETA, fray Jerónimo de. *Historia eclesiástica indiana*. México, Editorial Porrúa, 1966.
- MILLER, Arthur G. *The Mural Painting of Teotihuacan. With drawings by Felipe Davalos, and an Appendix by Edwin R. Littmann*. Washington, D.C., Dumbarton Oaks, 1973.
- MIRANDA, José. *El tributo indígena en la Nueva España durante el siglo XVI*. México, El Colegio de México, Fondo de Cultura Económica, 1952.

- MOLINA, Fray Alonso de. *Vocabulario de la lengua castellana y mexicana*. Colección de "Incunables Americanos", IV, Madrid, Editorial Cultura Hispánica, 1944.
- MOTOLINIA, vease BENAVENTE.
- MUÑOZ CAMARGO, Diego. *Historia de Tlaxcala*. Publicada y anotada por Alfredo Chavero, Guadalajara, Jal., Edmundo Avina Levy, 1966 (Ed. facs. de la de 1892).
- MUÑOZ CAMARGO, Diego. *Descripción de la ciudad y provincia de Tlaxcala de las Indias y del Mar Océano para el buen gobierno y ennoblecimiento dellas*. Ed. facs. del Manuscrito de Glasgow con un estudio preliminar de René Acuña, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Filológicas, 1981.
- PALOMERA, S.I., Esteban J. *Fray Diego Valadés. Evangelizador humanista de la Nueva España. Su obra*. México, Editorial Jus, 1962.
- Pintura del Gobernador, Alcaldes y Regidores, 'Códice Osuna'*. Madrid, Ministerio de Educación y Ciencia, Dirección General de Archivos y Bibliotecas, 1973.
- Relaciones Geográficas de la Diócesis de México en Papeles de la Nueva España*. Publicados por Francisco del Paso y Troncoso, Segunda serie Geografía y Estadística, t. IV. Madrid, Est. Tipográfico Sucesores de Rivadeneyra, 1905.
- Relaciones Geográficas de la Diócesis de Tlaxcala en Papeles de la Nueva España*. Publicados por Francisco del Paso y Troncoso, Segunda serie Geografía y Estadística, t. IV. Madrid, Est. Tipográfico Sucesores de Rivadeneyra, 1905.
- REYES-VALERIO, Constantino. *Arte Indocristiano. Escultura del siglo XVI*. México, Escuela Nacional de Conservación, Restauración y Museografía "Prof. Manuel del Castillo Negrete" SEP. INAH, 1978.
- RICARD, Robert. *La conquista espiritual de México*. Trad. de Angel María Garibay K. México, Editorial Jus, 1955.
- SAHAGUN, fray Bernardino de. *Historia general de las cosas de la Nueva España*. Numeración, anotaciones y apéndices de Angel Ma. Garibay K. México, Editorial Porrúa, 1979. ("Sepan cuantos..." 300).
- TORQUEMADA, fray Juan de. *Monarquía Indiana*. Introd. de Miguel León-Portilla. México, Editorial Porrúa, 1969.
- TOUSSAINT, Manuel. *Pintura colonial mexicana*. México, UNAM, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1971.

- VETANCURT, fray Agustín de. *Teatro mexicano, Descripción breve de los sucesos ejemplares, políticos y religiosos del Nuevo Mundo Occidental de las Indias*, México, Editorial Porrúa, 1971.
- ZORITA, Alonso de. "Breve relación de los señores de Nueva España". En NCDHM, vol. III, 1891.
- ZUMARRAGA, Fray Juan de. *Regla Cristiana Breve*, ed., introd., y notas de José Almoína, México, Editorial Jus, 1961.